Enrique Amorim

LA SEGUNDA SANGRE

PAUSA EN LA SELVA

YO VOY MAS LEJOS

Teatro

LO QUE NO
VEMOS MORIR

de Ezequiel Martínez Estrada

LA VIDA
ESTA LEJOS

de Horacio Rega Molina

UN TAL
SERVANDO GOMEZ

de Samuel Eichelbaum

UN NIÑO JUEGA
CON LA MUERTE

de Roberto Mariani

LA SEGUNDA
SANGRE

de Enrique Amorim

TEATRO DEL PUEBLO
BUENOS AIRES



TEATRO

ENRIQUE AMORIM

LA SEGUNDA SANGRE

PAUSA EN LA SELVA

YO VOY MAS LEJOS

PORTADA DE SIGFREDO PASTOR

COLECCIÓN MAESE PEDRO
Editorial CONDUCTA
BUENOS AIRES

LA SEGUNDA SANGRE

Drama en tres actos

Teresa, mujer del pueblo, vive en contacto con la burguesía, ocupada de los quehaceres menudos en casa de unos presuntos nobles. Al ser ocupada Francia por las tropas nazis, intenta, en vano, eludir las formas de vida de sus patrones. Se deja llevar por el curso de las actividades dudosas de la señora Dedé, hermosa mujer, exponente de la clase que más dócil se mostró a los dictados del invasor. La criada se resiste débilmente a las exigencias de los militares alemanes, los cuales se aprovechan de las inclinaciones de la dueña de casa. Teresa, desarrollada en el mismo ambiente, subyugada por los éxitos de la señora, no ha podido reaccionar frente al invasor. Hasta que un día, el azar la pone en contacto con las fuerzas de la resistencia, con el pueblo, del que se halla separada desde su infancia. El gran maestro de todos los tiempos, le proporciona la primera lección.

De la historia breve y vertiginosa de una criada, dan cuenta los tres actos de LA SEGUNDA SANGRE, obra que dedico a mis amigos de Francia, camaradas de la resistencia, como contribución al esclarecimiento del gran destino que guardan todos los pueblos del universo en la cruenta lucha por la libertad.

E. A.

PERSONAJES

TERESA, la criada	25 años
DEDE, la señora	30 años
CAPITAN GASTON LEFEVRE	35 años
CORONEL ALEMAN	45 años
BERTA, criada alemana	50 años

Dos soldados alemanes.

La acción en Francia, durante la ocupación alemana

Estrenada por el Teatro del Pueblo de Buenos Aires el 16 de marzo de 1950

ACTO PRIMERO

La acción transcurre en un chateaux francés, durante la ocupación alemana. El castillo se halla a cinco millas de una pequeña población, aislado en una colina. La habitación, decorada con algunos detalles un tanto ajenos al gusto francés. Un cortinado de felpa cubre el almenado balcón del foro que da hacia el camino. A la izquierda, una otomana muy amplia, con almohadones orientales. En el ángulo derecho, un bargueño de ciertas dimensiones, decorativo. Puerta practicable, a la derecha. En uno de los muros, un grabado romántico, alemán, muy notable. Sobre una mesa ratona, retratos entre cristales, y floreros vacíos. En una rinconera, botellas de champagne y cajas de cigarrillos. Un par de sillones, sillas de estilo, etc.
Al levantarse el telón, Teresa se halla entregada al arreglo de la habitación.

ESCENA I

(Teresa habla en voz alta para que Dedé le responda desde la pieza contigua).

TERESA: Yo le aconsejo, señora, que retire este cuadro alemán. Cualquiera que entre aquí, se dará cuenta que no pertenece al castillo.

DEDÉ: ¡Déjalo quieto! Me ha traído suerte. Quita los retratos, los frascos de perfume, lo que quieras... Pero no toques el grabado. Al señor Gastón le gustan esas cosas.

TERESA: *(Por lo bajo)* ¡Y queremos disimular! Por una de estas porquerías... si nos descuidamos... *(Se detiene a mirar el grabado)* Por lo menos cámbielo de lugar, se-

ñora... En Alemania deben haber muchos cuadros parecidos.

DEDÉ: *(Entra haciéndose las manos. Es una hermosa mujer, de espléndidas formas, vestida con suma elegancia)* ¡Qué entiendes tú de cuadros! *(Se detiene a mirar el grabado).* Es un grabado romántico que puede estar en cualquier lado. *(Se da vuelta, repentinamente).* Tú no sabes quién lo ha traído, ¿verdad?

TERESA: Lo descubrí el otro día y me llamó la atención... Por eso le digo que al entrar se ve demasiado...

DEDÉ: *(Segura de sí misma, en forma displicente)* No tengo por qué esconderlo.

TERESA: Pero no me negará que es comprometedor.

DEDÉ: *(Mirándola fijamente)* Si no te conociera desde chica te aseguro que desconfiaría de ti.

TERESA: No, señora. Usted no quiere entenderme. Si nos hemos visto obligadas a estas cosas, por lo menos sepamos hacerlas bien.

DEDÉ: ¡Ya lo creo que sabemos hacerlas!... ¡Verás, ya verás!... ¿Crees que si Gastón sospechase las que estamos pasando me habría escrito? Aguantemos un poco más... Se acerca el desquite...

TERESA: Ya van seis meses, señora. ¿No cree que elegimos la peor parte?

DEDÉ: ¿La peor? ¿Acaso antes vivíamos más a gusto?

TERESA: Sí, claro... pero si se llega a saber, señora.

DEDÉ: Cuando se vayan éstos, no les va a quedar ganas de delatarnos! Y son ellos los únicos que pueden hablar... No hay un solo vecino en toda la provincia que sepa lo que aquí pasa... Hemos quedado aisladas...

TERESA: Ah!... de eso no estoy muy segura, señora! He conocido a un soldado alemán que decía muy bien algunas palabras en francés... demasiado bien... puede ser un francés haciéndose pasar por alemán.

DEDÉ: *(Quita retratos de uniforme)* Estos sí, sácalos a todos.

Están demás... Y estas cosas... *(Retira objetos de porcelana, botellas de perfumes)*. Huelen a saqueo. Nos hemos acostumbrado a estos regalos y ni reparamos en ellos. Esconde en el sótano las botellas de champagne... y los cigarrillos... *(Se los alcanza)*. No debe quedar nada de lo que trajo el Coronel, ¿entendido? ¡ningún rastro!

TERESA: ¡Enterraría todo esto!

DEDÉ: No tanto, no tanto... Si vuelven van a reclamar sus cigarrillos... Las latas de conserva, mételas en el desván. En tu cuarto ¿no hay nada comprometedor?

TERESA: ¿Qué quiere usted que haya? Unas camisas de seda de aquel teniente que se las mudaba a cada rato.

DEDÉ: Hay que quemarlas... ¿Oyes? Debes ponerlas en el horno...

TERESA: ¡Nunca ví más lindas camisas de seda! ¡A mí me gusta tanto tocarlas!

DEDÉ: Pero debes quemarlas, ¿entendido?

TERESA: Me dejarán en las manos ese perfume que tienen. Y con los frascos, ¿qué hago señora?

DEDÉ: Enterrarlos. Todas esas cosas son producto de robos hechos en París...

TERESA: *(Retirando las cosas)* ¡Ah, París, París!... Pensar que nunca fuí a París y que ahora, ellos están allí!...

DEDÉ: Si yo no hubiese ido a París, Teresa... *(Suspirando)*. ¡No habría hecho estas cosas!... ¡Créemelo!...

TERESA: ¡Yo sé por qué las ha hecho, señora... y ya están hechas... yo sé por qué!

DEDÉ: Teresa... ¿empiezas otra vez? ¡Mira que mi paciencia tiene un límite! Yo sé que dentro de poco, abandonan el pueblo. Es cuestión de esperar. ¡Por algo los soporto!...

TERESA: ¡Qué pesadilla! Al principio creí que no podría aguantar. Pero ahora... ahora ya no se puede volver atrás...

DEDÉ: ¡Por favor, por favor! ¡Cállate!

TERESA: Yo sé por qué le han pasado a usted estas cosas, señora... Estas cosas... no pueden pasarme a mí.

DEDÉ: A tí también te sucedieron...

TERESA: ¡Pero... de distinta manera... muy distinta! ¡Todo lo que le pasa a usted está disculpado, porque es hermosa... porque es de esas mujeres que agradan a todos los hombres!... *(Se detiene a mirarla)*. ¡Qué hermosos ojos, qué figura!

DEDÉ: Gracias, pero no me gusta que digas eso...

TERESA: Todo en la vida, es cuestión de belleza... ¡Todo, todo, todo! A mí, que soy tan fea, seguramente no me puede pasar lo que le pasa a usted. Y es ahora, en la guerra, cuando mejor entiendo esto. No es lo mismo atravesar el campo con un esqueleto como el mío... ¡Usted con sus lindas carnes, señora, puede atravesar toda Europa sin un solo inconveniente!

DEDÉ: Sí, pero... ¿y la conciencia?

TERESA: Eso, se deja para después... Si usted traicionase, solo podría hacerlo obligada por su hermosura. ¿Puede imaginarme a mí, de agente de enlace? ¿Con mi cara? ¡Fracasaba señora!

DEDÉ: A lo mejor puedes ser más patriota.

TERESA: Más resistente, sí... por ofrecer menos tentaciones. Pero ¡vaya el mérito! Claro que hay mujeres lindas —siempre menos lindas que usted, señora— que no han caído en la trampa... Pero, a ninguna fea, la han tentado. Ni aunque deseasen hacerla *colaborar*... quiero decir, que me obligasen a acostarme con ellos. Nadie me necesita. *(Dedé la mira intrigada)*. El mundo de la gente hermosa es muy distinto del nuestro, señora. Todas las compañeras que tuve y que gustaban a los hombres, han ido más lejos que yo. Han triunfado... o por lo menos han vivido mejor que yo. Los lugares lindos son los más concurridos; las más hermosas frutas en el mercado, vuelan de las manos del vendedor. Cuando pequeña su

padre me enseñaba a ver las cosas lindas y a desechar las feas. Por eso estuve siempre al lado de su familia, porque todos ustedes... ¡fascinan con la belleza!

DEDÉ: Preferiría que se nos considerase por otras cualidades.

TERESA: He conocido a muchachas que valían mucho, pero eran feas y fracasaron, cayeron de la rama sin que nadie las arrancase.

DEDÉ: También es difícil defender la belleza...

TERESA: Pero la gente hermosa gana batallas todos los días, señora, se las busca, se las mima, se les perdona cualquier manera. Su hermana Jacqueline un día me castigó hasta sacarme sangre. Y yo se lo perdoné. *(Embelesada, mirándola).* ¡Es que da tanto placer mirar algo hermoso, un cuerpo, el calor de unos ojos, la boca, el cabello!... ¿Quién puede levantarle la mano a usted, vamos a ver?... Claro que hay quienes odian a la hermosura... ¡Pero, esa es otra cuestión! Yo nunca tuve envidia de la blancura de su piel... ¡nunca! Cuando le vá bien, yo siempre digo: "se lo ha ganado, se lo merece". No ha oído decir usted: ¿qué pena da ver un perro tan hermoso, muerto de hambre? Si es feo, uno se lamenta, pero no tanto... Se piensa: ¡mejor que se muera si no nos da nada lindo!... Es la pura verdad... Contra la hermosura nadie puede, nadie, nadie! ¡En París, hasta Hitler bajó la cabeza! ¡Esto lo sabe todo el mundo ¡Y ante usted, señora, hija de nobles!... Porque usted es noble, ¿verdad, señora? Me dijeron que el señor Gastón no la deja usar el título... ¡pero usted es noble, y linda a la vez!

DEDÉ: *(Sorprendida)* Nunca te oí hablar así. Algo debe pasarte.

TERESA: ¡Sí, sí... se acerca el fin!... Si viene el señor Gastón, es mi último día... Tendré que separarme de usted.

DEDÉ: Gastón me comprenderá...

TERESA: Sí, los hombres la van a comprender y perdonar...

Pero como en el mundo, hay más mujeres feas que lindas... no será fácil que ellas comprendan.

DEDÉ: A veces, pienso *(intrigada)* que estás representando un papel, que no eres como yo te conocí de niña... Puedes haber cambiado...

TERESA: Ya sabe que me importa poco morir... Sólo me faltó en la vida, un hombre, como a muchas mujeres, que me obligase a seguirlo... a quererlo... No, a mí... no me gustaron nunca los hombres feos... *(pausa)* ni creo que tampoco los buenos mozos... Me gusta ser como soy...

DEDÉ: Has querido servirnos... ¡que le vamos a hacer!... Primero, con mi hermana, ahora conmigo. ¡Yo no soy la culpable de tu servidumbre! Cuando el coronel me dió este castillo para vivir, podías haberte resistido... huir... o por lo menos no ser la criada.

TERESA: A él... y a los otros... yo no les sirvo... ¡Atención señora!... ¡A ellos no!

DEDÉ: Bueno, si eso te ofende... no lo repito... *(Dedé se pone humilde y la toca en un hombro).*

TERESA: La verdad que no sé cuando está usted más linda, si enojada... o cariñosa... Le confieso que muchas veces, la hago enojar para ver como la sangre le baña el rostro... ¡qué encendida se pone! En su frente, una vena parece que de pronto va a estallar y que... *(Pausa).*

DEDÉ: Y qué, sigue ya que te gusta.

TERESA: ¡Que me va a bañar con su sangre!

DEDÉ: ¡Cállate Teresa, eso es macabro! *(Gesto de extrañeza).* ¡Te encuentro un poco alterada! ¡Qué cosas dices!

TERESA: Yo cuento lo que siento. Un día, con el señor Gastón nos reímos mucho, porque la hicimos enojar para verle la venita. *(Ríe).*

DEDÉ: Pronto podrás repetir la prueba. Porque, seguramente, cuando vuelva, nos vamos a pelear.

TERESA: Pero como le va a explicar usted, todo lo que pasó en esta casa... ¿dígame? ¿cómo?

DEDÉ: Necesito saber que es lo que hizo él... Estaba en París cuando entraron las tropas.

TERESA: Si el ejército alemán, se compusiera de muchachas como usted, yo sabría contestarle qué es lo que ha hecho el señor Gastón... *(Ríe).*

DEDÉ: Pero ¡qué manía tienes de relacionar todo con unas buenas pantorrillas o con unos senos bien formados!

TERESA: ¿Usted cree que si París no fuese como es, la ciudad más hermosa de la tierra, no la hubiesen arrasado?

DEDÉ: Han arrasado otras ciudades, creo yo...

TERESA: ¡Ah, no, no! ¡Le perdonaron la vida! ¿Y, por qué los parisienses no la quemaron antes de evacuarla?... ¡Porque es la capital que guarda las cosas más lindas del mundo! ¡Con las personas pasa lo mismo, señora!

DEDÉ: Pero, nosotras, vamos a quedar viejas creo yo, y, seguramente, feas.

TERESA: También por viejas, se las respeta a las personas... y a las ciudades...

(Han estado empacando y Dedé suspende el trabajo para mirar a Teresa).

DEDÉ: ¡Pero hoy te desconozco, Teresa! ¡Nunca pensé que podías hablar así!...

TERESA: Es porque esto termina y ya se ve venir al señor Gastón. Son mis últimos días a su lado... ¡Al lado suyo, señora! Después, todo perdido para mí. *(La mira embelesada).*

DEDÉ: *(Como inspirada)* ¡Gastón volverá! Francia habrá ganado la guerra. Volveremos a la vida de antes. No tendremos necesidad de habitar castillos ajenos, Teresa. Y, esta lección, nos servirá a todos. ¿Qué sabía yo de lo que no era capaz, en una guerra? ¿Eh? ¿Verdad que todo ha sido muy distinto de lo que nos habían dicho?

TERESA: Bien distinto, sí... Muy diferente.

DEDÉ: ¿Sabía yo que Gastón era valiente? *(Pausa)*. ¿Crees tú que el señor Gastón es un valiente? *(Teresa no contesta)*. ¿Por qué callas? ¿No es cierto que siempre dió la impresión de ser valiente?

TERESA: De mal genio, sí... de muy mal genio. Pero éso no quiere decir que sea valiente.

DEDÉ: ¿Entonces piensas que es un cobarde?

TERESA: Yo no he hecho ninguna guerra. A mí nunca me dijeron como debía conducirme después de la invasión...

DEDÉ: Pero, por eso, ¿no puedes dar una opinión?

TERESA: El señor Gastón, sabe enojarse y creo que eso le ayudará. Nunca lo ví pelear... más que con usted, señora.

DEDÉ: Yo puedo asegurarte que es un valiente. Tiene carácter. No es como yo. Por eso lo quiero. Estoy segura que se ha portado bien, aceptando las condiciones al lado del Mariscal. El azar lo trae en una misión. *(Pausa)*. Cuando llegue, de vuelta, ¿me ayudarás a defenderme si me ataca?

TERESA: ¿Pero es que cree la señora que me he quedado aquí porque se come y se bebe mejor que en la aldea que está a cinco millas? ¿Cree que es por habitar este castillo que ahora no es más que una garçonier? Me he quedado para defenderla, porque usted es la belleza misma y necesita protección.

DEDÉ: Siempre me has dicho que soy hermosa, pero nunca con esa pasión. ¡Estás muy rara, Teresa!

TERESA: Es que viene el señor Gastón, señora.

DEDÉ: ¿Crees que sería mejor esperarlo en otro sitio... menos comprometedor?

TERESA: No es fácil escapar de esta trampa... Ahora empieza nuestra batalla... Ya lo verá usted, señora.

DEDÉ: ¿Y los jefes nuestros? ¿Qué dirán?

TERESA: Cuando usted les diga que estuvo cautiva... ¿Quién de ellos no creerá? Mire si a mí me da por decir que

me secuestraron para hacer el amor... ¡Me pegan un tiro por la espalda!

DEDÉ: ¡Dices cada cosa! *(Confundida)*. ¡Me das miedo!...

TERESA: ¿Miedo, ahora, a estas alturas, señora? Si los alemanes se retiran y vuelven los nuestros y después tienen que entregar una vez más este lugar y regresan los nazis... ¿No haría usted lo mismo que ha hecho?

DEDÉ: ¡Ni me hables de eso!

TERESA: ¡Un primo mío, sin ir más lejos, ocupó y evacuó su pueblo seis veces! ¡Y así sin llegar a destruirlo!... Es bueno que pensemos qué pasará si vuelve el señor Gastón como reconquistador y otra vez debe volver atrás con su brigada...

DEDÉ: Por ahora, sólo sé que los alemanes van a replegarse. Debemos estar prevenidos. Sigue sacando todo lo que veas que es comprometedor... Recuerda que por ahí deben haber cosas personales...

TERESA: ¡Este grabado... este grabado! *(Lo mira)*.

DEDÉ: ¡No seas majadera! Déjalo en su sitio. ¡Es bien bonito!

TERESA: ¿Y si por este cuadrito?...

DEDÉ: ¡No seas malagüera! *(Muy persuasiva)*. Déjalo, ¿quieres? Me recuerda un instante feliz, me hace huir de esta pesadilla... Es como un velero que me lleva lejos... ¡Mira que árboles románticos! El río corre, con una dulzura musical... *(Extásica ante el grabado)*. Se oye... se oye... *(Dedé se detiene como poseída por una ensoñación)*.

TERESA: ¡Siga, señora, siga... hablando! *(acercándosele)* dijo como velero en un río...

DEDÉ: *(Recuperando su aplomo)* ¿Estás loca? ¿qué pretendes de mí?

TERESA: Usted cree que yo no la escucho cuando vienen ellos. ¿Eh? ¿Usted cree que yo me quedo en la cocina, sola, con ese perro hambriento que detesto? Como ahora, si vuelve el señor Gastón, las cosas van a cambiar... le diré,

señora, que jamás ha sido tan feliz como... *(se detiene)* como... no me animo, no me animo...

DEDÉ: ¡Habla, sigue! *(Enérgica)*. ¿Cuándo has sido tan feliz en estos desdichados meses?

TERESA: Y, muchas veces, aunque usted no lo crea.

DEDÉ: ¡Ya sé, cuando el general trajo champagne y te emborrachaste!

TERESA: ¡Ah, no, no! ¡El emborracharme no me hace feliz, señora! ¡He sido dichosa... muchas otras veces... sucedió cuando la señora menos lo supone!

DEDÉ: ¿Pero cuándo? Me das envidia. ¡Por lo visto yo he sido menos feliz que tu!... ¿cuándo, cuándo? ¡Habla! ¡Cuéntame!

TERESA: No... son tonterías mías... No crea nada... He sido feliz, cuando usted lo ha sido... nada más... *(En forma intrigante)*. Eran momentos deliciosos, de-li-cio-sos!

DEDÉ: Teresa... que me enojo... *(Enérgica)*. ¡Mira que me haces salir de mis casillas!

TERESA: ¿Qué? ¿Quiere saber mi secreto? ¿Quiere saber como he sido muy, pero muy dichosa, a pesar de mi fealdad y de la guerra y de la ocupación?

DEDÉ: ¡Termina, Teresa, o te dejo sola aquí y me voy a la terraza!

TERESA: Por dejarme sola, es bueno que lo sepa, señora... por haberme dejado sola una vez, descubrí que podía ser feliz... ¡Ahora tiene mi secreto!... ¿Vé? Por ahí, empecé. Déjeme sola, señora... ¡Vaya! Yo voy a arreglar este cuarto, como estaba antes de sus lindos sueños...

DEDÉ: *(Colérica)* ¿Qué estás diciendo? ¿Qué dices? ¡Explícate!

TERESA: ¡Nada, nada!... Puede llegar el señor Gastón... Mire que hace más de 48 horas que no se siente pasar un avión... Los nazis están lejos...

DEDÉ: ¡Ahora vas a hablar! *(Se le acerca)*. ¡No podrás quedar

a mi lado un solo momento, si no me dices... todo! ¿Entiendes? ¡Todo! *(Se le acerca amenazante).*

TERESA: Señora, déjeme trabajar tranquila...

DEDÉ: ¡Terminemos ahora que las cosas van a cambiar! *(Decidida).* No puedo tenerte más a mi servicio si no hablas...

TERESA: ¡Ah, señora, señora! ¡Cómo se le sube la sangre a la cara! ¡Qué bonita está! ¡Qué espléndida! ¡Si la viésemos con el señor Gastón! ¡Parece que va a estallar! *(La mira, en éxtasis)*

DEDÉ: *(Cambia, al verse caída en una trampa)* ¡Estúpida de mí! ¡He caído como una tonta! ¡Las bromas que te gastas, imbécil! ¡Terminemos!

TERESA: Me ha dado lo que yo quería... verla con la cara encendida! ¡Yo veía cómo iba subiéndole la sangre! Las mejillas *(Dedé se mira al espejo)* como dos amapolas! Me recuerda cuando las dos éramos niñas, allá en Beaulieu!

DEDÉ: No tienes cura!... *(Pausa).* Pero veo que no has inventado una pantomina! ¡Siento que me ocultas algo! ¿Qué es eso de los sueños, que has dicho? ¡Contesta!

(Teresa, intenta salir con un lío de ropas y objetos. Se detiene al descubrir unos gallardetes)

TERESA: Estas banderitas... supongo que las sacaremos... *(Recoge una con la cruz swástica)*

DEDÉ: ¡Deja eso!... Te he hecho una pregunta. ¡Contéstame! *(Teresa, confundida, mira uno a uno los muros del cuarto).*

TERESA: Ahora que puede terminar todo esto... Ahora que volveremos atrás. *(Con las manos juntas).* ¡Que Dios nos ampare! ¡Y sea por última vez!

DEDÉ: Habla... no te escapes. ¿Qué ibas a decir cuando me hiciste enojar?

TERESA: Ahora que puede venir el señor Gastón, le voy a contar algo de usted, que usted misma ignora... No sólo

creo que sea la más linda mujer de Francia... creo que nadie es capaz de hacer soñar como usted!... Usted, señora... es París... Eso: ¡París!, señora, ¡París!

DEDÉ: ¿Qué estás diciendo? ¿Se lo has oído a alguien? *(Irritada).* ¡Sé que lo has oído! ¡Cómo! ¿Dónde?

TERESA: Aunque no lo hubiese oído... ¿cree usted que no puedo imaginarlo? ¿No sabe usted, señora, que las mujeres feas, soñamos mucho más que las bonitas? Lo malo es que *no* hacemos soñar... Pero a imaginar maravillas, nadie aventaja a una fea!

DEDÉ: Me ocultas algo más. *(Persuasiva, severa, amenazadora).*

TERESA: No, mucho más, no, señora!... Ahora, que ya no vendrán los alemanes...

DEDÉ: No estés tan segura... a lo mejor... *(Sombría)* vuelven...

TERESA: Ahora que va a regresar el señor Gastón... le voy a hacer una confesión... *(Dedé se le acerca y la toma por los hombros).* Yo nunca he sido más dichosa, ni creo que lo seré, señora, que oyéndola a usted enamorar... *(Corta).* Hacer...

DEDÉ: ¿Enamorar? ¿Qué? ¿Qué dices? Claro, te gusta verme en la terraza... alguno de ellos te resultó simpático... ¿eh? Te gusta alguno de ellos... Dime, ¿cuál, cuál?...

TERESA: *(Reacciona)* ¡Ah, no, no me hable de esos hombres... ¡De ningún hombre! Nada de eso. Yo les he servido en la terraza, es cierto. Pero no es en la terraza donde me hacía usted feliz... No... señora *(animada)* es aquí, señora. *(La mira en la cara).* Aquí en este cuarto, donde he sido la mujer más dichosa, a pesar de mi fealdad...

DEDÉ: ¿Aquí? ¿Qué estás diciendo? *(Se separa, desconfiada).*

TERESA: Atrás de ese cortinado, señora, en ese balcón... *(Lo señala).* Se estaba muy bien allí, señora!

(Dedé la mira asombrada, llevándose las manos a la cara).

En las noches de tormenta, me quedaba detrás de esos

cortinados y dejaba de ser la desamparada Teresa. Fueron los momentos más hermosos de su vida, y los compartía con usted! *(Actitud violenta de Dedé).* No se enoje señora! Yo no sé guardar sus secretos. ¡Resultaban tan cortas las noches detrás de esos cortinados! *(Como delirante).* ¡Detrás de esos cortinados he oído su voz, que hace soñar! ¡Todo lo bello que se puede imaginar, todo lo que siente usted mirando ese grabado! ¡Todo! Los viajes que proyecta, esa manera de contar como es París, esa voz suya. ¡Qué encanto, señora! ¡Nunca pensé que fuese tan hermoso hacerse querer!

DEDÉ: ¡Mientes, Teresa, has estado espiando! *(Sonrojada).* ¡Es increíble que me hayas traicionado! ¡Te has hecho espía! ¡No puedes disimularlo más!

TERESA: ¡Ah, no, no! ¡Nada de eso! Sólo oía su voz, lo que usted sabe contar! ¡Usted hablaba como si fuese la mujer más fea del mundo! ¡Y yo era feliz oyéndola! Los viajes, sus viajes, lo que quiere para usted... ¡todo!

DEDÉ: ¡Miserable! *(Se le acerca).* Así quieres justificar tus inmundos actos de espionaje. ¡Te haré fusilar! ¡Lo juro!

TERESA: ¡No me importa nada! Haga lo que quiera. ¡Ni el nombre de ellos recuerdo! No los reconocería... No sé de qué hablaban. Hasta un día, para que lo sepa, me dormí mientras el coronel le contaba no sé qué acción de guerra. Esa crápula no me entretenía, señora. *(Con fruición).* En cambio, usted, usted sí!

DEDÉ: ¡Cállate, espía! Toda mi vida he confiado en ti! Ahora estoy en tus manos.

TERESA: *(Confundida)* ¿En mis manos? Yo sí que estoy en sus manos, yo *quiero* estar en sus manos! Cuando ustedes iban a París, a aprender esas cosas tan hermosas, yo me quedaba en Beaulieu, pensando en lo que ustedes verían... Y recién ahora, después de muchos años, recién ahora, gracias a la guerra he venido a saberlas! ¡Cuántas cosas maravillosas aprendió usted, señora! ¡Oh, las mujeres hermosas, cómo pueden aprender!

DEDÉ: ¡Crápula! ¡Estoy segura de que te prepararon para esto! ¡Ahora me doy cuenta! ¿A quién respondes? ¿Quién te mandó espiar?

(Se oye fuera una voz varonil).

Dedé, Dedé.

ESCENA II

TERESA: ¡Dedé! ¡Es el señor! ¡El cielo lo manda, es él, señora! ¡Bendito sea! *(Cae en una silla).*

(Gastón entra como un torbellino. Teresa toma los objetos reunidos y se le caen de las manos. Ruido de cristales que se chocan.

GASTÓN: ¡Querida! ¡Querida!

(Dedé y Gastón se abrazan. El la besa, la besa largamente).

DEDÉ: ¡Oh, Gastón! ¡Gastón, mi amor!

(Teresa huye llevándose todos los objetos en desorden).

GASTÓN: ¡Estás espléndida, amor mío, espléndida! ¡Tengo pocos minutos libres! ¡Dame todos los besos! ¡Dame!

(Ambos caen en un sillón abrazados).

DEDÉS ¡Te esperaba, mi querido! ¡Te estábamos esperando! Entonces, ¿es verdad que se han retirado las tropas? ¿Es verdad? ¡Mi pobre Gastón!

GASTÓN: Escucha... No sabemos aún si se nos tiende una emboscada. Se han retirado por el valle. Hemos visto evacuar las tropas... ¡Pero nada es seguro! Déjame que te bese. Ya te contaré lo que pasa. No hay peligro, por el momento. Van a dejar pasar una noche, en calma!... Y, ésta será nuestra noche. ¡Tuya y mía! ¡Dedé!... ¡Por fin! Y si vuelven y debemos retirarnos, te vendrás con nosotros! ¡No quedará nadie en la aldea! ¡Bésame, bésame! ¡Estás como a mí me gusta, encendida! ¡Mi linda! ¡Maravillosa! ¡Dame! *(Caen en un largo beso).*

Al finalizarse estas palabras la escena se torna oscura y en la puerta, inmóvil, se deja ver la silueta de un soldado alemán.

DEDÉ: Amor mío *(Acariciándolo)*. ¡Amor, amor mío!, estarás cansado, estarás rendido! ¡Déjame que te cubra de besos! ¡Qué linda está tu piel, curtida por el sol! ¡Hueles a campo! Amor mío, vamos a recorrer el campo, como jamás lo hemos hecho.

GASTÓN: ¡Sí, sí, mi amor! Yo he descubierto lugares donde nunca fuimos antes... ¡Te llevaré al campo!

DEDÉ: ¡Ah, qué calor da tu cuerpo! ¡Iremos a amarnos en la playa de un río! Me gustan los ríos. Apagan el ruido del mundo... Te besaré al borde del agua... Gastón, mi amor, los dos viendo pasar los veleros! Y el campo entero para nosotros! ¡Tú y yo solos, al fin! Tirados en la hierba, oliendo el pedazo de tierra mojada por las pequeñas olas del río... y la brisa secando tu saliva en mi piel... Caminaremos tomados por la cintura. ¿Te gusta mi cintura? Está más fina... como los juncos que crecen al borde del agua! ¡Gastón, mi amor!

(Se besan y callan).

ESCENA III

CORONEL: *(Desde la puerta)* Buenas noches, madame!

(Dedé se yergue rápidamente, y se pone de pie)

DEDÉ: ¡Tú!

(Largo silencio. Los tres de pie. Se miran).

CORONEL: ¿Podía dar luz, madame?

(Dedé da luz. Gastón mira a uno y otro lado, confundido).

GASTÓN: ¿Le conoces? *(Molesto)*. ¿Lo conoces, no es cierto?

DEDÉ: Es el jefe de la División 73. Sí, nos conocemos...

CORONEL: Por eso me permití llegar sin anunciarme...

(Gastón hace ademán de llevarse la mano al revólver).

CORONEL: No haga el menor movimiento, porque no estoy solo y lo matarán en el acto!

GASTÓN: ¡Hermosa celada! ¡Todo muy bien combinado!

CORONEL: Necesitamos saber dónde guarda usted, capitán, ciertos planos robados... nada más... Por lo pronto, entrégueme su arma, Capitán!

(Gastón duda, cuando la quita, levanta el arma como para suicidarse. Un rápido movimiento del coronel ataja el brazo. Breve lucha. El coronel le arranca el arma).

CORONEL: Con que posible suicida, ¿eh? Esto mejora las condiciones. ¡Tiene usted pundonor, lo felicito, capitán!

GASTÓN: No se lo agradezco. *(A Dedé)*. ¿Habían estudiado esta escena?

DEDÉ: *(Angustiada)* ¡Gastón!... Yo no tengo con qué darme muerte... no seas innoble...

CORONEL: Le doy mi palabra de honor que esta dama, no sabía en absoluto lo que iba a pasar aquí... ni yo mismo! Vine a despedirme, porque debo alejarme del lugar y encuentro a usted, al que andábamos buscando. Venía, sencillamente, a ofrecer seguridades a esta señora. También los alemanes sabemos rendir homenaje a la belleza. No es patrimonio de ustedes, capitán.

GASTÓN: ¿Qué quiere de mí? Me entrego prisionero. Disponga.

CORONEL: *(Terminante, fríamente)* Capitán, salga por esa puerta. Dos soldados lo conducirán. *(En alemán y en voz alta):* Sargento X. *(Aparecen dos soldados en la puerta).* Conduzcan al prisionero hasta el comando 73.

(Gastón, con la cabeza gacha, sale lentamente).

ESCENA IV

Una larga pausa. El coronel enciende un cigarrillo. Da dos bocanadas de humo y se lo ofrece a Dedé. Ella duda

y por fin lo fuma. Enciende otro cigarrillo el coronel. Da una bocanada y se sienta, suspirando. Dedé se cubre la cara con las manos y llora).

CORONEL: Lo comprendo muy bien, señora. Pero, esté tranquila. Nada le pasará. ¿Me oye? ¡Nada! Es usted demasiado hermosa para que al hombre que usted quiere, le pase algo malo.

(Dedé solloza).

Lo lamento de veras... ¡Créame! Usted y yo nos parecemos... ¿Verdad que nos parecemos? *(En voz más baja).* Ya se lo dije... más de una vez... Dedé... Tú y yo... hemos sido muy felices... *(Se pone de pie).* Te dejo... Tienes que llorar... Mañana a primera hora, tendrás que acudir a la comandancia... Adiós, Dedé!

Sale, después de pasar la mano sobre la cabeza inclinada de Dedé. Mientras va saliendo el coronel,

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

En una pequeña habitación que se supone improvisada para una entrevista entre Gastón, condenado a muerte, y su amante, Dedé. Por la única puerta, abierta, se verá pasar continuamente a un soldado alemán con fusil al hombro. Un banco de madera. Un pequeño mueble de metal. Una silla.

ESCENA I

Gastón, sentado en el banco, sin muestra alguna de abatimiento. Brazos cruzados. Al levantarse el telón, se verá al coronel, paseando de un lado a otro del cuarto, siempre cruzándose el paso con el centinela que camina con idéntico ritmo.

CORONEL: Créame, no tengo por qué engañarle. Lo repito: No acostumbro entablar diálogos con los condenados a muerte. Le aseguro que hago una excepción con usted, en homenaje a madame. Es bueno que ustedes se vayan acostumbrando a ver en nosotros, a seres semejantes, respetuosos de las condiciones humanas... *(Se para y mira a Gastón)*. Sé lo que piensa, capitán! Ustedes han hecho muy bien la propaganda en contra nuestra. Exageraron y mintieron tanto que... ya ve... el mundo entero no hace sino celebrar la conducta observada por nuestras tropas, en la ocupación de París... *(Vuelve a caminar)*. Ni un solo acto de la prensa calumniosa, copia vil de los diarios yanquis *(Se detiene otra vez)*. De nosotros no quieren aprender nada, ¿no es así? Todo lo asimilan de los yanquis. *(Escupe)*. ¡Así les ha salido! *(Furioso)*. *(Otra vez detenido)*. Usted, que viene de París: ¿Señáleme un acto de vandalismo de nuestras tropas? *(Silencio de Gas-*

tón). A ver... A ver... ¡Hable! Preséntеme un caso concreto. ¡No les han quedado más ganas de inventar! ¡Allí ya no queda un solo corresponsal yanqui, por eso se acabaron las mentiras! ¡Las mentiras y las calumnias! Usted sabrá por lo menos de un caso vandálico... ¡Venga, cuéntelo! El Führer les dió una lección. Esperaban verlo en el Eliseo! *(Se detiene)*. Guárdense el Eliseo para ustedes! Y el Arco de Triunfo *(Colérico)* y el Campo de Marte!... *(Ríe)* La única cosa que nos llamó la atención, fué la Torre Eiffell. Ese mamarracho anticuado! *(Pausa)*. ¿Por qué no habla, por qué no responde a mis preguntas, en atención a esta visita que le hago? ¿Por qué se resiste a conversar conmigo? ¿Acaso no soy un ser como usted? ¿No me presento tal cual soy? Sepa perder, capitán! No sé si usted se acercaría a hablarme, si fuese yo el condenado a muerte! Los de una raza pura, sin otras sangres podridas, que todo lo enturbian, somos auténticos caballeros! *(Silencio. Sigue andando de un lado a otro)*. Contésteme, dígame si es verdad o no que somos mejores que la puerca propaganda que gastaron los perros ingleses. Ya ve que no pretendo saber donde guarda usted esos planos... robados, producto de un saqueo. *(Actitud violenta de Gastón)*. Sí, saquearon a una casa de campesinos alemanes. Mataron a todos, para robarles... Y allí, entre los víveres, encontraron esos planos... Ya lo sabemos todo. No iban buscando documentos. *(Violento)*. Saqueaban y dieron con esos planos!... Pero de nada les ha servido. Ahora, vuelven atrás. Jugamos con ustedes. Oígame, capitán. *(Ofuscado, detenido)*. Seguimos ganando, ha caído París, toda lucha es inútil. Deberán adaptarse a nuestra manera, a nuestro sistema de vida, único capaz de salvar al mundo! Somos los más fuertes, pero también los más generosos. Se nos pinta como bárbaros... Esa propaganda, en lugar de perjudicarnos, nos ha favorecido. Somos mucho mejores de lo que ustedes suponen. Y vamos a terminar con quienes fomentan la calumnia!

(Una larga pausa. El coronel anda de un lado a otro, a grandes pasos).

Dicen que sembramos la muerte allí donde vamos! La guerra, tiene la faz de la muerte, capitán! ¿Qué otra cara entonces? ¿No pensó antes que iba a morir, cuando tomó las armas? *(Gastón no se inmuta).* Yo sí, capitán! Sé que ella puede encontrarme en cualquier lado. Siempre la espero. ¿Usted no? *(Pausa).* Por supuesto que ahora la siente muy próxima. Lo sé. Pero creo que no debe sorprenderse. Ha salido en su busca y la tiene cerca. Han firmado su sentencia. No la he firmado yo, por cierto! ¡No es culpa mía! Pero estamos tan familiarizados con la muerte que es como un accidente en la carrera de un jinete. *(Pausa).* ¿Qué se siente, capitán, cuando la muerte abre un zanjón ante nuestros ojos? *(Pausa larga).* Lo comprendo... No hay palabras que expliquen esa sensación... Pero... *(Se detiene y lo mira. Luego, en voz baja, apenas audible).* Puede usted salvar el pellejo, capitán. Si dice una... dos palabras... No son necesidades militares. *(Confidencial).* Queremos saber dónde ha escondido usted las joyas de la baronesa de Constance... ¿Oye usted? Sólo eso, bien poco! No se trata de asuntos de orden militar... Estamos interesados en dar con ellas, cueste lo que cueste. Y usted sabe donde están escondidas. Es un asunto personal, ¿me entiende? *(Gastón levanta la cabeza y lo mira sorprendido).* ¿Qué, no quiere usted decirnos dónde está ese botín? No traicionará a nadie. La baronesa era una cocotte de París... Usted sabe bien lo que quiere decir esto. *(Pausa).* ¡Hable! Díganos donde las escondieron y usted no muere mañana al amanecer... Yo sé hacer las cosas bien... ¿me oye? Aquí, entre los dos, ¿dónde están? ¿Dónde las escondieron? *(Gastón lo mira enérgico).* ¿No piensa hablar? Ya sé que mi violencia no es nada militar... No es un asunto bélico... usted sabe bien lo que digo... Esperamos que su mujer tenga más fuerza de convicción. Le hemos

concedido la gracia de poder verla. Ella le contará a usted cual es mi propósito... ¡Nobleza obliga! Sabrá usted como debe conducirse mañana. Tengo un plan, nada desagradable para usted. *(Gastón lo vuelve a mirar. Desconcertado)*. ¡No me mire así!... Sé lo que piensa... Piensa en su mujer... Pero no es eso, no es eso!... ¡Hermosa mujer, la suya!... Los alemanes, créame, no somos insensibles a la belleza! ¡Ah, pero, nada de violencia para el amor! El amor, debe ser sagrado para un ario puro! *(Ríe)*. No hemos tocado una sola mujer... Sin previo consentimiento, se entiende! *(Gastón cierra los puños)*. Entiendo su reacción. Yo haría lo mismo. *(Ríe)*. Y, conste que si me conduzco así, es porque estoy seguro de que usted no será tan tonto, de no salvar el pellejo, por un simple dato... lo menos bélico posible... Casi le diré... galante... romántico *(Ríe)*. La lucha tiene muchos aspectos... La ocupación, cambia de formas tácticas casi a diario, de acuerdo a las circunstancias. Quiere ser lo más leve posible, pero depende de ustedes. Dicen que podemos corromperles. Jamás un alemán ha corrompido conciencia alguna. *(Gastón vuelve a levantar la vista y lo mira fijamente)*. El mundo, envenenado por los americanos, ha conseguido dar una fisonomía del pueblo alemán. Ahí tiene a París, intacto. ¿Qué más quieren? No odiamos a la civilización! Los yanquis la odian, porque no la tienen. El mariscal Petain y las mejores familias francesas, han comprendido qué es lo que les conviene. Los desorbitados, no! Pero ya van a comprender más tarde, quién es el enemigo en potencia! ¿Qué piensa usted de los americanos, sus aliados y presuntos salvadores? *(Gastón no se inmuta)*. ¡Conteste! Si le molesta que hable de la familia, conversaremos de sus otros aliados. Los ingleses hipócritas ¿qué pueden proporcionarle? ¡Nuevas guerras! ¡Serán aplastados! ¡Tiempo al tiempo! *(Silencio de Gastón)*. Su mujer no es una colaboracionista, capitán, como la chusma llama a los fran-

ceses que tienen sentido de la realidad. Le hará una proposición que yo no puedo formularle. Queremos la paz, no deseamos derramar más sangre. Y menos la suya, Capitán! Estamos frente a frente, dos hombres de una misma clase. Conozco su origen y el de la señora. En la paz, pudimos ser amigos y confraternizar! *(Gastón vuelve a mirarlo, desafiante).* Sí, confraternizar. Defendemos idénticas formas de vida. ¡Ya odiarán ustedes al oso bolchevique y al dólar de Wall Street!

(Silencio).

¿No quiere usted responderme?

(Silencio).

Su señora le dirá quién soy. *(Al centinela en tono de mando).* Haga pasar a fraulein Gilbert Lefevre!

(El coronel hace mutis. Se cruza con Dedé. Dedé se precipita sobre Gastón. El la rechaza, pero no muy decidido).

ESCENA II

DEDÉ: Por favor, querido, tenemos poco tiempo. No seamos tontos! Te ruego que no pienses mal de mí. ¡Escucha! ¡Pronto, escucha!

GASTÓN: ¿Qué vienes a hacer? ¿Hasta cuándo jugarás esta siniestra comedia?

DEDÉ: Oyeme... ¡Estás salvado, no te ejecutarán! Oyeme bien... No es una promesa. Creían que sabías dónde se encuentran las joyas de la baronesa... Acabo de convencer al general de que tú, nada sabes... Para salvarte, yo les he dicho dónde están... y quién las esconde.

GASTÓN: Lo que has hecho es una vileza. ¡Basta, Dedé!

DEDÉ: No se trata de bienes de Francia. Son collares de perlas y diamantes de una mujer de mala vida... Son alhajas de una perdularia.

GASTÓN: Tú también lo eres, Dedé. ¿No te das cuenta? Te has puesto a su altura!

DEDÉ: ¡No, Gastón, no! Aprovechemos de este capricho del coronel... un capricho suyo, personal. La prueba es que no vas a ser fusilado...

GASTÓN: Ahora quiero que me maten ¿comprendes? Quiero terminar con tanta inmundicia! ¡Déjame solo! No amargues mis últimos momentos.

DEDÉ: ¡No te van a fusilar, Gastón! ¡No vas a morir, mi amor! ¿Sabes lo que es no morir? ¿No terminar? ¿Tener la posibilidad de ver a Francia como antes? ¿Volver a ser como éramos, como vivíamos? ¡Vivir, gozar de todo lo que es nuestro, lo que es hermoso!

(Gastón se agarra la cabeza con ambas manos).

No vas a morir!... No vas a dejar de acariciarme, Gastón, de sentirme a tu lado. ¡Volveremos a estar juntos!

GASTÓN: ¡Retírate! ¡Ya no te quiero! Ya no podría quererte. ¡Prefiero terminar! ¡Déjame!

DEDÉ: No es por mí, si prefieres... Es para que viva un hombre más en nuestra tierra. No sólo no morirás... *(En voz cada vez más baja).* Te van a dejar escapar. Me lo han prometido. ¡Te juro!

GASTÓN: ¿Pero estás loca? ¿A qué precio? ¿No te da vergüenza?

DEDÉ: Ya está todo resuelto... todo... Déjame que te explique... No tenemos más que el tiempo necesario... Por favor, no digas nada. Te juro por nuestro amor, que no miento, ni te he engañado... Mira, escucha... Lo que te propongo es como un sueño... Algo que me hace... *(Firme).* Mira, tócame, acaríciame, siente como la piel se me eriza con sólo pensar en lo que vamos a hacer... Escucha, escucha... Siénteme. *(Se lleva la mano al brazo desnudo).* Siente mi piel, amor!... El coronel ya lo ha hecho una vez... Como no es posible revocar las sentencias de los condenados a muerte... es cosa corriente entre ellos... ¡Escúchame! El coronel ha hecho cargar las armas con balas de fogueo... *(Sorpresa de Gastón).* Se oirán las detonaciones; tú simularás caer de

bruces. ¿Comprendes? Como si rodases acribillado... Pero quedarás con vida... *(Desdén de Gastón).* En seguida, vendrán las camillas a recogerte. Y te conducirán a la morgue. Allí estará esperándote otro... un...

(No se atreve a decirlo).

GASTÓN: ¡Sigue, sigue!... ¡No entiendo que quieres decir!... ¡No entiendo nada! ¡Es terrible!

DEDÉ: Un cadáver... el cuerpo de un fusilado... ese cuerpo saldrá en tu lugar... Tú escaparás después... Nos reuniremos en el castillo... Todo está preparado... *(El quiere hablar).* No me interrumpas! *(Le tapa la boca con la mano).* Creo que el coronel desea demostrarnos que son magnánimos. Y ya es tarde para decir que no!...

GASTÓN: Has caído en otra trampa, estúpida! ¿No ves que juegan contigo?

DEDÉ: Estás equivocado, Gastón... El dice la verdad... No vas a morir, ¿comprendes? ¡No vas a morir!

(Gastón hace gestos negativos). Escucha... Conocemos poco a estos militares. No sabemos de lo que son capaces. Recuerda, Gastón, recuerda bien lo que debes hacer cuando oigas la descarga... No perdamos tiempo. Prométeme que lo harás, amor! Esto ha pasado otras veces... ¡Te lo aseguro!

GASTÓN: ¡Es imposible, Dedé, imposible! *(Angustiado).* Estoy resuelto a morir! ¿Cómo quieres que me preste a esa farsa? ¡Dime! ¿Cómo? ¡Un militar! ¡No, no! ¡Déjame!

DEDÉ: Por favor, salva tu vida, sin que por ello tengas que avergonzarte!... ¿Sabes lo que me preguntó el coronel antes de proponérmelo?

GASTÓN: ¡Termina! ¿Qué?

DEDÉ: Si eras valiente... Se necesita, me dijo, mucho valor, mucha entereza, para sobreponerse en semejante momento!

GASTÓN: ¿Para un acto así? ¡Qué idiotas!

DEDÉ: En fin, lo cierto es que no vas a morir, Gastón. Compréndelo de una vez!

(Pausa. Gastón mira como a la lejanía).

GASTÓN: ¿Crees que puedo solicitar un confesor?

DEDÉ: No hablé de ello... ¿Lo necesitas?

(Gastón se golpea la palma de la mano con el puño cerrado).

No sabía que eras creyente. Nunca me lo dijiste... Es extraño... ¡No vas a necesitarlo!

GASTÓN: Es que la muerte... la muerte!... *(Deja caer la cabeza).* ¡Viene la muerte!

DEDÉ: No vas a morir fusilado, Gastón. ¡No van a fusilarte! Sólo te pedimos que guardes las formas, que resistas el terrible momento... ¿comprendes? Es una salida que ellos tienen y que no es la primera vez que la practican... *(Silencio de Gastón).* ¿Me prometes, querido, me prometes salvarte? ¿No me dejarás sin tu piel adorada, sin tu calor, sin pasear a las orillas de un río, antes de que los dos muramos...: La guerra no puede ser interminable... hablan del fin... Prométeme, Gastón... Sé valiente, amor mío!

GASTÉN: ¿Valiente? ¿Valiente para realizar una farsa?

DEDÉ: Así lo creen ellos... Por eso me preguntaron si podrían contar contigo.

GASTÓN: Antes quiero hablar con el confesor.

DEDÉ: Prométeme que vivirás, amor mío! Volverás a las filas, y lucharás de nuevo... Se necesitan hombres...

GASTÓN: Te repito que es una farsa, Dedé, una farsa siniestra, una horrible, comedia!... ¡Déjame morir tranquilo! ¡Vete, vete!... Te engañan y no quiero que me engañen a mí!...

DEDÉ: *(Abrazándolo. Lo acaricia).* Tu cuerpo no puede cubrirse de sangre!... Bésame, bésame... hasta mañana, Gastón... *(No la besa).*

GASTÓN: Voy a morir, Dedé, ¿comprendes? ¡A morir! Estoy resuelto! *(Cae en un sacudimiento de nervios).*

ESCENA III

(El centinela se detiene en la puerta, de golpe).

CENTINELA: Señora... Ha terminado la entrevista.

DEDÉ: No vas a morir, Gastón!... Es horrible morir... Es horrible!

(Gastón, impresionado con aquellas palabras).

GASTÓN: Pero, ¿cómo creerles, Dedé? Jamás he oído hablar de semejante coartada. Es absurdo. ¡No les creas!

DEDÉ: A mí nunca me hablaron de una Francia ocupada!... Nunca se creyó que caeríamos vencidos... Nadie me dijo que un día iba a tener que soportar a los alemanes... Y sin embargo yo comprendo que es posible salvarte!... Teresa me ha dicho que para mí no hay imposibles! Ella me ha dado ánimo. Tienes que creer, Gastón. No serás fusilado. Yo esperaré que vengas a buscarme...

GASTÓN: *(Con un suspiro)* Bien... Será como tú dices... Veremos qué pasa... Pero si muero quiero que...

DEDÉ: *(Lo besa en la boca)* Cállate, cállate! Gastón... ¡no morirás!

ESCENA IV

El coronel en la puerta.

CORONEL: Madame... Debe retirarse...

(Gastón de espaldas al coronel y a Dedé. Mira en alto con las manos tomadas atrás, angustiado. Dedé lo contempla un segundo y hace mutis).

CORONEL: Reclamo de usted, capitán, presencia de ánimo y coraje. Si el servicio religioso puede serenarlo, tendrá la visita del confesor de la iglesia católica. A veces, es un recurso para la desesperación. Respetamos las creencias, capitán!

(Gastón, de espaldas, no contesta).

CORONEL: *(En voz más alta).* Cuando un caballero dirige la palabra a otro caballero, es una grave incorrección colocarse de espaldas. *(Pausa).* La vida es larga, capitán Lefevre! ¡Puede ser muy larga! ¿Entendido?

(Gastón gira el cuerpo y mira en silencio al coronel).

CORONEL: ¡Mercí, capitán Lefevre!

TELON

ACTO TERCERO

La misma escena que en el primer acto. Pocos cambios. El balcón con los cortinados corridos. Dedé, viste con ropas obscuras. Ha cambiado un tanto su arreglo, su físico. Aparece deprimida y sumamente nerviosa. Cierto desaliño en su ropa, visible desorden en el cuarto. Al levantarse el telón, se la verá entrar fumando. Apaga un cigarrillo, enciende otro. Bebe de un vaso que estaba servido y vuelve a llenarlo. Luego va a buscar algo en uno y otro cajón, con nerviosidad. Se asoma a la puerta y golpea con las manos. Dos rápidas palmadas. Aguarda. Como no acuden, vuelve a llamar con violencia. Registra nuevamente los muebles.

ESCENA I

Entra Berta, una mujer gorda, de negro, antipática, de marcado tipo germano. Hablará con acento alemán. Se detiene en la puerta, sin que Dedé se dé cuenta de su presencia. Cuando Dedé vuelve la cara con intención de llamarla, gesto de sorpresa de ésta. Avanza hacia Dedé, lentamente.

DEDÉ: La he llamado tres veces, Berta. Necesito... *(Berta le corta la frase).*

BERTA: Perdone, usted llamó dos veces, madame. *(Dedé, en silencio, la mira apretando los puños, conteniéndose).*

DEDÉ: El sobre que dejé en este cajón. *(Lo señala).* ¿Dónde está?

BERTA: El sobre que busca no estaba en ese cajón, madame. Estaba en éste. *(Lo señala).* Pero yo lo he llevado al desván, porque ahí guarda usted sus papeles personales.

DEDÉ: Yo no me refiero a un sobre cualquiera... Quiero...

BERTA: *(La interrumpe)* Ya lo sé, madame... Usted busca el que contiene un retrato... Por eso, lo llevé al desván... No le conviene tener retratos de amigos franceses... Es más prudente conservarlos en el desván...

DEDÉ: Es cosa mía... Traiga ese sobre. Y no se llevará de aquí nada sin mi consentimiento...

BERTA: Así lo haré, madame... No me gusta contrariar a los señores, pero como en estas épocas se requiere orden, cuando veo un error, trato de corregirlo... Si madame lo permite... iré a buscar ese sobre...

DEDÉ: Vaya en seguida.

BERTA: Con su permiso.

(Dedé la sigue hasta la puerta. Arroja la colilla. La pisa, haciendo girar el pie y da muestras de cólera golpeando con un puño en el muro. Cierra con violencia el ventanal que da al valle. Enciende otro cigarrillo. Golpean. Dedé no se da cuenta. Vuelven a golpear en la puerta. Ademán nervioso).

DEDÉ ¡Sí, adelante!

BERTA: *(Abriendo lentamente la puerta. Trae el sobre en la mano)* ¿Se puede? *(Alarga el sobre a Dedé)*. Si madame no me necesita, debo ir al pueblo, en busca del correo.

DEDÉ: ¿Qué correo?

BERTA: Mis cartas vienen dirigidas a la Cruz Roja... Y hoy es el día señalado.

DEDÉ: ¿De dónde recibe usted correspondencia?

BERTA: De París, madame... Sabrá disculparme, pero es el único día que puedo dejarla libre... *(cambio)* es decir... que estoy en condiciones de ir al pueblo... Desde que me pusieron a su servicio, no he salido.

DEDÉ: Hoy hace... *(Calculando, más severa)*.

BERTA: Cuatro semanas, más de un mes, madame... Todos los meses voy a tener que dejarla sola... El Coronel no permite que vengan a traerme las cartas... Y, a lo mejor, voy inútilmente... Tal vez mi hijo no pueda escribirme.

DEDÉ: ¿Su hijo? ¿Tiene un hijo en París?...

BERTA: Y una hija... en Berlín... madame. *(Ambas se miran, en silencio)*. Mi hija trabaja en una usina. Mi hijo es soldado, nada más...

DEDÉ: Pues... puede usted ir... no me importa... no se preocupe por mí...

BERTA: Comprendo. Ya lo sé, madame, comprendo, ya lo sé...

DEDÉ: Cómo lo... *(Se detiene. La mira. Berta con mirada estúpida, inquiere)*.

BERTA: ¿Cómo lo sé, madame? *(Silencio de Dedé)*.

DEDÉ: *(Luego de una pausa marcada)* No es eso lo que quería decir... *(Confundida)*. ¿Decía que cómo... sabe usted que tendrá cartas? En este momento, nada es seguro...

BERTA: Desde tres meses atrás espero esta fecha. Es para mí, la vía más segura. Llegan medicamentos. Mi hijo mandará sus noticias por intermedio de un amigo médico... *(Pausa)*. ¿Puedo retirarme, madame?

DEDÉ: Sí, sí... ¿Y regresaría?... ¿cuándo?

BERTA: Imagine usted, madame, cinco millas a pie... salvo que encuentre algún auto patrullero. Y, así mismo... a pesar del salvoconducto del Coronel, prefiero no hablar con nadie. Cinco millas de ida, cinco de vuelta... El tiempo que pase allá abajo... Hasta la hora de la comida... no podré regresar...

DEDÉ: Tómese el tiempo que quiera... Esta noche me acostaré sin comer... Me han hecho mal esas conservas...

BERTA: Y a mi también, madame... Pero, ¡qué le vamos a hacer! Peores alimentos comen los soldados... Y ya vé... *(Leve sonrisa de Berta)*. ¿Puedo retirarme?

DEDÉ: Sí, y tómese el tiempo que quiera...

BERTA: *(En alemán)* ¡Hasta la vista!

(Dedé la sigue. Cierra la puerta. Espera que se haya alejado y echa a llorar. Se dirige al pequeño velador donde dejó el sobre. Lo abre. Es un retrato. Lo contempla, un instante).

DEDÉ: ¡Oh, Gastón, Gastón! *(Solloza)*. Tu piel, mi querido... ¡Tu piel! *(Camina con la fotografía hasta el balcón. Corre el cortinado. Se seca las lágrimas. Asomada, mira hacia abajo, hacia el camino. Se supone que observa el paso de Berta. Enciende un cigarrillo. Cuando va a alumbrarlo, suenan golpes rápidos en la puerta. Corre, frenética, pero antes, se detiene y se observa en el espejo)*. ¡Gastón! *(Corre)*.

ESCENA II

(No bien abre la puerta, entra Teresa, como si viniese huyendo. Teresa cierra la puerta y hace correr el cerrojo).

TERESA: ¡Señora, señora! ¡Felizmente se ha ido! ¡Tres días tirada en el pastizal crecido! ¡Sola, señora, sola! ¡Con el perro que me reconoció y estuvo siempre a mi lado! ¡Bendito sea! ¡Deme usted agua, señora, agua!... ¡Solamente un poco de agua!... *(Cae, vencida, a sus pies)*. ¡Agua!

DEDÉ: Pero ¿por qué, por qué estás así?... Te dí por perdida... creía que estabas lejos... *(Busca un botijo de agua y le da de beber ayudándola)*.

TERESA: *(Bebiendo, con temblores, apoyada)* Sí, sí, fuí lejos, lejos... Hace un mes que me arrastro, señora. *(Bebe)*. Que voy de un lado a otro... he andado mucho... mucho y... estoy...

DEDÉ: Bebe con cuidado... Te puede hacer mal... Despacio, despacio. Así, así. *(La ayuda)*. Despacito... Con pequeños sorbos... ¡Oh, Teresa! ¿Por qué me habrás dejado sola?

TERESA: *(Respira, vuelve en sí)* ¿Y el señor Gastón? El señor Gastón, ahora lo sé, no me lo hubiese perdonado... A mí, no me puede perdonar...

DEDÉ: Apenas lo he visto un instante... Vendrá, vendrá... pero no se cuándo. Creí que era él. Lo salvé de la muerte...

¡Está a salvo, Teresa!... Por lo menos, no lo han fusilado.

TERESA: El no me perdonaría... Yo soy de las que no tienen gracia... señora... No quiero verlo, ni quiero que me vea. Además...

DEDÉ: ¡Calma, Teresa, calma! Bebe otro poco y quédate un instante sin hablar... Ven, acuéstate en mi cama. Necesitas reposo. *(La ayuda a sentarse en la otomana)*. Estás deshecha... descansa. Hablaremos más tarde si quieres...

TERESA: ¿Por cuánto tiempo se ha ido esa perra? La vi salir y empecé a arrastrarme hasta aquí.

DEDÉ: No volverá hasta la noche. Y no la veré hasta mañana.

TERESA: ¿Qué ha ido a hacer esa perra nazi?

DEDÉ: Fué a buscar una carta de su hijo. La vi alejarse por el balcón. No tengas miedo...

TERESA: Yo no tengo miedo, señora... de nadie. *(Pausa)*. Esa espía, no puede tener hijos... ¡miente!

DEDÉ: Eso es lo que me dijo...

TERESA: No encontraba el momento de entrar... Necesitaba verla, señora.

DEDÉ: Gracias por haber venido. Así no pienso mal de ti. Ojalá regrese Gastón... Le gustará verte... verás que te equivocas.

TERESA: ¿Ah? ¿No? ¿Señora? ¡No! Ahora sé que me mataría... A usted no, a mi sí... ¡Si él vuelve es mi muerte! Ahora lo comprendo bien. ¡Estoy segura!

DEDÉ: Trata de descansar, no hables.

TERESA: Además... señora... *(titubeante)* casi es mejor que yo no le vea... no quiero verlo aquí.

DEDÉ: ¿Por qué? ¿No quieres saber que está con vida?

TERESA: Preferiría saber que ha muerto. Como mueren los soldados.

DEDÉ: ¿Que estás diciendo?

TERESA: ¡Eso que oyó, señora! Que debe morir como soldado. Si le viese aquí creería...

DEDÉ: Yo le salvé la vida... ¡Está a salvo!

TERESA: *(Precipitándose)* Señora, no lo diga usted otra vez, porque... porque...

(Dedé la mira a Teresa que, erguida en la otomana, la mira desafiante).

DEDÉ: Estás desvariando, vuelves a tus desvaríos, Teresa. Estás celosa. Siempre has sido celosa. ¡Qué tonta! Recién hoy empiezo a comprender tus celos... He pensado en ellos todos estos días.

TERESA: Sí, y yo también, recién ahora empiezo a comprender muchas cosas... Pero... para comprender, señora, tuve que arrastrarme días y noches. Andar con los gatos por los albañales, señora. Arrastrarme en toda forma. Y, a medida que sufría, cuanto más hambre tenía, cuanto más padecía, mejor veía a mi alrededor... No anduve sola señora... No anduve sola... ¡no, no! Eramos cientos los que nos arrastrábamos, y eso... ¡hace bien, mucho bien!

DEDÉ: ¿Qué? Anduviste entre los que saquean?

TERESA: *(Poniéndose de pie)* Como siga hablando así, señora... me voy y no volveré a verla jamás... ¿me oye? ¡Nunca más! No quiero tener que odiarla, señora...

DEDÉ: *(Asustada)* Pero... Por lo menos, explícate... ¿qué has hecho? ¿Por qué te fuiste? ¿Dónde has estado?

TERESA: Cuando me fuí... tal vez me fuí por celos. *(Pensativa)*. Tiene usted razón... Las criadas, somos celosas... Tenemos cariño a quienes servimos y en muchos casos, terminamos por adorarles... Ustedes, también... saben hacerse querer y hasta nos toman cariño... para que les sirvamos mejor... Es humano, señora. Yo no lo sabía. Ahora lo sé... Recuerdo que cada regalo de su hermana, fué para que le ocultase algo... algo feo... Ella siempre quería saber cosas mías, para poder protegerme...

DEDÉ: *(Enérgica)* ¿A qué sales ahora con esas estupideces?... Terminemos de hablar del pasado...

TERESA: ¡No! ¡No! No son estupideces... Muchas señoras hacen eso, como si fuesen... *(titubea)* como... le diría... profesionales... como si el ser *señora* fuese un oficio que se aprende...

DEDÉ: ¡Estás hecha una sabihonda! ¡Repites una lección que te han enseñado! Se ve a las claras...

TERESA: Yo sospechaba eso... y mucho más... Pero antes, señora, no me animaba a pensarlo... en voz alta... Vino la guerra, y como si me hubiesen colocado unos lentes de aumento, empecé a ver muchas cosas... Nos entreveramos los unos con los otros... En estos días, he conocido gente que volvía de París, contando cosas que yo no sabía. Paisanos míos, de por aquí... que antes apenas hablaban! Para eso sirve la guerra... para ver claro todo... señora. Paisanos míos que ahora les falta una pierna o un brazo y que hablan... señora, ¡como doctores! Y un doctor de Beaulieu que antes me miraba como a las sirvientas, el otro día me trató como a una igual... Nosotros hemos salido ganando, señora...

DEDÉ: Pero descansa, Teresa, descansa. *(La acaricia)*. ¿Quieres comer algo? ¿Te traigo un poco de pan negro con miel?...

TERESA: Casi le diría que es mejor tener hambre... Yo entiendo mejor, con la barriga vacía... *(Como iluminada)*. ¡Mucho mejor!

DEDÉ: *(Hace ademán de salir)* Voy por un poco de pan... aguarda, siéntate...

TERESA: No... *(La toma por la cintura)*. Lo devolvería, señora. En la vieja huerta del castillo, hallé unas verduras de la estación... Estaban tiernas... recién brotadas... Si se las busca entre la maleza, se las encuentra más tiernas todavía... No me traiga nada, gracias, señora Dedé. No necesito comer para luchar...

DEDÉ: ¿Luchar?

TERESA: Sí, luchar, pelear. *(En voz baja)*. ¡Sabotear!... Cortar caños de las aguas corrientes, dejar sin víveres a

los invasores, descarrilar trenes con tropas; arrancar durmientes, señora. ¿Vé estas manos? ¡Estas son las manos limpias!... Ya saben elegir el cable del telégrafo por la parte que se puede cortar, tanteando en la oscuridad... Pueden desinflar neumáticos de un pinchazo, agujerear tanques de nafta, mientras se pasa de largo, como quién no quiere la cosa. ¡A mano limpia, señora! ¡En pocos días, se aprende mucho! ¡En pocos días se dan los milagros! ¡Todos resultan maestros! ¡Y qué maestros aparecen entre las gentes del pueblo! ¡En seguida, una se olvida de todo lo demás, de lo que no sirve para nada, señora, todo lo que nos ha sumido en la vergüenza!

DEDÉ: *(Confundida)* No puede creer que hayas hecho tantas cosas...

TERESA: Y muchas otras, señora. Algunas da miedo pensar en ellas, después de hechas. Pero al ir a hacerlas, ¡qué esperanza! Al meterse bajo un puente, al andar con el agua a la cintura y una mecha en la boca... ¡no se sienten nada más que ganas de terminar bien! Escuche, señora, es tan lindo que parece que uno recién empieza a vivir. Parece que Dios le ha facilitado unos brazos nuevos, unos ojos nuevos! ¡Prestados, de otro... no sé, pero nuevos!

DEDÉ: Pudiste hacerlo antes... Nadie te lo prohibió. ¿Por qué no te pasó eso antes, vamos a ver?...

TERESA: Señora... usted no tiene por qué saberlo... pero la servidumbre, es como una cadena. *(Gesto desdeñoso de Dedé).* No se enoje, señora. Usted nunca me tuvo encadenada. Usted es demasiado hermosa para ser mala. Me hizo sentir su cariño... Pero, ese cariño, señora, fué lo peor que usted me dió. Lo peor que me podía haber dado!

DEDÉ: ¿Con quién te juntaste? ¿Quién te dijo tanta majadería? Esas, no son palabras tuyas... ¡También te las han prestado!

TERESA: *(Extrañada)* Sí, señora, pero no me lo ha dado una sola persona! ¡Esta es la diferencia! ¡Lo que yo aprendí me lo enseñaron cien personas distintas a la vez! Una

muchacha periodista que vi morir en una manifestación; una negra mutilada de la Martinica; el médico que me acomodó el brazo cuando me lo saqué, al caer de un poste telegráfico! Un panadero que me escondió en su casa... en su cama... y claro, como soy fea, no me hizo ni una sola caricia. Un maquis, señora, que me hizo mujer en las ruinas de un cementerio... *(Pausa)*. Usted sabe muy bien que nadie me había tocado... ¡y me tomó un maquis, del que no sé ni su nombre de pila!... Un viejo que se hizo el ciego para hacerme pasar por su lazarillo y que murió, a mi lado, las otras noches, gritando: ¡Viva Francia! ¡Todo eso que yo le digo, no me lo contó una sola persona!

DEDÉ: ¡Cuántas cosas te han sucedido, Teresa! Me da pena oírte... ¡Seguramente, algunas las habrás soñado!

TERESA: *(Se le aproxima colérica)* ¡No, señora, no! Entre esa gente... todos sueñan lo mismo. No hay un sueño para cada uno, señora... No se inventa nada, nada, ¿entiende? Nadie dice: "voy a arrancar un durmiente" y se queda al borde de la vía simulando hacerlo... Porque todos esperan que descarrile el tren... y el tren descarrila!... ¡No, señora, no soñé todo esto! Ahora ya no sueño más, porque ahora durante el día, me pasan cosas que parecen sueños!

DEDÉ: *(Confundida)* ¿Estarás contenta, entonces?

TERESA: Sí, señora, sí... ¡muy contenta! Y vengo a buscarla... quiero que usted salga conmigo, señora. Estamos gastando la segunda sangre... la que necesita la resistencia.

DEDÉ: Yo no entiendo de esas cosas. No nací para esa clase de luchas... ¡No tengo fuerzas, Teresa!...

TERESA: Y, ¿usted cree que yo las tenía? Señora, cuando éramos niños, una vez nos fuimos a las manos con su hermana. Ella no sólo me pudo... me dejó tendida en el jardín de su casa!... Usted lo recuerda, señora. Siempre se reían contando la pelea. Ella era más fuerte que yo.

DEDÉ: Pero... yo no soy como mi hermana...

TERESA: Una vez en Beaulieu, señora, yo la ví a usted *(Violenta)* desmayar a la señorita Jacqueline con un golpe de raqueta! ¿Recuerda? Se peleaban por un muchacho que les gustaba a las dos.

DEDÉ: ¿Qué resuelves con esos recuerdos? *(Despectiva)*. ¿Eh? ¡Vaya una solución!

TERESA: ¿Que qué soluciono? Yo no resuelvo nada, señora. Es usted quien debe resolver, no yo... Yo, ya sé lo que tengo que hacer, porque ahora no estoy al servicio de la familia Fourcade Gilbert!

DEDÉ: Has hecho bien. Pero debes recordar que nunca te quise tener por la fuerza. No puedes reprocharme nada. Cuando te daba mis vestidos, casi nuevos, ¿recuerdas? ¿qué te decía al verte transformada? ¡Responde!

TERESA: Que me buscase un novio y me casara. ¿Cree, señora, que soy ingrata y puedo olvidarlo? Las mujeres de mi condición, tenemos muy buena memoria... Pero aquellos hermosos vestidos, con sus formas, con su perfume, casi con su calor... me hacían olvidar mi condición! Cuando llevaba puesto un traje suyo me sentía feliz, gozaba con sus encantos... Sí, gozaba, me sentía otra, mareada...

DEDÉ: ¿Estás loca? ¿Gozar con mis encantos? ¿Sabes lo que dices?

TERESA: Señora, no sea mal pensada, se lo suplico... No es lo que usted piensa... ¿Recuerda su amiga la duquesa, aquella señora rubia oxigenada... aquella duquesa más vieja que Matusalem, que me pedía las mezclas de perfumes que usted hacía... para poderla recordar? No es el mismo caso... Se equivoca, señora...

DEDÉ: ¡No hables así! No hables de esa pobre infeliz, una vieja degenerada...

TERESA: Pero no era vieja, señora, la hija del banquero... aquélla que me pagaba para que le dijese donde iba usted por la noche y con quienes salía...

DEDÉ: Es lo único que me faltaba ahora. *(Fastidiada).* ¿Que te acordases de esas historias!... ¿Es para preparar la vuelta de Gastón?

TERESA: No, señora. Yo no veré al señor... No lo veré aquí. Estoy segura.

DEDÉ: *(Cambio. Angustiada)* ¿Crees que no vendrá?

TERESA: No puedo asegurarle nada, señora. Yo sé cómo era el señor... desgraciadamente no sé cómo es él, después de la ocupación. Habría que hablar con él para saber lo que piensa. Pero yo no quiero verlo, prefiero imaginarlo muerto, antes de verlo aquí...

DEDÉ: Pero vendrá. Y, tal vez como tú, espera un momento como éste... *(Se asoma al balcón).* Debe rondar el castillo.

TERESA: Lo que me ha costado, venir a buscarla! Tres noches, señora, inmóvil, tirada en el jardín, entre ratas muertas!

DEDÉ: ¡Uf! ¡Qué horror! ¡Qué asco!

TERESA: *(Lanza una carcajada)* ¿Asco? ¡Ja, ja, ja! ¿Asco, sentir que las ratas nos roen las suelas? ¡Ja, ja! Yo sé de un maquis, que se salvó bebiendo el orín de una mujer... Y, esto me lo dijo ella sin darle mucha importancia. Era la única forma de matar su sed *(Pausa).* No debía hablar de ellos. *(Patética).* Un mes después los descubrieron levantando durmientes y los mataron allí mismo!...

DEDÉ: Cuando se quiere, se hacen cosas peores...

TERESA: No crea que se amaban, señora, como usted piensa. Así no se querían. No tenían tiempo. ¿Es que usted cree que nuestra gente, tiene tiempo de hacer el amor? No saben buscar nada más que una cosa: la victoria, señora!... Aunque le parezca raro, apenas si hay tiempo para morir o para ver morir!

DEDÉ: Cada uno, sufre de acuerdo a lo que es, a lo que puede sentir... Sin ir más lejos... yo, por ejemplo. ¿Crees que esperaba en mi vida que iba a tener que simular llanto

sobre el ataúd de un hombre que no conocía, sobre un cadáver en plena descomposición?

(Teresa se da vuelta de golpe y la mira interesada).

TERESA: ¿Usted, señora? *(Teresa cambia el sitio de un revólver que lleva entre las ropas).*

DEDÉ: Sí, yo... yo a la que tú juzgas incapaz de nada heroico! *(Dedé observa a Teresa).*

TERESA: No es que crea... no he dicho nada, señora...

DEDÉ: El día que te fuiste, debían fusilar a Gastón. Se hizo un simulacro, no cargaron las armas. Tuvo que arrojarse al suelo para salvarse. No perdió la vida. Era la única manera de cumplir la sentencia.

TERESA: ¿Y qué pasó? ¿No lo fusilaron?

DEDÉ: Debió simular su muerte. Y para que todo tuviese apariencia de verdad, del depósito de cadáveres sacaron a un muerto. A ese cuerpo, ya descompuesto, fuí a enterrarlo, a llorar sobre su cajón... *(Se detiene. Hace arcadas).* ¡Qué asco! ¡Qué miseria! ¡Qué repugnancia! Tuve que orar sobre su ataúd. Lo enterramos con el viejo sepulturero que no cesaba de consolarme! Cada vez que lo recuerdo me vuelve el olor a las narices, el olor a podrido, por eso fumo como una condenada! Cuando Gastón lo sepa, recién sabrá lo que he hecho para salvarlo de la muerte!

TERESA: ¿Y eso le parece algo... algo muy grande? Señora... Hay gente que ha dormido en las cunetas, con un cadáver de cada lado!

DEDÉ: ¡Qué horror! Ves, ves... ¿Cómo quieres que yo te acompañe?

TERESA: ¿Y yo? ¿Cree que antes, alguna vez dormí entre cadáveres? ¿Yo, que no podía ver a un hombre feo? ¿Yo que perdí la virginidad entre las tumbas revueltas de un cementerio? ¡Por favor, señora! ¡No cuente tonterías!

DEDÉ: ¡Es otra cosa, es otra cosa! *(Nerviosa)* ¡No me puedes comprender! ¡Es otra cosa! ¡No me hagas daño!

TERESA: Yo no quiero hacerle daño, señora... Yo no tuve familia... pero puedo saber como es usted. Usted es como una hermana mía, pero favorecida por el dinero...

DEDÉ: ¡Teresa! *(Sumisa)*. Casi eres mi hermana... Mi padre te quería tanto... como a nosotras!

TERESA: Sí, me quería mucho... No voy a negarlo... A veces me decía bromeando: "Eres mi hija fea"...

DEDÉ: El nos enseñó a quererte...

TERESA: Ustedes iban a París... y yo me quedaba en provincias... Esa era la única diferencia, ¿no?

(Se oye el ruido de un automóvil. El golpe de una puerta que se cierra).

DEDÉ: *(En voy muy baja)* ¿Será Gastón? ¡Es Gastón!

TERESA: *(Segura)* No. No es el señor. No es el señor. ¡Escóndame usted, señora!

DEDÉ: ¿Quién puede ser?

(Afuera se oye el motor de un automóvil).

TERESA: ¿Dónde? ¡Ah! *(Exclama y se precipita detrás del cortinado)*.

DEDÉ: ¿Qué haces? ¿Para qué? ¡Es Gastón!

TERESA: Déjeme, señora... Yo sé... yo sé... No se preocupe...

(Se esconde tras del cortinado. Suena en la puerta un llamado discreto)

DEDÉ: ¿Quién es? *(Esconde la copa de agua)*.

(La voz del Coronel, fuera).

CORONEL: *(Fuera)* Soy yo... ¡Abreme, Dedé!

DEDÉ: Un momento... Espera que me arregle...

(Transcurren unos segundos. Dedé se encamina a abrir, mirando hacia donde se ha escondido Teresa).

ESCENA III

CORONEL: *(Dando muestras de gran fatiga).* ¡Al diablo que cuesta cumplir con la belleza! *(Se le acerca, la toma por los hombros).* ¡La fascinante Dedé! ¡Así te llama el General Von Rutestadt! ¡La mujer fascinante!

DEDÉ: ¡Al fin se te vé la cara!

(Se oye un automóvil que parte).

CORONEL: ¡Solos, al fin solos, dirás mejor! ¡Solos en un magnífico castillo francés! ¡Si me toco para cerciorarme si soy yo el que vive este hermoso momento o estoy soñando!

DEDÉ: ¡Siéntate!

CORONEL: ¿Sentarme? Eso es poco, querida, poco, poco, muy poquito!

(Dedé se aleja de su alcance).

CORONEL: ¡Como Hernán Cortés, acabo de quemar las naves! Berta no vendrá hasta mañana. El castillo, estará custodiado durante toda la noche. Dormiré a tu lado como un verdadero vencedor. Ya lo verás. Me lo tengo ganado! *(Empieza a quitarse el cinturón, las armas, etc.).*

DEDÉ: ¡Y yo, te anticipo que tengo un dolor de cabeza, terrible! ¿No tienes noticias buenas... que darme?

(El Coronel va sacándose la ropa).

CORONEL: ¿Noticias buenas? ¡Y claro, claro que tengo buenas noticias! ¡A una mujer como tú, siempre hay que darle buenas noticias! Tu belleza lo exige... ¡Pero, acércate, Dedé, me gusta poco contar las cosas en voz alta! ¡Ven! ¡Cerca mío! No tiene gracia una entrevista así... *(Ella se le aproxima).*

CORONEL: ¡Qué esplendor! ¡Mereces un hombre más valiente que yo todavía, un héroe, capaz de exponer sus galones, para merecer tu sonrisa! ¡Posees una fuerza increíble! ¡Un poder extraordinario! ¡Las cosas que puedes hacerme ejecutar! ¡Inaudito! Porque esa treta, te aseguro que sólo por una mujer como tú, se puede llevar a cabo. ¡Un simulacro de fusilamiento!

(Dedé permite que le tome una mano).

DEDÉ: ¿Resultó todo bien, no es cierto?

CORONEL: ¿Cómo quieres que resulte, sino bien? ¡Nada de lo que hacemos nosotros, estará jamás mal hecho! ¡Lo pensamos mucho, querida! ¡Métete eso en la cabeza! ¡los alemanes no improvisamos nunca! Eso lo dejamos para las razas impuras... Las fantasías, no son nuestro fuerte... ¿Me das un beso? ¡Un beso y una copa de calvadós!

DEDÉ: Ya tendremos tiempo... *(Dedé abre el bargueño y saca una botella y un vaso, luego lo sirve).*

CORONEL: Eso es hablar bien... Te reconozco dotes únicas para elaborar los sueños... sabes hacer soñar... Lindo, linda promesa: *"Ya tendremos tiempo"*... Así habla una mujer que domina los campos de plumas. *(Toca la cama y ríe estruendosamente).* ¡Claro que tendremos tiempo! ¡Toda la noche! Y, mañana, abriremos esas ventanas y oiremos el canto del ruiseñor... Estamos en primavera, no lo olvides. Sabrás que los pájaros protegen el amor y no se han enterado de que estamos en guerra. *(Bebe de un trago el calvadós).* Para poder oir a un ruiseñor, hice detener el automóvil! *(Pausa).* Dame un beso por adelantado. No sigas tentándome.

DEDÉ: Deja al beso y al ruiseñor. Cuéntame... Todo salió bien, ¿no es así?

CORONEL: ¡Perfecto! Sobre todo, tengo que celebrar también mi triunfo. Me escapé de la degradación y de un tiro por la espalda. Dedé... Es bueno que sepas. Dame otra copa...

DEDÉ: ¿Investigarán? Yo fuí a enterrar al otro. ¡Horrible! ¡No lo volvería a hacer!

CORONEL: No, no investigarán... Pero, antes de contarlo todo... *(Bebe una copa más).* ¿Por qué no lo dejamos para mañana? ¡Hoy es para acciones felices, alegres, nada más! ¡Para que me hagas soñar como lo sabes hacer!

DEDÉ: ¡No podría! ¡No podría! Por favor, cuéntame. ¿Cómo pasó?

CORONEL: Francamente, dice, ¿tú crees que todos los militares franceses son valientes?

DEDÉ: No sé... deseo que lo sean... como tú querrás que sean valientes los tuyos.

CORONEL: A tu marido... ¿Se le puede contar entre los valientes?

DEDÉ: Gastón, es un valiente. Por eso ha hecho la guerra.

CORONEL: *(Estirando sus manos hacia Dedé)* ¿Valiente? ¿Eh? Es lo que más respeto en un militar. El valor, el coraje, la presencia de ánimo. El dominio sobre sí mismo. *(Intenta tomarla por la cintura. Dedé se resiste).*

DEDÉ: ¡No! No me toques. No quiero mezclar una cosa con la otra. Y no te permito que dudes del valor de Gastón... ni de ningún francés, ¿entiendes?

CORONEL: ¡Ah, ah! ¡Con que esas teníamos! Has cambiado en estas vacaciones, ¿eh? ¿Desde cuándo tanto desplante?

DEDÉ: ¡No es desplante! ¡Es la verdad! Puedes decir cuanto se te ocurra. Cualquier jactancia, está justificada, pero hoy no mezclemos las cosas. ¡Empeñaste tu palabra y debes cumplirla!

CORONEL: ¿De manera que no se te puede abandonar? ¿Eh? ¿Te quedaste sola unas semanas y empiezas a pensar por tu cuenta? ¡Muy bonito! ¡Echando a perder tu belleza con necedades!

DEDÉ: Siempre he sido así...

CORONEL: No, antes no gastabas altanerías. ¡Ah, ya, ya! Creo que me olvido de algo... ¡Ahora comprendo! *(Ríe).* ¡Qué imbécil soy! ¡Cómo no dar realidad a los sueños de los últimos días! ¡El sueño de los collares de la Baronesa de Constance! ¡Ya verás que no hay imposibles!

DEDÉ: ¡Nunca te los he pedido! *(Indignada).* ¡Ni quiero oir hablar de esas joyas!

CORONEL: ¡Pero si toda la Europa tuya, no hacía más que hablar de esos collares! *(Irónico).* Simulacros de robo, como propaganda... ¡Estuvieron de moda en los salones

elegantes! ¡Lo menos cien fotografías, han publicado las revistas de París y New York! ¡Hasta las joyas falsas tomaban más valor, si se parecían en algo a los collares de la Baronesa de Constance! ¡Tú crees que los quería para regalar a otra! *(Ríe)*. No, mi adorado tormento. ¡No! ¡Aquí las tengo! *(Se levanta y saca de la chaqueta una caja rectangular)*. ¡Dos de los más codiciados! ¡Empecemos hoy por los dos más hermosos! *(Los va a abrir)*.

DEDÉ: ¡Por favor, coronel! Deje esos collares en donde estaban. Si me los enseña será peor. ¡No quiero verlos! ¡Se lo suplico!

CORONEL: ¡Pero si son para ti... Dedé querida!

DEDÉ: ¡No se los he pedido, por favor!

CORONEL: ¡Ah, no! Si interpretas mal el regalo... lo guardo... ahora me tratas de usted... coronel, coronel... *(Se burla. Le da la espalda)*. Eso no me gusta... Bueno. *(Guarda los estuches)*. Entendido... hice mal... Una torpeza de mi parte... No eres una mujer a la que se conquista con alhajas... Ya me lo hiciste saber... Perdona...

DEDÉ: Pero, ¿no comprendes que quiero saber de Gastón? Desde el día del simulacro, no sé nada. No has venido por aquí, ni nadie me ha dicho si Gastón está a salvo o prisionero. Creo que merezco una explicación. No acostumbro a ser tratada así, en forma tan poco caballeresca.

CORONEL: ¿No me quieres dar un beso? ¿eh? *(Intenta tomarla por la fuerza)*. No me concedes ni un beso, y me pides que te diga todo... Eres muy desagradecida..., ¡solo un beso, uno solo!

(Dedé se desprende con un gesto de desagrado).

CORONEL: Madame: ¡usted es una necia! Mi honor militar. estuvo comprometido. ¡Hice cosas que no volveré a repetir por mujer alguna! Y así me lo paga. Está muy cambiada, usted señora. La desconozco. *(Se sirve calvadós)*.

DEDÉ: Quiero saber que pasó. *(Angustiada)*. ¿Dónde está Gastón

CORONEL: *(Bebe un par de tragos)* Tu amor, no era valiente.

DEDÉ: ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué no era... valiente? ¡Cállese!

CORONEL: ¡No se condujo como un valiente! Es de lamentar que no se haya comportado como lo esperábamos. Yo hubiese preferido que fuese un valiente... Era necesario... Por eso, una y mil veces te lo pregunté. Lo que proyectamos, solo se puede llevar a cabo con hombres bien templados.

DEDÉ: Termine con los comentarios. ¿Qué pasó? ¿Dónde está?

CORONEL: Mi plan, no falló nunca. He salvado a tres camaradas míos, porque tenía le certeza de dos cosas importantes: primero: que eran valientes... Segundo, que era injusta la sentencia de muerte.

DEDÉ: Y, ¿qué sucedió?

CORONEL: Que yo he estado en un tris de perder la cabeza, no sólo por ti, sino por el hombre al que querías.

DEDÉ: ¿El cometió alguna indiscreción?

CORONEL: ¡No, ninguna indiscreción, casi nada! Solamente que, como no era un hombre valiente, no soportó la prueba *(Pausa)*. Murió del susto, de miedo. Cayó, no herido por las balas. Cayó partido por el rayo de su propia cobardía...

DEDÉ: ¡Qué horror! ¡Qué miserable! *(Cae en una silla a llorar)*.

CORONEL: Con un hombre así, incapaz de soportar una prueba de coraje, con un hombre así, ¿querías seguir viviendo? ¡Responde! ¡Es mejor que haya muerto! ¡No te merecía!

DEDÉ: ¡Miserable!

CORONEL: ¿Y pretendías que yo corriese el riesgo de que fuese un valiente de verdad y se quedase inmóvil contra el muro, acusándome de traidor? ¿eh? *(Se le acerca)*.

(Intenta atraparla). ¿Enloquecerme hasta ese punto? ¡No! Murió sucio, murió todo empapado, ¿comprendes? empapado como los perros que de los animales, es el que más miedo le tiene a la muerte!

(El coronel se le acerca).

DEDÉ: ¡Váyase, miserable! *(Llora).* ¡Miserable! ¡No me toque!

CORONEL: ¡Belleza nefasta, hermosura peligrosa y perversa! Ya he tomado de usted, todo lo que es capaz de dar. ¡Y no se lo agradezco, madame! Pude ser colgado por su culpa. Vivía enceguecido. ¡Hubiese hecho por complacer a usted, cualquier cosa! ¡Nunca creí que ustedes estuviesen tan corrompidos! *(Como exasperado).* ¡Cobardes los dos! ¡Pasta de cobardes! ¡Clase de cobardes usted y él! ¡Despreciable clase, capaz de engañar a todos a la vez! *(Se le aproxima).* ¡Debía tomarte como botín, nada más! Tomarte...

(Se acerca frenético. Teresa sale de atrás del cortinado revólver en mano y hace fuego contra el coronel, cuyo cuerpo se desploma sobre la otomana).

DEDÉ: ¡Teresa, Teresa! *(Grita avanzando en medio de la escena con los brazos abiertos).* ¡A mí también Teresa, a mí!

TERESA: *(Inmóvil, deja pasar unos instantes. Mira una vez más el cuerpo del Coronel tendido en el suelo. Levanta la vista. Clava la mirada en la señora Dedé. Coloca el revólver a la altura del pecho)* Sí, sí... ¡y a usted también, señora!

Suena otro disparo. Teresa retrocede levantándose los cabellos que le caen sobre la frente. Guarda el arma en la cintura y sale rápidamente como llamada por sus compañeros de la resistencia.

TELON

PAUSA EN LA SELVA

Comedia dramática en tres actos

AL DOCTOR JEAN DALSACE, EN PARÍS.

PERSONAJES

PROFESOR	60 años, barbado, de modales graves y apacibles.
FRANK, ...	30 años, de fuerte complexión, impetuoso, movedizo.
SARA	la enfermera, 35 años, fría, rígida, reservada.
INDIO PEDRO	indígena de 35 años, aire bonachón, humilde.
INDIO	40 años.
ISABEL	joven indígena de 15 años, dulce, suave, bella. Habla con marcada lentitud. Voz subyugante.
VICTOR	peón, 25 años.
DOMINGO	mestizo, 20 años.
SEIS NIÑOS INDIGENAS .	Cuatro varones. Dos niñas de diez años.

La acción transcurre en una población indígena de la América tropical. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

La acción transcurre en una choza, el consultorio de campaña de una población indígena, donde se hacen experimentos de inseminación artificial. En el foro, una ventana baja, rectangular, que da a la toldería. Desde allí se puede divisar el lejano cementerio del poblado. En el ángulo izquierdo, puerta practicable de madera rústica. En el muro un barómetro, estanterías, etc. Una pequeña mesa escritorio con un quinqué a petróleo. Puerta practicable, a la derecha. Reposera, sillas rústicas, mesa para exámenes, etc. Ambiente tropical.

ESCENA I

Profesor y Frank. El primero, de barbas blancas, viste indumentaria de explorador. Aire achacoso pero arrogante. Frank, rubio, atlético, usa pantalones blancos y camisa abierta con exageración. La piel del pecho, roja. Al levantarse el telón, Frank silba alegremente y enciende un cigarrillo, a tiempo que manipulea los frascos del botiquín. Luego hace algunas rápidas anotaciones en un cuaderno. El Profesor, que estará sentado en la reposera junto a la ventana abierta con toldo hacia el exterior, deja caer la frente entre las manos, dando señales de fatiga. Después de un silencio prolongado en que solo se oirá el silbido de Frank:

FRANK: Hace más de un mes que quiero darme tiempo para terminar este inventario... Me va a perdonar, profesor, si dejamos la lectura en alta voz para otro día... Estas jornadas vacías, me deprimen. Ni un enfermo verdadero, ni una de esas alarmas que sirven de aliento... Nada!

Un día completamente muerto. Ni siquiera una oportunidad para burlarnos de los curanderos. *(Pausa)*. Y con este climita, profesor, como sigamos esperando la reacción de los indios, estamos lucidos! Nos vamos a eternizar aquí... *(Pausa larga)*. ¿No le parece profesor, que nos tomamos demasiado tiempo?

PROFESOR *(Indiferente, da fuego a la pipa y mira hacia afuera por la ventana)*. Es posible, pero no debemos inquietarnos.

FRANK: Por lo menos ponernos de acuerdo sobre lo que se necesita con mayor urgencia. *(Hace anotaciones en el cuaderno)*.

PROFESOR: Sé de memoria lo que debemos pedir al Instituto. No se necesitan tantas anotaciones. Usted trabaja demasiado, Frank.

FRANK: Esas no son palabras propias de un hombre de ciencia. Y, cuidado profesor, que en mi diario anoto todo, ¡hasta los más insignificantes detalles!

PROFESOR: La experiencia lo exije... Comprendido. Pero, ¡qué quiere usted, a veces!... No sé...

FRANK: Lo encuentro un poco desalentado, profesor. ¿Qué le pasa? *(Se detiene a mirarlo)*. Supongo que no se dejará dominar por el arrepentimiento. Las condiciones no pueden ser mejores. Yo soy muy optimista.

PROFESOR: Sí, hemos tenido mucha suerte... *(Se pone de pie, y mira a Frank sacudiendo la cabeza)* ¡Decididamente, usted es implacable!...

FRANK: *(Ademán de sorpresa)* ¿Implacable yo? La ciencia es la implacable.

PROFESOR: Es que se suman una tras otra, tantas violencias, *(Pausa)* que por momentos... por momentos le aseguro que...

FRANK: *(Aguarda impasible el final de la frase)* ¿Por momentos qué? No hemos venido a pasar unas vacaciones agradables. Esta experiencia nos costará sinsabores y hay

que dejarse de sensiblerías, profesor. Es un premio estar a servicio de una de las más grandes experiencias del mundo actual. Y, si esto fuese poco... no hay que olvidar que se nos paga como a reyes...

PROFESOR: Sí, reyes... *(Detenido, patético)*. ¡Reyes de la muerte!

FRANK: *(Alterado)* ¡No parece usted el que habla, profesor! ¿Por qué mencionar a la muerte? Venimos a crear vidas... *(Desafiante)*. Si no fuese así, mañana mismo abandonaba todo. ¿Acaso cometemos errores...?

PROFESOR: Errores, no... Pero ciertas cosas que están pasando con los indios, no las había previsto.

FRANK: Yo he imaginado peores contrariedades. *(Continúa haciendo anotaciones)*.

PROFESOR: ¡Nunca pensé a qué extremos debemos llegar!

FRANK: Pueden venir mayores contratiempos. ¡Todos ellos, van a salir de nosotros!... Nunca de quienes hemos elegido para la experiencia... Es una tribu mansa, dócil. A propósito, ¿leyó usted el trabajo de Lombrostín sobre determinación del sexo en el ganado vacuno? Por ahí anda la revista. Verdaderamente sensacional.

PROFESOR: *(Con fastidio)* Estoy enterado...

FRANK: Habrá que estudiar esas conclusiones... ¿No le parece? *(Como poseído)* ¿Usted se imagina formar seres y más seres, todos varones para amasar ejércitos y poder imponer las mejores ideas? ¡Si parece el espíritu del Führer que nos está dictando normas!

PROFESOR: ¡No olvidar el pacto, Frank! Está prohibido hablar del pasado.

FRANK: *(Sin oírlo)* ¡Determinar el sexo!... Ese será el fin de la inseminación artificial. ¡Controlar la especie!... Un sueño que espero se haga realidad.

PROFESOR: Conformémonos con lograr nuestro propósito, con la menor violencia.

FRANK: ¡El fin justifica los medios!

PROFESOR: Tan repetido, ese lugar común, resulta monserga o pedantería...

FRANK: Estamos cumpliendo, punto por punto, nuestros planes... mejor dicho... del estudio que lleva hecho el Instituto... Dentro de un año, lo sabremos... será la gran cosecha!... Me interesa conocer el resultado entre las mujeres de constitución precaria. Tengo fé...

PROFESOR: Por supuesto... Si no la tuviese, no me quedaría en este pantano. Habrá que esperar los resultados de aquí dos generaciones o más.

FRANK: Mire profesor... A fuerza de entrar con violencia en el destino de estos indios, créame los admiro como a posibles semejantes.

PROFESOR: A mí no me resultan intolerables. A más de uno, he terminado por tomarle verdadero cariño...

FRANK: ¡Ah, no tanto! ¡No tanto! El cariño se puede considerar como una forma de la debilidad. Esperamos que nos sirvan para probar teorías científicas... El día que me entrase ternura, me pondría en guardia. La ciencia moderna, debe cerrar los ojos... y proceder...

PROFESOR: Yo no pretendo ser más que una rueda del mecanismo. Bien lo sabe usted...

FRANK: Pero se deja llevar por pensamientos piadosos. Hay que resistir esas arremetidas profesor... ¿Un trago de whisky? *(Le sirve y ofrece el vaso).*

PROFESOR: *(Se sienta; bebe con sed)* Le confieso que debí formarme en su escuela... Ustedes son más valientes... forman una generación audaz... *(dudas).*

FRANK: Esa, no es la palabra... Actuamos científicamente. Hemos elegido la tribu más miserable de América. Estamos a miles de kilómetros de los centros científicos... Sin embargo, es aquí donde se procede con rigor... Día a día, me siento más convencido, que es el único campo propicio.

PROFESOR: No me animo a contradecirlo...

FRANK: Me cuido de las debilidades, profesor. La misión que cumplimos, será célebre. Aprovechemos, no hay otro medio tan adecuado. Dos mil ochocientos habitantes. Lepra. Tuberculosis. Sífilis. El cura que los catequiza, a buena distancia. Hemos eliminado su influencia, ¿qué más quiere? Vamos a transformar a esta gente, aumentando los experimentos que en los centros civilizados resultan imposibles.

PROFESOR: Lo comprendo. *(Bebe)* Pero quiero creer que estas conversaciones, no figurarán en su diario... ¿Lo promete? Su diario, debe omitir estas charlas sin sentido.

FRANK: *(Luego de una pausa)* En mi diario, debo señalar sus titubeos, profesor... Y, perdone, no puedo evitarlo. Forma parte de la experiencia...

PROFESOR: Lo lamento. Como yo no llevo diario... no puedo desquitarme... *(Bebe otro trago).*

FRANK: Y... ¿qué diría usted de mí? A ver, sea franco...

PROFESOR: Pues... contaría su seguridad... su coraje... sus iniciativas y decisiones personales...

FRANK: Pocas, muy pocas...

PROFESOR: Algunas, francamente, audaces, *(lo mira fijo)* usted sabe por qué lo digo... Muy arrojadas...

FRANK: He procedido mal, acaso? *(pausa)* Contésteme, ¿mal? *(Mira intrigado). (Llaman a la puerta).*

PROFESOR: ¡Adelante!

ESCENA II

Sara, la enfermera, mujer de unos treinta y cinco años, de movimientos de autómata, fría, dominante en sus ademanes. Hace adelantar a Indio Pedro, un ejemplar de porte vigoroso.

PROFESOR: ¡Ah, eres tú Pedro! *(Se levanta y camina hacia el indio y lo palmea).* Y vienes solo... ¿Por qué solo, Pedro?

INDIO PEDRO: Mi mujer sana... Dice manosanta que nadie debe tocarla. No quiero médico, patrón viejo... Mi mujer sana...

PROFESOR: ¡Siéntate hombre! Pareces cansado... *(Le acerca una silla).* Has caminado mucho... Tu choza está en la selva...

(Indio Pedro se resiste a sentarse. Frank, levanta los hombros y se desentiende de la entrevista). Debías venir a vivir más cerca nuestro... Puedes necesitarnos. ¿No te sientas?

INDIO PEDRO: Vuelvo a monte... patrón viejo. Espera hijos, mujer espera. Vuelvo a monte... mujer no necesita cura... ¡No necesita!... ¡No necesita! *(Signos de nerviosidad).*

PROFESOR: Si es así... nada de lo dicho... *(Mira a Frank, significativamente).* Pero entiéndelo bien, Pedro... Yo, yo amigo... Amigo, doctor Frank... No queremos muerte compañera tuya... *(Indio Pedro baja la vista).* No queremos que mueran indias... Pregunta a manosanta, si quiere que mueran indios... ¡Pregunta!

INDIO PEDRO: Aquí... ¡Nunca muchas muertas, patrón viejo! Manosanta cura... Peste se fué hace tiempo.

PROFESOR: Van a venir las lluvias, Pedro... Para curar... estamos para curar el mal antes de producirse...

INDIO PEDRO: Mal se fué... Llevó viento. No mal, no mal. *(Signos de empecinamiento).* ¡No mal!

PROFESOR: Bien, bien. No te enojes... Tú mandas entre hermanos, ¿no es así? Tú mandas...

INDIO PEDRO: Sí, yo manda... Yo sano, sana mujer... Sana hijos... No necesita médico. *(Mira con franca enemistad a Frank).*

PROFESOR: *(Mirando a Frank, que sigue haciendo anotaciones, como si estuviese solo)* ¡Bueno, bueno! Pero no olvidar: médico, está aquí, ¿comprendes? Médico espera. Anda

con tu mujer... *(Pausa)*. Anda, vuelve a tu casa... anda... *(Lo palmea)*.

INDIO PEDRO: Gracias, patrón viejo... con Dios, con Dios! *(Sale precipitadamente. El Profesor cierra la puerta. Enciende la pipa. Se vuelve a tirar en la reposera. Toma el vaso de whisky. Suspira y bebe)*.

ESCENA III

PROFESOR: ¿Terminó usted con el inventario?

FRANK: *(Luego de una pausa)* Supongo que esa visita no nos hará cambiar de tema... Usted hablaba de mi audacia. Quiero ser arrojado, es verdad... El ánimo resuelto del investigador, cuenta mucho en estos casos...

PROFESOR: *(Mirándolo fijamente)* ¿Qué pedidos hace, vamos a ver?

FRANK: Nos faltan drogas... *(Resueltamente)*. Algunas drogas... y medicamentos corrientes...

PROFESOR: Precisamente me refiero a las drogas...

FRANK: No va usted a sorprenderme con insinuaciones. *(Confundido)*. Sé de qué droga habla, profesor!

PROFESOR: Por supuesto, sabe usted a qué droga me estoy refiriendo... Por eso le pregunto.

FRANK: La uso con bastante prudencia... A pesar de su eficacia.

PROFESOR: Actuaremos con cautela, y procederemos de común acuerdo... ¿verdad?

FRANK: ¿No pretenderá sacarme una promesa?

PROFESOR: ¡Desde luego!... *(Bebe)*. Nos comprometeremos por partes iguales... *(Pausa)*. Yo no pienso firmar una sola iniciativa propia... ¿comprende Frank? *(El Profesor hace mutis por la puerta lateral izquierda, cerrándola con violencia)*.

ESCENA IV

Frank mira hacia la puerta y mueve la cabeza de un lado a otro, unos instantes, después, entra Sara, por la lateral derecha.

SARA: *(Mirando hacia atrás, teme que el Profesor regrese. Se acerca a Frank)* ¿Qué pasa? ¿Han discutido?...

FRANK: Lo de siempre... Si sigue así va a caer en la piedad y estamos perdidos.

SARA: ¿Pero qué pasó?

FRANK: Sospecha que algo hemos hecho sin consultarle...

SARA: A buena hora. Viejo inútil!

FRANK: No exageres. Pero déjame a mí solo. Si se da cuenta que lo sabes no me lo perdonaría.

SARA: Debes buscar la manera de que se vaya. Nada se va a poder hacer si lo dejas intervenir en todo.

FRANK: Es una garantía para el Instituto que él esté aquí...

SARA: No puede malograr una oportunidad única en el mundo. No se lo permitas.

FRANK: *(la mira con extrañeza)* Estoy pensando que empiezas a odiarlo.

SARA: Con hombres así, no se puede ir muy lejos. Allá... pasaba lo mismo.

FRANK: Pero allá... no se les tomaba en cuenta.

SARA: Si, era distinto. Pero bastante estorbaban. Un solo campo de experimentación estaba cerrado a los viejos...

SARA: ¿En Oswiecimiu?

SARA: No, en Buschenwald... Todos eran jóvenes...

FRANK: *(la mira con intención)* No siempre vamos a ser jóvenes.

SARA: Sabremos ser viejos, entonces.

FRANK: Gracias a ti, me quedan fuerzas. Hay días en que... no me animo a decirlo, me siento vencido!

(Ella se le aproxima con ferocidad).

SARA: No sientes eso que estás pensando, Frank! *(Acerca su boca a la de él).* No sientes nada más que ganas de triunfar... ¿Verdad?

(Se oyen pasos. Sara sale en puntas de pie. Se abre la puerta. Gesto de sorpresa del Profesor al ver salir a Sara. Se detiene en el dintel).

ESCENA V

PROFESOR: ¿Ha traído el inventario?

(Silencio. Al instante, regresa Sara):

SARA: *(A Frank como si no hubiese oído al Profesor)* He hecho tres copias... ¿por triplicado, también estos pedidos?

PROFESOR: ¿Por triplicado?... No. Uno más. Sobre todo de los pedidos. Un original y tres copias para nuestro archivo.

SARA: *(Mirándolo por vez primera)* Quiere decir que son cuatro.

PROFESOR: ¡Exactamente! *(Bebe y luego se sienta).*

FRANK: *(Entrega el memorándum y una libreta)* Copie cuidadosamente las cantidades, Sara.

SARA: Entendido!... *(Toma la libreta).*

PROFESOR: Sara, ¿quiere fijarse cuánto se pide de... arsénico?

FRANK: *(Mirando al Profesor con severidad)* Tres veces más de la cantidad que trajimos.

SARA: *(Leyendo)* Exactamente... ¿nada más?

PROFESOR: *(Molesto)* Nada más, puede retirarse.

(Se oyen golpes en la puerta).

Atienda, Sara, atienda!

(Silencio, pausa larga. La enfermera cuchichea con el recién llegado. La puerta estará entreabierta. Luego se vuelve al interior).

SARA: Ha muerto la hermana de Indio Pedro, profesor.
PROFESOR: *(Levantándose violentamente)* ¿Qué dice usted?
SARA: Que ha muerto la hermana de Indio Pedro.

ESCENA VI

Un indio aparece en la puerta. Sara mira a Frank.

INDIO: ¡Acaba de morir, patrón! ¡Ahora mismito! Tomó un trago de chicha y cayó muerta.

FRANK: ¡Cardíaca! ¡No es extraño!

PROFESOR: Hasta ayer... *(Mira a Frank).* No era cardíaca!

INDIO: Marido llamó manosanta, patroncito. *(A Frank).* La puede volver a la vida...

FRANK: *(Nerviosamente)* ¡Que la vea el manosanta! Ya saben muy bien que anda la epidemia... ¿oyes? ¡La peste!

PROFESOR: *(Desconcertado)* Sí, que la vea quien quiera... Hemos venido a salvarles de la peste... No quieren entenderlo. Pues bien... ¡aguántense! Ahí tienen el resultado...

INDIO: Patroncito no quiere que vea manosanta. *(A Frank).* ¿Dejamos ver manosanta?

FRANK: Sí, sí... que la cure el manosanta... Y si consigue resucitarla, mejor que mejor! *(A Sara).* ¿Habíamos tratado a esa mujer?

SARA: No, doctor... Es de las que más se han resistido...

INDIO: ¡No vacunada, no vacunada! Yo se lo decía... ¡No vacunada!

FRANK: *(Se le acerca y lo palmotea)* Dígale al marido que lamentamos mucho. Ahí tiene el resultado de su terquedad.

INDIO: *(Luego de mirar dramáticamente uno por uno, hace mutis).*

SARA: ¿No me necesitan?

FRANK: Un momento Sara. ¿Se anima usted a hacerles una visita? Serán interesantes sus impresiones. Vaya a ver cómo han tomado la cosa y retire la botella de chicha, sin que ellos se den cuenta.

SARA: ¡Entendido! *(Sale resueltamente).*

ESCENA VII

PROFESOR: *(Después de una pausa larga en que buscara la mirada de Frank)* Esa mujer, no estaba en la lista.

FRANK: En el sector donde vive, todas se han resistido al experimento. ¡Todas! Allí, todavía manda el curandero...

PROFESOR: Vamos a ir demasiado lejos, Frank. ¡Cuidado con una reacción desfavorable! *(Cae en el sillón, apesadumbrado).*

FRANK: *(Nerviosamente)* También interesan los mejor dotados. Hay que producir pánico a su alrededor. En la selva, lejos de la proveeduría, entre los rebeldes, es más importante el injerto.

PROFESOR: No habría necesidad de practicarlo con los indígenas cuya salud es buena.

FRANK: ¡Con unos y con otros!... Observo que a la inversa de lo que pasa en las ciudades, los menos contaminados están lejos, en el arrabal de la toldería...

PROFESOR: ¿No le parece que los blancos ejercemos una influencia perniciosa? Lo que usted dice es una prueba. Los vicios se desarrollan cerca nuestro... Alrededor de la proveeduría, he visto la mayor miseria.

FRANK: Incluiré su observación en mi diario. *(Se sienta en el escritorio).*

PROFESOR: Le ruego que no comente con la enfermera, nuestras trifulcas... familiares...

FRANK: Por supuesto... Ella no entendería las dudas suyas.

PROFESOR: *(Rápidamente)* Ni el estado de sus nervios.

Frank: Sara se sorprendió mucho, al saber que mi apodo de Pecho Colorado, no me molestaba. Ya ve.

Profesor: Empiezan a estimarle.

Frank: Es halagador. *(Mirándose el pecho abierto)* Le confieso que al enterarme empecé a admirar mi persona física.

Profesor: El apodo lo habrá inventado alguna de esas muchachas a las que usted mira con insistencia...

Frank: *(Más tranquilo)* ¿Sabe que ha cundido el pánico entre las solteras? *(Ríe)* Realmente eso no estaba previsto! Menudo lío, fecundar a quienes no tienen marido... visible... se entiende... A las adolescentes, por ejemplo... Vamos a crear milagros... ¡Qué arma si la manejara el padre José!

Profesor: Tendrá que andar con cuidado... ¡No sabía de ese motín de vírgenes!

Frank: ¡Ellas son las que me llaman Pecho colorado!

Profesor: Los primeros días, resultaba usted antipático... Comprobé cuánto desdén le demostraban por su manía de dar puntapiés a las osamentas que hallaba al paso... Estos miserables tienen un raro respeto por los huesos!

Frank: ¡Es que andar entre desperdicios me saca de mis casillas! ¡Terminé con las osamentas!

Profesor: ¿No cree usted, Frank, que ya está debidamente sembrado el pánico?

Frank: En el sector número 1, ha sido fácil... Pero los del 2, continúan rechazándonos... Y no es el pudor. Por supuesto, no es por pudor que no se dejan injertar. La curandera y el manosanta se resisten a creer en la peste y combaten... la vacuna...

Profesor: ¡Vacuna! Inventamos una linda palabra para calificar el injerto! *(Ríe)* Cuando digo vacuna no puedo evitar que el rubor me suba por las barbas!

Frank: Los manosantas le temen a la peste... ¡Es que han

muerto pocas mujeres para dar la sensación de una verdadera epidemia!

Profesor: ¿Le parece poca gente la que ha muerto?

Frank: Si cuenta los niños, que regularmente mueren, es claro, la defunción ha crecido... Pero, peste verdadera peste en las casadas... ¡Poca, poca! Hay que tener valor.

Profesor: ¿Qué piensa usted de la mujer de Indio Pedro?

Frank: Es un ejemplar de rara hermosura. *(Se levanta y bebe)*. ¡Realmente maravilloso! Según mis cálculos, empezó a tener hijos a los quince años. ¡Magnífico caso! Su cuerpo, es el más perfecto que he visto... Es un goce contemplar su figura. Ya le he sacado más de cincuenta fotografías! Pero casi todas, huyendo.

Profesor: Seguirá resistiéndose. Acaba usted de oír a su marido.

Frank: La muerte de la hermana, los va a impresionar, por más cacique que sea.

Profesor: Compruebo que tiene debilidad por esa mujer.

Frank: *(Bebe otro trago)* ¡No confundir, doctor! ¡Es admiración! En elementos así, había que experimentar... Imagínese pasarse dos, tres años y ver las transformaciones de los retoños. Luego, volver cuando los niños tengan más de seis años y examinarlos, estudiarlos, sacar conclusiones! Un verdadero espectáculo de dominio. Podremos adelantar en las investigaciones sobre la herencia. ¡Una raza injertada en troncos de tal naturaleza! *(Pausa. El profesor se sirve un whisky y cae en el sillón)*.

Profesor: ¿Alcanzó a ver a la hija de Indio Pedro? No es fácil, ¿eh? Se cuentan con los dedos de una mano, los ojos blancos que pueden jactarse de haberla visto!

Frank: No sea usted tan crédulo, profesor. Esa hija, no existe... ¿También cayó usted en la superchería? ¡Pertenece a la leyenda!

Profesor: ¿Qué dice usted? ¿Que no existe? ¡Pues como

castigo merecería no verla nunca! ¡La madre, es apenas un resplandor de su belleza! Con eso, ¡está dicho todo! Una venus en andrajos, la tal leyenda.

FRANK: Bromitas... bromitas de un profesor... con un par de whiskies en el gargero...

PROFESOR: ¡Muestre su necedad! Indio Pedro es cacique gracias a su hija. A su hija que no pueden verla ojos extraños. ¡Tendrá que sembrar mucho pánico si quiere llegar a verla!

FRANK: ¿Por qué usted la ha visto? ¿Qué derecho tiene? ¿Vamos a ver?

PROFESOR: ¡Mire usted mis barbas! Si no ha perdido contacto con la realidad, se dará cuenta que puedo ser el abuelo de Pecho colorado.

FRANK: ¿Qué me quiere decir con eso? ¿Que me está vedada?

PROFESOR: Que hay ciertas leyes... llamémoslas morales, que son comunes al género humano. A esa muchacha, aquel Padre José le enseñó la doctrina y ha hecho una rara mezcla de supercherĺa y religión...

FRANK: En este caso, nos separa la superstición y no la edad. El cura no pincha ni corta, desde hace tiempo.

PROFESOR: Vi deslumbrado, a la hija de Indio Pedro, apenas un segundo. Desde que estamos aquí, sólo una vez. Fué el día que intenté convencer a su padre del peligro que corre su mujer. Ahí tiene el resultado. Se me presentó como una aparición.

FRANK: *(Curioso, acercándose al Profesor)* Pues creí que se trataba de una leyenda. He oído hablar de ella. Además... *(Se detiene).*

PROFESOR: Indio Pedro es peligroso y obstinado... No tenemos que meternos con las célibes... Y, su hija, es una verdadera virgen. ¡Algo maravilloso, se lo aseguro!

FRANK: ¡Blandura senil! ¡Cuidado profesor! ¡Cuidado!

PROFESOR: ¿Y la suya con su madre? Impulso de juventud. *(Ríe).* Estamos a mano, Frank!

FRANK: ¿Hablamos como hombres de ciencia, como turistas o como exploradores? Debo rechazar todo pensamiento ajeno a mi trabajo.

PROFESOR: ¡Curiosa manera de pensar! *(Se acerca a la ventana. La escena ha comenzado a ponerse penumbrosa. El Profesor contempla el exterior).* ¡Detesto esta ventana! Cada vez que me asomo, diviso el camposanto. ¡No es una perspectiva que dé ánimo! ¡Semejante paisaje, es deprimente! *(Cierra la ventana).*

FRANK: *(Mirándolo con gravedad)* Si no conseguimos una justa unidad de acción, poco se adelantará. *(Se sienta, abre el Diario y se dispone a escribir).* Hasta el presente, Profesor, puedo decir que conozco pocos trabajos realizados con tanta armonía. Me siento satisfecho de trabajar en una misión científica tan cautivante. ¿No le pasa lo mismo, profesor?

PROFESOR: ¿Por qué no enciende la lámpara que tiene a mano, si piensa escribir?

FRANK: ¡Me adivinó el pensamiento, profesor!

PROFESOR: No es mi fuerte, adivinar el pensamiento! *(Pausa mientras mira a Frank que enciende la lámpara a querosene).* Esta es la hora insoportable para mí.

FRANK: El miedo... ¿podría malograr nuestra empresa? *(Pausa. El Profesor sonríe).* ¿No cree usted que el peligro lo llevamos dentro, que está en nosotros mismos?

PROFESOR: Pensar en el miedo, es exponerse a ser presa del pánico. Vuelve a proponerme el tema. ¿Lo persigue? *(Frank levanta la cabeza y lo mira fijamente).* ¿Teme la reacción del cacique?

FRANK: Estoy haciendo conjeturas, suposiciones. Nada más.

PROFESOR: Y ¿si fuese usted el que está flaqueando? *(Pausa).* Creo que la experiencia, es importantísima. Si no fuese así, no habría aceptado el puesto. *(Pausa).* Sin embargo, me gusta detenerme de tanto en tanto. La muerte de esa mujer no me deja indiferente...

Frank: *(Nervioso)* No veo por qué la de ella, precisamente, ¿Es que piensa que puede traernos complicaciones?

Profesor: Le repito que no hablo de temores, hablo del procedimiento.

Frank: ¡Ya es tarde para volverse atrás!

Profesor: Mi experiencia de hombre que ha hecho dos guerras, me hace ser más precavido. Usted actuaría con otra sensibilidad si las hubiese padecido.

Frank: *(Trata de no dar valor a lo que dice, poniéndose a escribir en su Diario)* ¿Desesperación, acaso?

Profesor: A mi edad, ningún hombre se desespera.

Frank: A la mía sí, ¿verdad?

Profesor: A veces, es justificable una reacción violenta, en razón a la edad.

Frank: Está usted, agresivo, profesor. *(Arroja la pluma)*. Hoy no podré hacer mis anotaciones! ¡No puedo escribir!

Profesor: Si prefiere, lo dejo solo... *(Hace ademán de levantarse)*.

Frank: No. *(Nervioso)* Es inútil. No podré escribir, de cualquier manera. *(Cierra el Diario)* No estoy en vena.

Profesor: No es nada fácil escribir un Diario. ¡Es una de las tareas más terribles! Se necesita un parejo estado de ánimo o el oficio de escribir. Y no siempre uno consigue ese propósito. *(Se pone de pie)*. De cualquier manera, es mejor que quede usted unos minutos, frente a frente a sus cuartillas. Se me ocurre que debe ser algo así... como verse frente a la conciencia. *(Frank se pone de pie)*. Voy a estirar las piernas hasta el arroyo. Abre el apetito esa caminata nocturna.

Frank: ¿No espera el regreso de Sara? *(Más nervioso)*. Necesitamos saber qué pasa en el sector 2! Espere un momento.

Profesor: Volveré, dentro de media hora... Me parece útil mostrarse solo por los senderos que bajan al río... ¡No

crea que lo hago como desafío... ¿Eh? Pienso que a ellos les gusta mirar mis barbas en las primeras sombras. Ya sabe como respetan la noche, estos infelices. Les doy un espectáculo! La vejez, me ha brindado más de una sorpresa. Ninguna como la de sentirse fuera de la realidad. *(Se dirige hacia la puerta).*

FRANK: Es que a veces, mientras escribo, necesito consultarlo. No me gusta incurrir en errores. Trataré de escribir. *(Vuelve a sentarse). (Empuña la pluma).*

PROFESOR: Ya va a tener material con lo que Sara le cuente. Espérela.

FRANK: Cree usted, profesor, que esta muerte... un poco imprevista...

PROFESOR: ¡Vamos, Frank, vamos! Creo que entre los dos, valen las medias palabras. He sido brutal con ese indio que nos responde y que ha venido a darnos la noticia... ¡Usted la esperaba, Frank! *(Enérgico).* ¡O es que cree que el arsénico no mata?

FRANK: Por qué voy a ocultarlo: la esperaba... Pero, ¿no estamos de acuerdo que hay que insistir en los sectores en donde somos resistidos?

PROFESOR: El sector contra el que arremete, es el más organizado. Tiene sus creencias, está dirigido por el cacique. ¡Hemos convenido en utilizar medios menos expeditivos!

FRANK: Sería una debilidad, profesor! ¡No es oportuno crear privilegios!

PROFESOR: Hay que esperar la reacción de los mejor dotados...

FRANK: No podemos desdeñar, *(titubeos)* por puro capricho, a las mujeres que rodean al cacique. Es precisamente entre ellas, donde obtendremos resultados más significativos. El resto, diezmado por la tuberculosis, ofrece otros caracteres. Fracasar sería muy triste, profesor.

PROFESOR: Bueno, hoy no quiero discutir el plan. *(Se dirige a la puerta).*

FRANK: ¿Por qué no? No se vaya. En mi Diario debo anotar estos hechos, estos titubeos míos.

PROFESOR: Pues redáctelo usted solo... *(Se levanta el cuello de la camisa)*. Necesito un poco de aire puro...

FRANK: *(Inquieto)* A Sara, no le sentará bien contarme a mí solamente, lo que ha observado.

PROFESOR: No voy a demorarme demasiado...

FRANK: Hay datos que sólo usted conoce... *(Dispuesto a escribir)*. Podría dictármelos...

(Silencio).

PROFESOR: ¿Teme quedarse solo?

FRANK: ¿Qué pretende insinuar usted, profesor? ¿Sabe algo y no me lo dice? ¿Por qué voy a temer? *(Confundido y ansioso)*. *(El Profesor hace una pausa)*. No hay peligro alguno.

PROFESOR: Quizás le convenga meditar a la luz de la lámpara... con las cuartillas... frente a frente.

FRANK: Eso es lo que hago, todas las noches...

PROFESOR: Yo también necesito enfrentar mi soledad. Hasta luego...

FRANK: *(Tratando de demorarlo)* ¿Quiere que Sara espere su regreso? No comprendo qué puede haber sucedido.

PROFESOR: Me lo estoy imaginando. Por eso quiero recuperar fuerzas... No se juega a mansalva con la muerte, sin que ella intente, jugar con nosotros! ¡La muerte, muchas veces, es algo más serio que la vida!

FRANK: ¿Acaso no debemos superar ese viejo concepto? Usted que ha hecho dos guerras, ¿no puede hablar de la muerte en otra forma? ¿No se le ocurren otras palabras? *(Exaltado)*. Con sus reservas, profesor, va a quebrar la unidad de nuestro trabajo. No hemos hecho un juramento, pero establecimos una estrecha colaboración.

PROFESOR: El cambio repentino de clima, estos altibajos de la

temperatura, nos hacen perder el equilibrio, Frank. Usted debe dominarse. El trabajo de laboratorio le hará bien.

FRANK: Hemos convenido que estaría en sus manos.

PROFESOR: Tal vez me haya equivocado. Abandone usted ese Diario que lo tortura.

FRANK: Y ¿quién va a llevarlo en mi lugar? ¿Sara? ¿Cree que ella debe continuarlo?

PROFESOR: *(Dando señas de que se prepara a salir, levantando las solapas del saco)* Sería cuestión de estudiar ese cambio... Déjeme usted salir un poco... Le confieso que aquí me ahogo! Ya se lo dije: esta hora me resulta insoportable. ¡Hasta luego!...

FRANK: *(Levantando la mano como para detenerlo)* Escuche!... Es necesario que decidamos quien llevará el Diario.

PROFESOR: Mañana lo pensaré.

FRANK: Temo que usted desconfíe de mis anotaciones.

PROFESOR: Si dice la verdad... no tengo por qué temerle! Trate de escribir. ¡Cuente, cuente lo que está pasando entre los dos!... ¡Tendrá valor científico! ¡Anímese!... *(Pausa)* Y ahora, déjeme dar mi paseo de todas las tardes. Anote en su Diario, que yo no podría resistir estos terribles cambios de temperatura.

FRANK: Usted no me dice todo lo que siente, profesor. *(Alterado)*. No es leal conmigo...

PROFESOR: *(Ya resuelto a salir, la mano en el picaporte de la puerta)* Soy leal, Frank! No me acuse! No estoy tan seguro como usted. La muerte, para mis años tiene otra cara... ¿Comprende? La muerte de los demás, no repercute en mí como en usted, entiéndalo bien! Y déjeme, por favor, que no quiero seguir analizando esta horrible sensación!

(Suenan golpes menudos en la puerta).

FRANK: *(Se pone de pie, repentinamente como tocado por un*

resorte) ¡Es Sara, profesor! ¡Es Sara! *(Nadie responde. El Profesor da dos pasos atrás. Mira sorprendido a Frank. Silencio).* ¿Quién puede ser entonces? *(Baja la voz, llena de miedo).* ¿Quién podrá ser, entonces? ¿Quién, a estas horas? *(Pausa).* Contésteme, profesor... ¿Quién?

PROFESOR: *(Camina hacia el escritorio dando sensación de aplomo. Saca de la gaveta un revólver. El arma en la derecha, con la izquierda toma violentamente a Frank por un hombro)* ¡Frank, Frank!... ¿Que le pasa? ¡Usted tiembla, Frank! Le tiemblan las manos... ¿Que le pasa?

FRANK: ¡No es cierto!... ¡Me quiere impresionar! No es cierto!... ¡No es cierto!

PROFESOR: ¡No sea cobarde!... No se deje ganar por el miedo! ¡Tome!... *(Le da el revólver).* Aprenda a matar de frente, si es necesario...

(Expectativa. Silencio. Se vuelven a oír los menudos golpes en la madera de la puerta. El Profesor camina hasta la ventana y espía).

PROFESOR: ¡Adelante!...

ESCENA VIII

La puerta se abre lentamente. Indio Pedro la empuja con el cuerpo de su hermana, a la que trae muerta en los brazos. Se detiene inmóvil, mira a uno y a otro.

INDIO PEDRO: *(Patético)* ¡La peste, la peste!...

Frank da un paso atrás y hace rodar la silla en la que estaba sentado. Y, con el estrépito,

TELON RAPIDO.

ACTO SEGUNDO

El mismo escenario. Se oye soplar el viento que agita los cortinados. Sara, la enfermera, el Profesor, en ropas livianas, de estación, se abanican y secan el sudor de la frente. Sara se asomará una y otra vez a la ventana de par en par abierta. El Profesor pone en línea los frascos de medicamentos, arregla el botiquín. Sobre la mesa un cajón que contiene artículos farmacéuticos.

ESCENA I

SARA: ¿Seguirá soplando este terrible viento norte?

PROFESOR: El viento que trae las lluvias. ¡Ritmo invariable! Viento norte, luego sopla del noreste... lluvia como peste, dice el refrán y después, agua, agua y barro... y lo que ya sabemos! ¡Es fatal!

SARA: Realmente un clima bochornoso. ¿A esto llaman tiempo africano?

PROFESOR: Más o menos... Claro, que este calor... *(Observa el barómetro)* se hace insoportable por la humedad. No necesito mirar este artilugio para darme cuenta. Las cuerdas del toldo, se encogen y levantan la lona hasta ponerla tensa como cuerdas de guitarra!

SARA: No lo había observado. *(Asomada)* Tiene usted razón... Hay días que las he visto formando una curva pronunciada... y no sabía por qué...

PROFESOR: Un detalle más Sara. Desde aquí dentro, sentado en esa reposera, si hace buen tiempo, el toldo de lona me impide ver el cementerio... En cambio, cuando nos castiga la humedad... también el paisaje nos castiga... Se

ven más cercanos los túmulos! El mal tiempo, nos agranda el espectáculo funerario. Ya ve... hoy, a pesar de las nubes de polvo, el cementerio se nos viene encima.

SARA: El doctor Frank, anda por allá... Me parece ver su camisa blanca... *(Mira con intención)* Sí, es él, rodeado de chiquillos...

PROFESOR: Ha sufrido un fuerte shock... La llegada de Indio Pedro, con su hermana muerta, le produjo un gran efecto.

SARA: Siempre se ha mostrado tan...

PROFESOR: *(Interrumpe)* No vaya a decir, tan insensible Sara, porque me obligará a poner en evidencia su escaso espíritu de observación. Ya no se trata de las cuerdas, tensas por la humedad del ambiente...

SARA: Tal vez iba a decir insensible, lo confieso, profesor, pero, mejor sería decir tan dicidido.

PROFESOR: Ha tomado sobre sus hombros responsabilidades muy grandes... Ha extremado la nota... Ya sabe que no somos capaces, ni debemos serlo, de tomar resoluciones personales... El plan de producir pánico tiene un límite.

SARA: Dos muertes más, dos muertes menos... ¿qué pueden significar...? *(El Profesor suspende su trabajo y la mira)*

PROFESOR: Ya lo ve Sara... Usted hace un esfuerzo para hablar así... Las reacciones de Frank no son naturales. Y la prueba es que su supuesta entereza... le está sembrando dudas...

SARA: Aquí, ninguno de los tres dudamos, profesor. No quiero exponerme a discutir el punto con usted.

PROFESOR: ¡No, no! No es que dude de nuestros procedimientos. Es él, el que duda de sí mismo. Y temo que no resista hasta el final. Hay trabajo para tres años consecutivos. Quizás en adelante sea menos intempestivo.

SARA: Creo que él sabe lo que hace.

PROFESOR: Por supuesto. Pero no me negará que se conduce... muy extrañamente...

SARA: Reacciona así por que usted profesor, le acusó de cobarde. Y eso, para él, ha sido terrible.

PROFESOR: Dígame usted a mí que bebo demasiado... y me enojaré. Dígame que pretendo el Premio Nobel... y lanzaré una carcajada. Lo primero, es casi cierto y me molesta. Lo segundo, sería una estupidez, y le respondería dándole las espaldas... *(Pausa, en que el Profesor da vuelta la cara y vuelve al cajón con medicamentos)* Sara, sea buena y prepáreme un whisky... no sabría explicarle, pero el alcohol servido por otras manos, se toma más pausadamente. ¡Ayúdeme!

SARA: Voy a retribuir sus lecciones, profesor *(Le sirve whisky)*.

PROFESOR: Lo voy a paladear, se lo prometo. *(Sara vuelve a la ventana. Una pausa larga en la que se oirá un lejano llanto plañidero)*.

SARA: ¿Oye usted? *(Pausa)* ¿Oye, el llanto?

PROFESOR: Sí, lo oigo... Son las lloronas... Empecé a oírlas cuando le pedí whisky.

SARA: Tiene el oído muy desarrollado, profesor... ¿Los hombres oyen mejor?

PROFESOR: No hay tal cosa... Las mujeres, por lo general, tienen mejor oído que los hombres, lo que pasa, es que regularmente escuchan al través de los cabellos —no piense usted... de los tabiques, ¿eh?— las voces se enredan en la cabellera.

SARA: *(Se levanta los cabellos)* Hoy se oyen más cercanos.

PROFESOR: El viento, también el viento nos trae ese regalo... Es una de las costumbres indígenas que más me irritan.

SARA: ¡El efecto que le producirá al doctor Frank! *(Mira hacia la lejanía)*.

PROFESOR: En eso estaba pensando. Menos mal que esas dos muertes últimas, no nos pertenecen.

SARA: ¡Dos niños microcéfalos!

PROFESOR: Las lloronas pareciera que sienten más a los ángeles que a los adultos...

SARA: *(Observando)* El doctor Frank corre entre los túmulos.

PROFESOR: Desde el mediodía anda con los niños. Les ha fabricado cometas... ¡imagínese usted!

SARA: Pues es eso lo que se ve entre las nubes de polvo... *(Mirando con interés)*. Sí, cometas de colores... No podía darme cuenta...

PROFESOR: Tome usted los prismáticos, Sara. Están en la gaveta del escritorio... Frank suele marchar con ellos a cuesta. Así es como ve a la mujer de Indio Pedro... De ella conoce detalles que yo ignoro... *(Sara toma los prismáticos)*.

SARA: *(Observando)* ¡Claro, claro! Son cometas. Cinco, diez. Y, ¿qué puede ser lo que arrojan hacia adelante los chicos?

PROFESOR: ¡Flechas, son flechas!... Los ha conquistado con arcos y pandorgas...

SARA: Y los perros, ¡cuántos perros!...

PROFESOR: Corren adelante. Atraviesan los túmulos y muerden las flechas...

SARA: Pues es un espectáculo de fraternidad. Ha superado la repugnancia de los primeros días.

PROFESOR: Pasándose a la otra alforja... *(Pausa. Sara observa. El Profesor, bebe y se sirve por su cuenta)*.

SARA: Ahora se ha sentado... se sienta en una tumba... Lo rodean los chicos... Pero si es una bandada de criaturas... ¡Ah, y a pocos pasos, lo contempla un grupo de muchachas!

PROFESOR: *(Gritando)* ¡Pechocolorado, Pechocolorado! El apodo le parece un éxito... su mayor conquista...

SARA: Y tiene razón. *(Sigue mirando con los lentes)*. Ahora, las muchachas lo cercan.

PROFESOR: Puede ser que esa fraternidad le sirva para corregirse de algunos de sus defectos...

SARA: Sí, es preferible que así sea. *(Deja los prismáticos en el alféizar de la ventana).*

PROFESOR: Vamos a tener mucho trabajo, créamelo... No bien empiecen las lluvias, las más diversas enfermedades van a diezmar a la población. Nos ahorraremos... arsénico Sara... ¡Uff! *(Bebe dando signos de repugnancia).*

SARA: ¿Usted cree, profesor, que ha llegado el momento de cambiar de táctica?

PROFESOR: Ahora, la muerte se ensañará con casadas, solteras, niños y ancianos... Habrá trabajo para curanderas, manosantas y para nosotros. *(Pausa).* ¿Cuántas mujeres fecundadas?

SARA: Sobre ciento cincuenta, un 75 %... no podemos estar desconformes...

PROFESOR: No se conoce una experiencia más importante. Jugamos con la muerte Sara, y no seríamos tan afortunados, si a la vida, le diese por jugarnos una mala partida... *(Sara lo mira, absorta).*

(El profesor bebe).

SARA: ¿A que le sabe ese whisky, profesor?

PROFESOR: Ha dejado de ser el que usted me sirvió... lo apuro... para que usted me obligue a beber otro, pausadamente, servido por usted. *(Sara sirve whisky).*

SARA: Con whisky no se soporta mejor el calor profesor. ¿Prefiere una taza de té?

PROFESOR: No es necesario. Sólo le pido que no me abandone cuando tenga que enfrentar al doctor Frank. ¡Me va a dar trabajo, créame!...

SARA: *(Interesada)* Profesor... *(Pausa).* ¿Ha observado algo grave en él?

PROFESOR: Concretamente, nada. Está animado en contra mío. Cree que me propongo sembrar dudas sobre sus convicciones. Imagínese. Entra a analizarse y quiere convencerse a sí mismo de que no tiene miedo. Esa escena que usted ha

visto con los prismáticos, él sabe que yo también la he visto. Guárdelos usted... no le daremos el gusto de que se entere de nuestra curiosidad... *(Sara recoge los prismáticos del alféizar de la ventana y se dirige a guardarlos en el cajón del escritorio).* ¡No, Sara, no! Déjelos a la vista... Ahí en el alféizar, para que no tenga dudas de que hemos sido testigos de su propósito. Le sentará bien comprobar que su propósito no ha sido vano. Es la herencia nazi. Los principales actos de Hitler, buscaban una rápida proyección sobre los demás. Los planes de los nazi-fascistas, necesitan de tiempo en tiempo, hechos nerviosos, pequeños estruendos. Cada seis meses, deben inventar algo desconcertante para reanimar la fibra... ¡Ellos ignoran que la fibra se gasta! *(Pausa).* Frank, pertenece a esa escuela. *(Sara lo mira desconcertada).* Déjelos allí, Sara, a la vista. Le hará bien el enterarse de que nos ocupamos de su persona. *(Sara vuelve a colocar los prismáticos en la ventana. Se asoma y da señas de sorpresa).*

SARA: ¡Ahí viene, profesor! Viene por el camino de las tunas. Se dirige hacia aquí, seguido de una banda de chicos. *(Se oyen voces, algazara).*

PROFESOR: Conozco esa algarabía!... Cuando los indiecitos están contentos, gritan así... *(Pausa).* Frank, se propone darme una lección... usted lo verá... No demos importancia a lo que hace. *(Se asoma a la ventana. Sara mira al Profesor marcando su desconcierto).*

ESCENA II

Se oirán voces más cercanas. Luego la de Frank, y su risa falsa. Cuando irrumpe en escena, lo hace de espaldas, seguido de los niños, semidesnudos que, al ver al Profesor y a Sara, detienen el paso y se miran entre ellos, asustados. Enfermera, a la derecha del espectador. El Profesor a la izquierda. Frank, simula no haberlos visto.

FRANK: ¡Adelante, adelante Espinillo! ¡Sin miedo! *(Se dirige a uno de los niños que lleva en las manos una cometa).* Adelante Ranita, *(el más pequeño, portando un manojo de flechas).* Adelante, avancen... ¿Qué les pasa? *(Se encamina hacia Ranita, aprieta las flechas contra el cuerpo).* ¡Ranita, así, así! ¡Aprieta fuerte esas flechas y no se las des a nadie! Y tú, Cachorro, *(a uno que se ha detenido en la puerta).* Trae esa cometa que te la voy a componer. ¡Entra, no tengas miedo! ¡No te vamos a comer! Entra, *(El niño avanza. En su sitio se detiene una jovencita de once años que mira absorta).* A ver, Pajarito, *(a uno de los niños más flacuchos).* Recoge el hilo que te vas a enredar! *(Ayuda a recoger el hilo de las cometas y hace una madeja).* Florcita, *(a la niña que lo mira detenida en el dintel).* ¡No tengas miedo, entra!... *(La niña le señala el cielo. Frank mira hacia arriba).* Ah, qué bien remonta la estrella de tu hermana. ¡Anda por las nubes! ¡Miren qué linda cometa! *(Los niños se agrupan en torno de Frank. Le rodean para observar la cometa en el aire. El profesor y la enfermera, se miran interrogantes)* ¿Oyes como allá arriba ronca la estrella? No está dormida en el cielo! Habla con las nubes! *(Se acerca a la niña).* ¿Te gusta verla tan alta? *(La niña hace gestos de aprobación).* ¡Anda entre las nubes! ¡Puede conversar con las nubes y decirles que llueva!

NIÑA: ¡No, no, no!

FRANK: ¡Ah, no quieres que llueva! ¿Eh? *(Mira por primera vez al profesor).* ¿No quieres que llueva? ¡La cometa puede pedirle a las nubes que no llueva! Dile a tu hermana que sostega la cometa en el aire ¿me entiendes? *(Hace gestos y ademanes adecuados).* Que ayude a la buena estrella! ¡Puede hablar a la nubes y no dejarlas llover. La estrella va a detener las nubes, Florcita!

NIÑA: *(Dando la sensación de haber comprendido, mira al cielo y levanta las manos)* ¡Cumi uni! *(Grita un nombre indí-*

gena y se hace mutis. Los niños miran hacia el cielo. Sara, se asoma a la ventana a ver la cometa en el aire).

FRANK: *(Al Profesor)* Es una estrella que puede salvarles de la muerte... Ellos saben que las lluvias, traen la peste! Es necesario que empecemos a refrescarles la memoria! ¡Por eso, los desafío con esas cometas! ¿Entendido, profesor? ¡Quiero mostrarle que desafío a la vida y a la muerte! Y lo consigo! ¿Ha visto?

PROFESOR: ¡No acepto el desafío, Frank! Es innecesario crear un nuevo pánico. *(Al oír la voz del Profesor algunos niños que han quedado en el dintel de la puerta lo miran asombrados y huyen atropelladamente).*

FRANK: ¿Ha visto, profesor... cómo soportan mi voz... y no la suya? *(A Sara).* ¿Han visto, ustedes, como es posible dominarles? Miren, observen... *(Se acerca a la puerta).* ¡Florcita!... Tráeme el hilo para que yo sostenga la estrella!... *(La niña se aproxima con el hilo).* ¡Así, así!... Ella le está hablando a las nubes... Y no va a llover, ¿entiendes? ¡No va a llover!... Pero es necesario que la mantengas en el aire así, así, arriba, arriba! *(Hace jugar la cometa desde la puerta, los niños le rodean)* ¡Mira como sube! ¡Conversa con las nubes! Les está pidiendo que no dejen caer agua! ¿Sabes? *(Se oye el murmullo extraño de los indígenas adultos que celebran la proeza de Frank).* ¡Mientras esté en el aire, no lloverá! ¡Mira, Florcita, mira Espinillo, cómo recorre las nubes y les pide que no llueva! Mientras ella esté en el aire, no lloverá, no lloverá! *(Deja el hilo en manos de Florcita. Se dirige al medio de la escena y mira un instante al Profesor, y luego a Sara. Después detiene la mirada en los prismáticos. Los toma y rápidamente los guarda en el cajón del escritorio. Vivamente interesado)* ¡Vió, profesor, alcanzó a ver, profesor! Un perro arancó la mano de una mujer muerta y me la trajo en la boca, como si fuese una de las flechas! ¿Lo vió profesor? ¿Alcanzó a ver la mano que salía de la tierra dura, negra, horrible? ¿Lo vió, profesor, la vió?

(Exaltado) ¿Alcanzó a ver la mano? *(El Profesor se aproxima lentamente).*

PROFESOR: No he visto lo que usted dice, Frank.

FRANK: *(Desconcertado)* Y, entonces, ¿quién utilizó los prismáticos? ¿Usted, Sara?

PROFESOR: He sido yo... Pero no alcancé a ver esa mano... No tiene importancia, por otra parte... En el cementerio, los perros escarban por la noche. Eso sucede muy a menudo...

FRANK: Usted... ¡no los hubiese soportado, profesor! No hubiese podido ver la mano de la muerta... la que enterraron ayer... *(Ríe)* Parecía hacerme señas, profesor, parecía una de aquellas manos que en la ciudad se usan para indicar un camino... *(A Sara)* era una mano enguantada *(Ríe)* como esas que sacan los chóferes para indicar la maniobra *(Sara da vuelta la cara).* ¡Hay que tener valor, para soportarlo! ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Claro que lo sé! Hay que sobreponerse, profesor! Prepárese usted, porque un día de estos, saldrán miles de manos... Cuando las aguas arrastren el polvo que cubre los túmulos! ¡Prepárese! Por eso, quería que usted hubiese visto la primera flor del lodo! Lamento que no alcanzó a ver la escena! *(Ríe).* Se perdió una gran ocasión, profesor! *(Con brutal indiferencia).* El perro, se quedó allí, royendo los huesos de la mano. Primero... le puso una pulsera de baba! *(Sara hace mutis, marcando su desagrado, aparta a los niños que siguen contemplando la cometa en el aire, fuera de escena).*

PROFESOR: Frank... debe usted descansar... Por hoy... ha hecho bastante para dominar a sus súbditos! *(Se oye un trueno).*

FRANK: Si no llueve hasta la caída del sol, surtirá buen efecto el infundio de las cometas... ¡Mire cómo los tengo cautivados! *(Lo toma del brazo para que observe a los niños).* El viento va a amainar... y la estrella se vendrá abajo...

El efecto conseguido será perfecto... observe que junto a los chiquillos, aparecen los padres! ¡Perfecto! ¿No le parece, profesor?

PROFESOR: De acuerdo, Frank, de acuerdo!... Ha hecho usted, un buen trabajo...

FRANK: ¿Ironías? *(Serio, grave).* ¿Una broma?

PROFESOR: Nada de eso... No pongo ninguna intención en lo que digo... Juzgo el hecho, con imparcialidad. Su iniciativa, es aceptable.

FRANK: Ahí tiene usted, una respuesta a sus sospechas.

PROFESOR: ¿Qué sospechas?

FRANK: De que tengo miedo a la muerte... *(Nerviosamente).* Yo no tengo miedo a la muerte, yo no le tengo miedo... Convénzase, profesor! No quiero dejar este trabajo ni el que vendrá con las lluvias!...

PROFESOR: Jamás he pronunciado la palabra miedo. No está en mi vocabulario, Frank. Le ruego que no insista, para que podamos seguir en paz... *(Suena un trueno más largo).*

FRANK: *(Dirigiéndose a los niños que se hallarán amontonados en la puerta)* Las nubes contestan a la estrella. ¿Han visto? ¡No la dejan caer! *(Se le verá recoger el hilo).* ¡Miren cómo sube! ¡Que protesten las nubes! ¡Mientras la estrella esté en el cielo, no lloverá!

PROFESOR: ¡Lo felicito Frank, lo felicito! Esta reunión es reconfortante... *(Observa a los indígenas que se suponen fuera).*

FRANK: *(Entrando, nerviosamente)* Vuelve usted a sus ironías, ¿eh? Profesor... ya es tiempo de abandonar ese tono... *(Encarándosele).* No puede con una frase irónica echar por tierra un trabajo de días!... No voy a tolerárselo, profesor! *(Se coloca frente al Profesor que tiende el brazo, lo aparta de su camino y sale).* ¡Puede irse! No lo necesito para conquistar a estos chicos! ¡A usted le huyen!... *(Grita).* ¡Le odian!... *(Frank ter-*

mina de hablar en el dintel de la puerta. Queda inmóvil, con una y otra mano apoyadas en el marco. Se oye un trueno. Luego, el ruido de la lluvia que apaga la algarabía de los indígenas, Frank los mira correr en tropel y empieza a reír, primero nerviosamente, después, con todas sus fuerzas. Mutis del Profesor por lateral derecha).

ESCENA IV

FRANK: ¡Ja, ja, ja! *(Siempre de espaldas).* ¡La estrella se vino abajo. *(Ríe).* ¡Se vino abajo... y empezó a llover! Nadie puede más que yo! ¡He acertado! Desde ahora en adelante... yo... yo... yo!... ¡Y nada más que yo! Yo, para gobernar las lluvias. Yo para disponer de la muerte, yo para fecundar a las indias, yo para abrirles las entrañas, yo para limpiarles la sangre! Yo en los arroyos, yo en las camas, yo en las cunas, yo en los chinchorros, yo tirado entre los yuyos! ¡Yo, yo! *(Golpeándose el pecho).* ¡Pechocolorado! *(Empieza a retroceder, con los ojos fijos en un punto).* Yo, Pechocolorado! *(Se oye fuera de escena como un eco la voz de una mujer).* ¡Pechocolorado! *(Frank retrocede uno, dos, pasos).*

LA VOZ: ¡Pechocolorado!...

ESCENA V

Isabel, la hija del cacique Indio Pedro, se detiene en la puerta. Es una bella muchacha de quince años. Los negros cabellos mojados, le caen sobre los hombros. Brazos caídos, inmóviles, junto al cuerpo. Apenas si se moverán una que otra vez, en el curso de las palabras, con levísimos movimientos, muy suaves. La lluvia se hace oír con violencia llenando la pausa que produce el asombro de Frank, ante la presencia de Isabel.

FRANK: *(Con asombro, tartamudeando)* ¿Quién... quién es usted, ahora... ahora?...

ISABEL: *(Luego de una pausa prolongada, sin un solo movimiento, casi estática)* Isabel...

FRANK: *(Pausa)* Y... quién... es... Isabel... *(Repentinamente violento)*. ¿Quién? ¿Eh? ¡Quién!

ISABEL: *(Sin inmutarse)* Isabel, es la hija del cacique... Isabel, está aquí... Isabel, viene a hacerle un pedido.

FRANK: *(Hace un largo silencio. Se recompone. Se seca el sudor de la frente)* Entre... pase adelante... adelante.

(Isabel da un paso hacia adelante. Un golpe de viento que se supone de la ventana, entorna la puerta. Truenos. La lluvia castiga la vivienda).

ISABEL: Isabel viene a rogarle... Isabel que no pide a nadie... Isabel, ruega al doctor...

FRANK: *(Tendiéndole su pañuelo)* ¿Quiere secarse los cabellos? ¡Está empapada!... ¿quiere sentarse?

(Isabel separa brevemente las manos del cuerpo. Hace un gesto negativo. Sonríe).

ISABEL: Isabel sabe que seguirá lloviendo... Si seco cabello... se volverá a mojar... Isabel ruega al doctor... que atienda pedido... Isabel puede caer entonces enferma... Vendrá la peste... Isabel ruega al doctor que atienda Isabel... *(Solemne)*. Indios necesitan vida de Isabel.

FRANK: Su madre, su madre... *(Confundido)*. ¿Me necesita?

ISABEL: Isabel... no tiene madre... Ya no tiene madre... Mujer Cacique, era madre de Isabel... Madre murió.

FRANK: Creí que fueses su hija...

ISABEL: Isabel ya no es más hija de la mujer del cacique... Es hija de Dios. *(Complaciente)*. Padre José no quería que fuese así... Indio Pedro manda, no Padre José... ¿Pechocolorado, comprende?

FRANK: *(Confundido)* Sí, sí... entiendo... Pero ya no está el Padre José... ni creo que volverá...

ISABEL: Padre José... bueno con Isabel... Isabel quiere ser buena con amigos... Isabel quiere que Pechocolorado,

atienda pedido... Patrón viejo, no quiere curar... Isabel...

FRANK: *(Levantando la voz)* ¿Cómo? ¿El profesor se negó?

ISABEL: *(Da señas de sentirse molesta por el tono de voz. Se aleja un tanto, levantando los hombros, como amedrentada)* Isabel quiere ser atendida... Pechocolorado, va a pedirle a Patrón viejo que atienda Isabel... *(El viento cierra con estrépito la puerta. Isabel no se inmuta. Frank da muestras de impaciencia. Mira la ventana, se acerca y entorna una de las hojas. Isabel avanza unos pasos, con ansiedad).*

ISABEL: La lluvia trae peste... peste trae muerte... Muerte de Isabel dejará a los indios solos. Isabel única en la tribu... No hay otra Isabel... Padre José quiso encontrar otra Isabel en el cielo... No pudo encontrar otra Isabel... Señalaba el cielo y movía la cabeza diciendo que no... Si muere Isabel, indios van a cambiar de monte. No quedarán indios en este lugar... Isabel, no tiene que morir... Nadie puede ver muerta a Isabel... Patrón viejo no comprende... Pechocolorado *(Se le aproxima, ansiosa)*. Pechocolorado sí... entiende... entiende que Isabel no puede morir... *(Largo silencio. Isabel muy cerca de Frank, inmóvil, despliega las manos como dos pequeñas alas)*. Isabel nunca ruega... Isabel nunca pidió nada a Padre José, Isabel oye la lluvia... que camina por la selva... se mete en el barro, y deja olor de muerte... y... pide, pide, *(vehemente)* pide a Pechocolorado, que salve a Isabel!... *(Frank se le acerca sin atreverse a tocarla. Se oye llover).*

FRANK: ¿Indio Pedro sabe que estás aquí?

ISABEL: Si llueve, nadie pregunta a Isabel, donde va... de noche, sólo Isabel toca el agua del río... Isabel ha visto indias contentas. Isabel sabe que indias esperan la luna... Indias tienen más ancha la cintura... Pechocolorado... ¿entiende Pechocolorado? Isabel no puede morir... como

las indias que no curó Patrón Viejo!... Muerte rodea casa de Indio Pedro... Isabel, no puede morir... *(Vehemente).* ¡No puede morir... nadie puede ver muerta a Isabel! Si muere Isabel, todos se irán lejos!... *(Con la respiración alterada).* ¡Cura Isabel, Pechocolorado! *(Isabel levanta la cabeza y clava la vista en el techo).* El cuerpo de Isabel es como la rama más alta... solamente para el águila... solamente para el águila... *(Actitud de sorpresa de Frank. Se retira un tanto. Largo silencio. Luego Frank se va acercando. Levanta las manos hasta los hombres de Isabel que permanece inmóvil, como en éxtasis).*

FRANK: Serás salvada, Isabel... *(Acerca la boca a los labios de Isabel, pero duda antes de besarla. Isabel, inmutable, soporta un momento la proximidad de Frank. Suena un trueno largo que se pierde en la distancia. Las manos de Isabel empiezan lentamente a separarse del cuerpo. Al desplegar los dedos, los brazos comienzan a levantarse con idéntica lentitud. Frank, la toma por la cintura, la manos de Isabel se juntan en la nuca como si sostuviesen la cabeza caída hacia atrás. Un largo trueno. Arrecia la lluvia.*

ESCENA VI

SARA: *(aparece, de pronto en la puerta. Inmóvil presencia la escena, mientras va cayendo lentamente el*

TELON

ACTO TERCERO

El mismo escenario que en los actos anteriores. Al levantarse el telón van entrando peones que portan bultos. Uno, un cajón, otro un saco; un tercero, un aparato de radio. Tras ellos, Frank y Víctor, y un muchacho indio, bien plantado, no mayor de 25 años. Visten ropas de abrigo. El cielo estrellado se verá a través de los cristales de la ventana.

ESCENA I

Víctor, indica a un peón, un sitio donde debe colocar un bulto.

VÍCTOR: ¡Aquí, sin golpearlo, despacio! *(Dirige la tarea. Acomoda otros bultos. Se cruza con Frank).*

ESCENA II

Frank palmea a Víctor, cuando éste sale. Entra Domingo, un indígena que carga las baterías.

FRANK: Domingo, Domingo! Te he dicho que no encimes las baterías. ¡Una al lado de la otra!

DOMINGO: No me daba cuenta que era eso...

FRANK: Te lo dije bien claro, los tres bultos más pesados.

DOMINGO: Todos son livianos, patroncito! No hay uno más pesado que otro, pues. ..

FRANK: *(Palpándole los músculos)* También con semejantes troncos!

DOMINGO: ¿Decía, patroncito?

FRANK: Nada, nada! *(Domingo hace mutis)*. ¡Anden rápido! Los camiones deben regresar al amanecer! Los bultos grandes, los dejan en el galpón... Bajo techo, que no les caiga el rocío. *(Desde la puerta en voz alta)*. ¡Cuidado con las bolsas de harina! Hay que ponerlas sobre las maderas que coloqué esta mañana! *(Vuelve al interior. Acomoda los cajones contra la pared. Los contempla, satisfecho)*.

ESCENA III

Entra Sara, la enfermera, se detiene en el umbral. Echa una mirada sobre los cajones y luego mira a Frank.

FRANK: ¿Qué te parece? ¿Extraño cargamento, verdad?

SARA: No caben dudas que es un cargamento molesto! En mi cuarto no podrán colocar más cosas. Está abarrotado...

FRANK: No, en el tuyo no!... Pero voy a llenar el mío hasta el techo! ¡Me servirán de abrigo!

SARA: Hay especies cerca de las cuales es nocivo dormir...

FRANK: A mí me gusta el olor penetrante del azúcar. ¿A ti no? Por la noche, destila un perfume a almacén que no me desagrada.

SARA: Aquí, no se deben almacenar artículos alimenticios... *(Mira los cajones)*. Me imagino que...

FRANK: ¡No te asustes, Sara! Son cosas inofensivas. Semillas, jabones, artículos de tocador, ropa... una que otra sorpresa.

SARA: *(Sombría)* El invierno, nos traerá sorpresas... sí, seguramente, alguna sorpresa.

FRANK: Yo prefiero el clima invernal... El calor me alteraba la vida. Ahora, he resucitado.

SARA: *(Grave)* Ya nos alterará la vida... el frío... Tiempo al tiempo... *(Frank conecta los cables de las baterías. Acomoda la radio).*

FRANK: Por supuesto... Pero, yo no cambio por nada la vida invernal... Me siento más a gusto... Soy otro, trabajo con más bríos!... Me parece que al profesor, algo le preocupa... y no quiere decírmelo... Esta tarde agotamos las explicaciones y... nada en claro! Cree que estoy en el mismo estado que la entrada de las lluvias. ¡Y se equivoca, se equivoca!

SARA: Vivimos equivocándonos, Frank!

FRANK: Aprendemos equivocándonos, debiste responderme. Yo, por mi parte, de cada error saco partido. Y pienso a menudo en una observación juvenil que hice en mis viajes por Europa... cada vez que tenía una "panne", gracias al desperfecto en mi coche, podía contemplar un paisaje con detenimiento... Ahora, a cada error... le saco punta... *(Arregla los cables, estira alambres).*

SARA: Ciertas equivocaciones pueden ser fatales...
(Frank levanta la vista y la observa).

FRANK: Reflexión femenina, muy femenina! Y derrotista, Sara... Ustedes, las mujeres, en el papel pasivo de la maternidad, exaltan las fatalidades. Nosotros, los hombres, en el papel activo, frecuentemente... no podemos detenermos... ¡Adelante!

SARA: *(Grave)* A veces, quienes no se detienen a tiempo, arrastran a los otros...

FRANK: ¿A quienes? ¿A ti y al profesor? ¡No, Sara, no! No te aflijas. Todo esto, está al margen de la misión científica... ¿entendido?

SARA: ¿Crees que se pueden separar nuestras dos condiciones?

FRANK: ¡Deben separarse! Es la única manera de comprender los problemas humanos. ¡La única!

SARA: ¡Cómo te gusta hablar en forma desconcertante... También, a veces, procedes de la misma manera!

FRANK: *(Deteniéndose a mirarla)* El profesor, ¿te mandó decirme esas cosas?

SARA: *(Molesta)* ¿Qué? ¿Crees que estoy de su parte?

FRANK: No he querido molestarte. Perdóname. Es que ciertas reservas del profesor, me inducen a suponer que tienes algo que decirme... y... no encuentras la oportunidad.

SARA: Creo que tengo suficiente confianza contigo para decirte directamente lo que pienso.

FRANK: *(Con energía)* Ahorremos palabras y tiempo, Sara. Tanto tú como el profesor, necesitan algunas explicaciones. Debo tranquilizarles: no traigo contrabando de drogas tóxicas. Esta es una iniciativa personal. *(Pausa)*. ¿Nunca se te ocurrió pensar en la sentencia italiana, que dice: "*Mangiare e dopo filosofare?*" En ese punto me encuentro. Comer, luego filosofar. Vamos a nutrir la tribu, a darles de comer! ¿Ves esos bultos? Son semillas, semillas de hortalizas, legumbres nunca vistas aquí! Injertaremos plantas y seres!... Vamos a intervenir en el reino vegetal! *(Burlón)*. Y no me meto con el reino mineral, porque es con el oro de mi patrimonio paterno que voy a tentar la empresa.

SARA: *(Luego de una pausa)* No me atrevo a desilusionarte... pero... puedes fracasar... Es peligroso...

FRANK: ¿Peligroso? No entiendo...

SARA: No quiero decir arriesgado, no... Peligroso para ti, en primer término. Más tarde... para nosotros, y... seguramente para la Misión... No se pueden tomar iniciativas individuales, sin algunos riesgos.

FRANK: Te traes la lección aprendida de memoria, Sara!...

SARA: Los actos personales, deben estar relacionados con el trabajo científico...

FRANK: ¡Sigo a las órdenes del profesor! Trabajo en el laboratorio, con igual empeño. Estoy al día con las experiencias y cumplo con los planes, al pie de la letra... ¿Qué más quieren de mí?

SARA: Tus relaciones con los indígenas toman otro camino...

FRANK: ¡En absoluto! Creamos el pánico con aquellas muertes, por resolución común. Ahora, todo ha cambiado... los acontecimientos nos obligan a ciertos cambios...

SARA: *(Enérgica)* Ciertos cambios... ¿eh? No entiendo algunos de ellos.

FRANK: ¿Cuáles, por ejemplo?

SARA: Sé lo que haces con la indiecita.

FRANK: ¿Con Isabel? Y, ¿qué hay con eso?

SARA: No seas cínico Frank!

FRANK: Puedo ser, todo lo cínico que me convenga, pero no lo soy en este momento.

SARA: *(Acercándosele, como para no ser oída)* Desde el día que la besaste... ¿Por qué la besaste? ¡Por el miedo! ¿Crees que te vas a salvar, que ella te va a salvar de la venganza... eh?

FRANK: *(Desconcertado)* Sí, la besé... Pero no he pensado en ningún momento que lo hacía para salvarme.

SARA: *(En voz alta)* ¡Cobarde!... ¡No puede gustarte esa muchacha!... La besaste para salvar el pellejo ¡Arrastrado por el miedo!

FRANK: *(Irguiéndose)* Quieres callarte, estúpida! Acaso teníamos algo más que un entendimiento para poder soportar esta vida! ¿Qué te has creído?

SARA: El miedo te hizo conquistar a la muchacha. Pero de nada te servirá!... Seguirás temblando como un cordero!

(Frank levanta la mano amenazante. Ella se aleja.)

SARA: La única hembra que te responde, es la cobardía... ¡Cobarde!

(Sale en el instante que entra el Profesor. Se cruza con él).

ESCENA IV

El Profesor abatido, sin darse cuenta de la discusión. Frank mira hacia la puerta.

PROFESOR: *(Luego de observar a Frank)* ¿He llegado en mal momento?

FRANK: ¿Oyó usted? *(Signo negativo del Profesor)* Está desconforme y tendrá que irse. Tal vez he sido un poco violento.

PROFESOR: Francamente, Frank, nos preocupan algunas actitudes suyas. No olvide que usted ha sido el eje de las experiencias... En cierto modo polariza el trabajo.

FRANK: Así lo he entendido desde el principio. No crea que lo olvido.

PROFESOR: De usted, depende casi la mitad del éxito... La experiencia nos cuesta mucho sinsabor, muchos actos fatales, sacrificios, audacias de todo orden... *(Pausa. Se sienta)*.

FRANK: ... Y muertes! Sí, dígalo, profesor, muertes!

PROFESOR: Es dura la palabra! Sí, algunas muertes, sobre todo cuando iniciamos esta aventura.

FRANK: Las grandes palabras no me impresionan. Como al que intenta un record y lo alcanza... Hemos cumplido buena parte del trabajo. Solamente me interesa sacarle provecho a la experiencia.

PROFESOR: Me alegro de su adaptación al medio. No lo esperaba.

FRANK: También para mí, ha sido una sorpresa. Lo confieso.

PROFESOR: No ha pensado usted en la traición... perdone la palabreja, no tengo otra a mano, en la que puede precipitarse?

FRANK: ¿En qué misterio andamos, profesor? ¿En qué capítulo del folletín?

PROFESOR: ¡Frank, Frank!... ¡No es juego limpio!

FRANK: Vea, profesor, la vida puede leerse en muchas formas. Hay quienes la leen como un folletín por entregas... estilo 1900... Sara ha resultado de esa clase de lectores.

PROFESOR: *(Lo interrumpe)* Sara y yo no queremos verle a usted como protagonista de un vulgar melodrama, Frank! *(Pausa. Frank mira al Profesor largamente).*

FRANK: Un día, en pleno verano, intenté una charla familiar con usted. Quise saber si algún fracaso íntimo lo había impulsado a esta cruzada...

PROFESOR: La ciencia y sus investigaciones, reúnen a una extraña familia, sin denominación...

FRANK: Le pregunté por su pasado...

PROFESOR: Yo no necesito saber sus razones, Frank. Los que dirigen la misión, lo incluyeron, primero, por sus convicciones; por su salud, después, y por su vocación. Con eso me basta...

FRANK: Debió usted saber más datos. Se los voy a decir.

PROFESOR: No se violente usted, Frank.

FRANK: En mi familia dominaba este concepto: nos creíamos de la clase postergada, esa clase social que se siente con fuerzas para ser clase dirigente... pero que no se la deja jugar su papel.

PROFESOR: ¿Tiene usted, origen popular...?

FRANK: No.

PROFESOR: ¡Ah, ah! No se siente surgido de la clase trabajadora, entonces?

FRANK: No. Pero también nos resistimos a ser parte de la burocracia *(Violento).* ¡Nos resistimos a esa tentación!

PROFESOR: ¡Digna cualidad!...

FRANK: No aceptamos, por lo tanto, que una clase corrompida, la burguesía, llevase las riendas de la cosa pública.

PROFESOR: Mucha podredumbre en la banca y sus derivados ¿eh? Lo sé perfectamente...

FRANK: En medio de una y otra clase, no clase media, ¿eh? En medio de unos y de otros, los míos, esperaban que se les reconociese sus condiciones. Esperaban entrar en acción.

PROFESOR: ¿A los intelectuales se refiere?

FRANK: ¡Nada! Los intelectuales, viven codo con codo con los capitalistas. Sin sus halagos, se sienten deprimidos. No me incluya en la casta de los lamentables privilegios! Por favor, profesor!

PROFESOR: Intento ayudarle. Veamos: ¿A qué clase cree usted pertenecer?

FRANK: ¡A ninguna! ¿Y si intentáramos una nueva clase, ante el fracaso de las clasificaciones existentes?...

PROFESOR: Esa arrogancia, les ha costado cara! ¿No sabe usted nada de los resentidos?

FRANK: ¿Los resentidos? *(Pausa)* ¿Yo procedo como un resentido?

PROFESOR: Esta soledad es como esos reactivos que utilizamos en química... hace precipitar... lo invisible...

FRANK: *(Luego de una pausa)* La soledad, es una cita... Hay quienes no saben acudir a tiempo.

PROFESOR: Me gustaría firmar esa frase... Si escribiese un Diario, no titubearía en subrayarla...

FRANK: Tranquilícese, profesor... mi existencia, desbordó las páginas de un Diario. Los imbéciles son los que están mejor dotados para redactarlos... Ahí está mi cuaderno en un cajón... Cuando escribía, tenía miedo... Ahora que no escribo, tengo valor.

PROFESOR: Hay hechos indescriptibles, lo sé... Yo nunca he comprendido ese afán de dejar escrito aquello que se vive... Lo que se sueña, quizás...

FRANK: ¿Cómo quiere usted que describa mi resolución de quedarme aquí? Una pasión, no se vuelca al papel.

PROFESOR: ¡Se vive! *(Incorporándose en la silla)* Pero usted, no podrá vivir lo que le espera!

FRANK: ¿Por qué?

PROFESOR: Porque lo que le espera Frank, es superior a sus fuerzas!

FRANK: ¡Sé lo que me espera, profesor! Ahora comprendo que por el camino de mis debilidades, puedo llegar a una verdadera fortaleza!

PROFESOR: Frank... usted olvida ciertas responsabilidades... Usted ha cometido faltas previstas por mí, pero que me han sorprendido.

FRANK: Ya sé... me clasificó como un bárbaro sin escape... Existen barbaries sin salida. ¡Hitler, fué el arquetipo del bárbaro sin salida!

PROFESOR: ¡Cuidado, Frank!

FRANK: Mi clase... la clase resentida... ¡se equivocó! Hay que enfrentar el escarnio y la soledad, para poder comprenderlo! Es éso lo que me pasa.

PROFESOR: Ha vuelto a caer en otra fantasmagoría... Una realidad, está a punto de herirle profundamente.

FRANK: No hable usted en clave, profesor!... La burguesía descompuesta inventó la novela "con llave", y usted relee esas pamplinas!

PROFESOR: Escúcheme con calma y responda: ¿Cuánto tiempo hace que no ve a la hija del cacique?

FRANK: *(Gesto de sorpresa)* ¡Tres meses hacen que no puedo verla!

PROFESOR: Desde la segunda luna, entonces...

FRANK: Exactamente.

PROFESOR: Frank... Sara ha conversado con varios indios. Se van a alzar en armas! *(Poniéndose de pié)* El cacique se ha enterado que Isabel, sin conocer hombre alguno, está encinta.

Frank: ¡Bufe el eunuco!

Profesor: ¿Sabe lo que está usted diciendo?

Frank: Sí... Sí, Isabel va a tener un hijo mío! ¡Es mi amante, será mi mujer! ¿Hablo claro?

Profesor: Frank, ¿sabe usted las complicaciones que nos va traer el hecho? Mañana llegará el padre José. Se lo hemos ocultado para no preocuparle...

Frank: Profesor... un hombre de ciencia de treinta años, no es un hombre de ciencia... es un hombre de treinta años!

Profesor: De acuerdo. Pero quiero explicarle la nerviosidad de Sara... Estamos ante un problema sin solución... ¿Comprende usted, Frank?

Frank: Todos los problemas tienen dos soluciones. Se acierte o no, siempre quedan dos caminos. Y aquí me tiene, decidido a escoger uno. Cualquiera de los dos, es peligroso. Lo malo es andar por éste y por aquél. ¿Ve estos cajones? En ellos, está una de las soluciones: la que he escogido. Las dos eran igualmente peligrosas. Si huyo, no podré vivir sin Isabel. Si me quedo, corro el riesgo de desaparecer. *(Camina hasta el cajón del escritorio y quita de la gaveta un manojo de plumas y flores)* Vé estas flores secas, estos capullos, estas plumas, estas piedras de colores, recogidas por la noche en el arroyo? ¿Las vé...? Pues me las ha dejado Isabel en el alféizar de mi ventana. Noche a noche. Cuando ella viene, yo estoy despierto. Apenas toco su mano fría con la yema de los dedos de mi mano. No hay diálogo de amor comparable! ¡Frescas piedras de colores, recién bañadas por las aguas! Flores que solamente se abren por la noche! Y la pluma de un águila! Aquí están, para luchar contra todos los caciques y contra todos los planes científicos. ¡Aquí están, y son las palabras que no caben en ningún Diario de memorias! *(Con más emoción)* Contra estas flores, estas piedras y estas plumas, profesor, no pueden ni las religiones ni la ciencia!

Prepare usted mi dimisión, profesor, y se la firmaré en el acto! ¡Estoy resuelto!

ESCENA V

Sara entra cubierta con un pesado abrigo. Se detiene en el dintel, cierra la puerta y mira fijamente a Frank. Luego se dirige al profesor.

SARA: Profesor... lamento tener que comunicarle que el cacique ha juntado a la tribu esta madrugada y van a quemar nuestras viviendas! *(Mira con odio a Frank)* Usted, doctor, es el responsable de este fracaso!

PROFESOR: *(Enérgico)* No se le ha pedido su opinión, Sara!... Necesito saber si es veraz la noticia.

SARA: El indio intérprete acaba de enterarnos a Víctor y a mí. Los ha visto preparar las flechas envenenadas. Nos aconseja que debemos retirarnos.

FRANK: *(Con calma)* La vuelta de los camiones estaba resuelta para esta noche. Pueden aprovechar el regreso. Avíseles que llevarán el equipaje. Están armados. Usted, Víctor y el profesor, volverán al pueblo más cercano. Cargo con la responsabilidad de enfrentar a la tribu. La religión les impide guerrear por la noche. Pueden alejarse con entera tranquilidad.

SARA: *(Agresiva)* ¿Es una orden, profesor?

PROFESOR: Sí, Sara, es una orden. Prepare inmediatamente la partida.

SARA: ¿Vendrá usted con nosotros, profesor?

PROFESOR: Sí, andando, andando. Prepare la salida *(Pausa)*. Mi equipaje también.

SARA: ¿Está resuelto?

PROFESOR: Es una orden, Sara ¡A cumplirla! ¡Vamos! *(Sara mira con desprecio a Frank y hace mutis).*

ESCENA VI

Larga Pausa. Frank Inmóvil sentado frente al escritorio. Toma el diario y empieza a romper las hojas una por una.

PROFESOR: ¿No cree que hemos fracasado, Frank?

FRANK: ¿Científicamente?

PROFESOR: Científicamente, por supuesto.

FRANK: Creo que no. Pero el tiempo lo dirá.

PROFESOR: Este es el epílogo de una escena de celos.

FRANK: ¿De celos?

PROFESOR: Sí, de celos. *(Ríe)* Sara está celosa.

FRANK: Si algo admiro en usted, profesor, es su sentido del humor!

PROFESOR: A la vejez, el humor huele a escepticismo. Bernard Shaw con su genio, consigue disimularlo, pero a ustedes los jóvenes, no se les engaña.

FRANK: Debo pedirle disculpas, profesor... ¿Las acepta?

PROFESOR: Usted me rejuvenece, Frank! El que debe darle las gracias soy yo!

ESCENA VII

Sara entra, presa de pánico, seguida de Domingo.

SARA: Víctor y los camioneros opinan que debemos salir en seguida... Domingo asegura que preparan el asalto, para el amanecer. Creo que debemos alejarnos sin pérdida de tiempo.

FRANK: Así es... deben partir inmediatamente, aprovechar la noche para ponerse a salvo.

DOMINGO: Van a quemar todo lo que encuentren por delante...

PROFESOR: *(Sacando de las estanterías unos biblioratos)* Sara, lleve esta documentación... *(Se los alcanza)* Salvemos estos documentos. *(Sara toma los biblioratos).*

FRANK: Llévense todo lo que puedan del laboratorio.

PROFESOR: Y, usted... ¿no parte con nosotros?

FRANK: ¡De ninguna manera, profesor! ¡Ahora sí, sé lo que debo hacer! *(Sara y el Profesor se miran, desconcertados).*

SARA: Voy a recoger las cosas del laboratorio... *(Sara entrega a Domingo los biblioratos).*

PROFESOR: Y pueden partir, no bien haya usted cargado las cosas del laboratorio.

SARA: ¿Llevamos sus valijas?

PROFESOR: No. *(Pausa)* Le dirá a nuestros amigos, que si no reciben noticias pasado mañana, traten de organizar una expedición...

SARA: *(Con miedo)* ¿Está resuelto, profesor?

PROFESOR: Sí, Sara, anden rápido. *(Mira a Frank)*

SARA: *(Emocionada)* Hasta la vista, profesor... *(Luego, mira a Frank. Hace mutis cerrando la puerta con violencia)*

FRANK: ¡Gracias, profesor!

ESCENA VIII

Frank se dirige al aparato de radio y conecta los cables. El profesor se sienta a fumar. Unos instantes después, se empieza a oír las notas de una canción popular, luego Frank elige música clásica. Por fin, una partitura de Bach.

FRANK: Supongo que todos estos experimentos tienen sus altibajos... ¿verdad, profesor?

PROFESOR: Conocí en la guerra, empresas mucho más arriesgadas. El peligro, me fascina, Frank!

FRANK: Ha sido muy generosa su decisión, profesor. Pero, no quisiera ser...

PROFESOR: *(Lo interrumpe)* Una vez... le dejé solo Frank, frente a sus cuartillas...

FRANK: Cuando luchaba conmigo mismo. Aquel horrible calor me licuaba los sesos!

PROFESOR: *(Se oye música leve)* ¿Esa es música de Bach?

FRANK: Sí, Bach... Bach es interminable... recuerda el mar y el fuego... Parece que recién comienza... parece que va a terminar... Es el único músico que no me cansa... Una vez más, viene en mi ayuda...

PROFESOR: ¿Tiene usted armas, Frank?

FRANK: Sí, sí... tengo armas... Unas muy visibles... invisibles las otras... Siempre hay dos caminos, profesor... ¡La eterna disyuntiva! *(El profesor camina hasta el escritorio y saca el revólver. Se oyen las explosiones del motor de los camiones).*

PROFESOR: Habrá que esperar el amanecer... Ahora, ya estamos solos...

FRANK: Nunca disparan sus flechas en la oscuridad. La noche es sagrada, para ellos, como la muerte... No los molestarán, estoy seguro.

PROFESOR: Cuando termine Bach, trataré de dormir un poco...

FRANK: ¿Sería capaz?

PROFESOR: ¿Por qué no? ¿Qué horas tiene?

FRANK: *(Consulta su reloj)* Media noche...

PROFESOR: ¿Se detendrán ante la música? *(Una pausa. Sonrisa de Frank).* No se me había ocurrido.

FRANK: Es una de las armas que podemos disparar...

PROFESOR: *(Tirándose en la reposera)* ¿La otra? ¿Cual es la otra, Frank?

FRANK: ¿Las otras?

PROFESOR: Bueno, si usted lo dice, las otras... *(Silencio. Frank consulta otra vez su reloj pulsera).*

FRANK: Las invisibles... Voy a bajar la luz de la lámpara... le será más fácil dormitar... *(Reduce la lumbre. La escena queda sumida en la penumbra).*

PROFESOR: No tanto, no tanto. Así está bien. *(Pausa).*

FRANK: Dos guerras... Pensar en ellas debe dar sueño...

PROFESOR: Los bombardeos, nos producían un efecto letal... *(Bosteza).* ¡Qué mas da! ¡Ya pasó!

FRANK: Duerma, profesor... Voy a montar guardia... *(Sigue la música. Frank cierra los postigos de la ventana. Consulta su reloj pulsera. Corta la radio. Silencio absoluto. Transcurren algunos instantes. Se oye, de pronto, ruido de maderas que crujen. Frank mira al profesor. Este levanta la cabeza y mira a Frank, interrogante).*

PROFESOR: ¿Qué pasa? Alguien anda por ahí afuera... ¿Oye las pisadas en la galería? Las maderas crujen... *(Se yergue sorprendido).*

FRANK: Sí oigo las pisadas. No se inquiete, profesor... *(Camina hacia la ventana. Largo compás de espera).*

PROFESOR: ¿A qué horas acostumbra a venir Isabel? *(Se recuesta tranquilamente en su reposera).*

FRANK: Más allá de la media noche. Cuando empieza a brillar el lucero entre las copas de los árboles...

PROFESOR: ¡Ah, ah!... Ha dicho usted... otras armas. Usted ha aprendido mucho, Frank. También se guía por el lucero...

FRANK: Sí, profesor... ¡otras armas! El arma de muchos filos! Isabel me quiere y estoy terriblemente enamorado de ella! ¿Comprende ahora?

PROFESOR: *(Displicente)* Lo comprendí, desde el primer momento. Por eso he resuelto quedarme... Desde el primer momento, Frank! *(Bosteza).*

FRANK: *(Como iluminado)* Además, gracias a ella, he comprendido que esta familia salvaje, necesita víveres, antes que nada! Semillas para cultivo, frutos! Necesita lo que

nosotros arrojamos al mar: Café del Brasil, bananas, yodo de Chile! Necesitan el excedente que los pícaros manejan para poder dominar, para controlar nuestra puerca economía! Miles *(con vehemencia)* millones de seres, semejantes a estos hermanos de Isabel, necesitan lo que a nosotros nos sobra del otro lado de esa cortina donde Sara va a esconderse! ¿No lo cree usted, profesor?

PROFESOR: Siga hablando, Frank... No me pregunte si apruebo lo que dice... ¡Mi respuesta, va en este confiado sueño que me sube por los piernas!... *(Comiénzase a oír un tan-tan de tambores guerreros. El profesor, hace una pausa)*. Le respondo, con este sueño que es como el de los niños que todo lo comprenden... *(Suena el tan-tan lejano)*.

FRANK: Son los tambores llamando a la guerra... *(Pausa larga)*. Sonarán hasta el amanecer. Después...

PROFESOR: Y, con el alba, Isabel a su lado... Y habrá terminado su pesadilla... Continúe hablando, Frank... siga!

FRANK: *(Se aproxima a la puerta)* Ya oigo los pasos de Isabel como todas las noches. Se acerca tímidamente. Ahora, deja en la ventana un manojo de ramitas y las más lindas piedras de colores que recogió en el arroyo... Tal vez la pluma de un águila... Oigo sus pies desnudos. Los pequeños dedos de sus manos, vienen fríos, helados. Caliente en cambio, la sangre que va por sus venas.

(Durante unos instantes se oye el lejano sonar de los tambores de guerra).

FRANK: Me parece oír su respiración en el rumor de los tambores. Con el alba pueden llegar las primeras flechas envenenadas. *(Pausa)*. Entre la vida y la muerte. ¿Por qué usted no tiene miedo, profesor?

PROFESOR: *(Luego de una pausa)* Porque hice dos guerras, porque conocí la cárcel, porque el miedo no golpea en casa de los viejos.

(El sonar de los tambores se hace más notable).

FRANK: Querer vivir. . ¿es temor a la muerte?

PROFESOR: Hemos jugado con la muerte, Frank. El hombre de hoy día, juega con ella porque la muerte, ha perdido todo su misterio... Yo deseo dormir, dormir apenas, con un pensamiento que me persigue desde hace tiempo.

FRANK: ¿Qué pensamiento, profesor?

(Se entreabre la puerta, suavemente, a tiempo que se alejan los tambores de guerra).

PROFESOR: Un pensamiento sin sentido... La idea de la guerra... *(Pausa).* Con el pensamiento de la muerte preñada!

FRANK: ¿La muerte preñada?... *(Pausa).* ¿La guerra? ¿Eso es la guerra? ¿La muerte preñada?

PROFESOR: Sí, la guerra, muchacho. Y, ahora, una pausa en la selva.

ESCENA IX

La puerta se abre totalmente. Entra en escena el resplandor del alba. En el suelo se verá la sombra de una mujer que avanza. Luego aparece Isabel, se detiene en el dintel, hierática. Permanece unos segundos con los brazos caídos junto al cuerpo. Frank se le aproxima, lentamente. Isabel levanta las manos hasta la nuca. Frank la toma por la cintura. El sonar de los tambores se va extinguiendo hasta hacerse un silencio total. Frank mira al Profesor. El Profesor está dormido.

ISABEL: Pechocolorado...

Frank besa apasionadamente a Isabel.

TELON RAPIDO

YO VOY MAS LEJOS

Comedia dramática

PERSONAJES

TEODORO	33 años, el estanciero, hombre tosco, de modales bruscos, voz cascada.
VIEJO	40 años, peón, encanecido, encorvado.
JULIO	40 años, hermano de Teodoro, frío, ciudadano del pueblo.
SILVIA	26 años, mujer de Teodoro, altiva, resuelta, dominante.
ROSAURA	26 años, campesina.
TEO	28 años (el mismo actor que cubre el papel de Teodoro).
ELENA	23 años, alegre, decidida.
EDUARDO	59 años, sombrío, malhumorado.
ESCRIBANO	
DOCTOR	
CAMPESINO UNO	
CAMPESINO DOS	
PEON I	
PEON II	

Un coro de voces fuera de escena.
La acción transcurre en el año 1919.

La versión francesa de "Yo voy más lejos", obra del hispanista y autor teatral Jean Camp, lleva el título de "Au baut du monde"

ACTO PRIMERO

La acción transcurre por la noche en la espaciosa galería de una vieja estancia. La casa estará colocada en posición oblicua a las candilejas. Verano de 1919. Parte del foro, la lejanía, campo abierto, cielo estrellado. A la derecha del espectador la esquina de la casa, pintada de tonos verdes y amarillos, desvanecidos. La vereda de la galería se hallará a unos cincuenta centímetros del suelo. Una pequeña escalinata de piedra situada en el eje de la casa conduce al jardín, por cuyo sendero de vegetación subtropical, se sale al camino. En la galería sillones y sillas de hierro con almohadones de colores. A la derecha del espectador, breve trazado de un sendero que conduce a la casa de los peones.

ESCENA I

Al levantarse el telón, Julio, que viste indumentaria ciudadana, se hallará sentado leyendo un periódico, bajo un pico de luz. De tanto en tanto, da manotazos para espantarse los mosquitos. Teodoro, el estanciero, vestido a la usanza campera entra en escena por el sendero del jardín, seguido de tres peones mal trajeados.

TEODORO: Vamos a ensillarlo todos los días. Sin darle descanso. ¡Ya verán cómo le quitamos las mañas a ese cabortero!

VIEJO: *(Un hombre de pelo cano, mayor que Teodoro, sotacapataz de la estancia)* ¡Me parece cosa difícil, patrón!... No es el primer aporreau que sale de esa bagualada marca cruz.

TEODORO: Aquí no hay aporreau que valga. De cualquier manera hay que amansarlo. ¿Desde cuándo vamos a darnos por vencidos en "El Palenque"? ¡No hay duro que no ablande, viejo!

VIEJO: Entonces, no habrá que aflojarle.

PEÓN I: Yo lo monto, patrón, si me dan la bolada.

TEODORO: ¡Así me gusta! *(palmea al peón)*. Hablás como buen criollo.

VIEJO: Es guapo ese mozo.

TEODORO: Mañana lo apalanqueamos de madrugada. Avisen si vamos a darle el gusto a un redomón marca cruz. *(Teodoro avanza hacia la galería)*. Aquí mandamos nosotros. *(Dirigiéndose al viejo, autoritario)*. Y vos, no descuidés el baño del ganado. Vamos a preparar las cosas pa la hora que se anunció el gringo. Ya sabés que se las dá de puntual... ¡Lo vamos a reventar, reló en mano!

VIEJO: *(Adulón)* Me gusta, patrón...

TEODORO: *(A Julio)* Estos gringos creen que el reloj funciona solamente pa ellos.

(Julio baja el diario y mira por arriba a Teodoro)

VIEJO: Y, ¿nada más, patrón?

TEODORO: Vamos a parar rodeo en La Mulata, pa hacer un buen recuento de esa invernada.

PEÓN II: Hoy se carneó cinco abichaus.

TEODORO: Tenemos que mover ese ganado. La mosca lo está castigando.

VIEJO: Así es.

TEODORO: Y, aura, vamos a matear, muchachos!

(Los peones atraviesan la escena, cuchicheando. Salen por la derecha y doblan la esquina. Julio ha avanzado unos pasos como siguiendo a los peones, los mira alejarse y sonríe. Pausa).

TEODORO: *(A Julio, con mucha vehemencia)* Me gustaría que vieses ese potro salvaje. ¡Un ejemplar indómito! ¡Pero lo vamos a domar y será mi caballo favorito!

JULIO: Señor feudal *(pausa)*. De toda tu actividad, lo que más me ha llamado la atención son esos plurales que em-

pleas al dar las órdenes. ¿Lo hacés premeditadamente, Teodoro?

TEODORO: *(Se detiene y lo mira, mientras enciende su pipa, serenamente)* No te entiendo... ¿qué quieres decir?

JULIO: Durante estas horas de verdadero holgazán, tengo derecho a hacer observaciones... perdóname... de holgazán!

TEODORO: *(Desconcertado)* Sigo sin entenderte, Julio.

JULIO: Me refiero a tu modo de hablar, al estilo, digamos, que a veces empleas. Nunca te oigo dar una orden seca, sin argumentarla y sin agregarle un plural.

TEODORO: ¿No te parece bien? ¿Te disgusta?

JULIO: Todo lo contrario! Caramba, no te enojes. Te declaro que me gusta oírte hablar así. Creí que las órdenes se daban secamente: "hagan esto, hagan aquello..." Siempre recalcas: *Vamos* a hacer esto, *vamos* a hacer esto otro... Es una forma simpática de mandar ...

TEODORO: ¿Eh? *(burlón)* No había reparado en ello.

JULIO: Es lo que deseaba saber. *(Pausa)* Esos peones deben responderte... perrunamente.

TEODORO: ¿Quieres decir, como perros?

JULIO: Vuelves a entenderme mal... estás nervioso, hermano... *Fielmente,* esa es la palabra.

TEODORO: Los hago solidarios de todo. La estancia marcha mucho mejor así.

JULIO: ¿Has probado de otra manera?

TEODORO: ¡Vamos, Julio, vamos! Deja a un lado las observaciones. En realidad, no sé como los trato.

JULIO: Has dicho que así las cosas andan mejor... por lo tanto...

TEODORO: *(Desdeñoso)* La ciudad a ustedes les retuerce los sesos. En mil años no se me ocurriría ni una sola de esas ideas. Aquí, no se piensa tanto! Aquí se corta la vida a

grandes tajos; ¿entiendes? Como al carnear las reses... ¡Y asunto terminado!

JULIO: Ves, esa es una forma de expresarse que sorprendería a cualquier mortal. Si tu hijo pudiese aun oírte, te sacaría provecho!

TEODORO: A propósito. ¿Silvia duerme?

JULIO: El que duerme es tu hijo. No se le ha oído en toda la tarde. Mama como un condenado. Agarró la teta, como dicen ustedes por aquí...

TEODORO: Se te van a pegar algunas formas de hablar... bien auténticas. *(Pausa marcada, en la que Teodoro mirará a Julio como si desconfiase de su hermano)* Sí. *(Contento)* Parece que no voy a tener complicaciones con el crío. Sería muy molesto verme obligado a llevarlo al pueblo. *(Dubitativo)*. Pero quizás sea mejor... tal vez... *(Preocupado)* Depende... depende... ya veremos... *(Pausa larga)*.

JULIO: ¡Qué cara va a poner el médico que le pronosticó a Silvia que nunca le nacería un niño vivo! *(Julio mira fijamente a su hermano)*.

TEODORO: *(Da muestras de nerviosidad. Pero al instante se recompone, secándose el sudor. Entra una negrita ofreciéndole un mate)* ¡Pues así es! Los médicos se han equivocado de lo lindo! *(Desdeñoso)* ¡Que Silvia no podía tener hijos precisamente conmigo! *(Ríe)* ¡Y ahora viene la realidad! ¡Estos campos ya tienen heredero! ¡Y todos se han chasqueado! En estas tierras, hasta las leyes de la ciencia pueden ser alteradas. Es cuestión de cortar a grandes tajos. Cuando quisieron hundir a Silvia, juré que no se iban a dar el gusto. Y, ahí tienes, bajo el techo de *El Palenque* a un Azara más redondo que el mejor de mis terneros! No bien se prendió a la teta, duerme como un bendito.

JULIO: Me dijo Silvia que tuvo que luchar, que al principio... fué difícil...

TEODORO: ¡Otra que luchar! ¡Imagínate esperarlo cargado de presagios y apechugar el parto sin recurrir a los médicos del pueblo...! ¡No es moco de pavo! ¡Silvia Pitzigoi se portó como una verdadera tcheca! ¡Dos días, casi inconsciente. *(Cambio)* Pero revivió para salvar a su cría.

JULIO: Es una mujer excepcional, qué dudas caben...

TEODORO: Buena sangre, amigo mío. *(Con gran aplomo)* Es lo que necesitaban estas tierras. ¿Por qué, me pregunto, para qué trabajarlas, si no había posibilidad de que alguien siguiese empujando hacia adelante? ¿Eh? Sus campos y los míos, parían reses, novillos y vacas, vacas y novillos. Y nosotros ¡nada! En cambio, ahora... Empiezan a marchar las cosas, como yo quiero!

JULIO: Comprenderás que he dedicado un poco de mi holgazanería para estudiar tu caso... Vine sin que me llamases y te encuentro en plena cosecha.

TEODORO: Así es... Tú, como padre de tantos hijos... ¿cuántos muchachos tienes?

JULIO: ¡Cinco!

TEODORO: ...Comprenderás lo que es ser padre por enérgica voluntad y ver a Silvia con una sonrisa que me era enteramente desconocida. ¡Es otra mujer! Te habrás dado cuenta... ¡Está imponente!

JULIO: Pero te jugaste una carta peligrosa. En eso, eres digno de respeto. Tienes un coraje que no sé de dónde lo has sacado. Yo, en tu lugar...

TEODORO: Claro, para un pueblero, para ti, por ejemplo, es algo audaz, inaudito! He expuesto a Silvia, le hice correr un riesgo. Pero, mirá, hasta por ahí nomás. Ella había calculado mal el tiempo y el trance se presentó de pronto, en una noche de tormenta. Cayó un rayo y dió a luz. Las cosas del campo se manejan con leyes que el hombre desconoce. *(Cambia de tono intencional)* ¿En el pueblo llovió mucho?

JULIO: ¡Un diluvio!... Pensé que si le pasaba algo a Silvia, podía ser fatal. El doctor Miranda era muy pesimista.

TEODORO: ¿Y yo? No te digo nada. Hemos perdido cuatro criaturas reducidas a otras tantas piltrafas. No es para menos! *(Pausa)* Pero te pido que hablemos de otra cosa, Julio: lo pasado, pisado. ¿No quieres un mate? *(A la negrita, que ha vuelto)* Vamos a tentar a don Julio... Te invitamos con un amargo...

JULIO: *(Irónico)* Me parece que fuerzas el plural, Teodoro.

TEODORO: ¡Por qué te lo voy a negar! Ahora lo hago para no dejar en el aire tu observación, *(mordaz)* tu agudeza...

JULIO: *(Tomando mate)* Me está pareciendo que gastas más agudeza que yo...

TEODORO: Así será... *(A la negrita)* Decíle a la patrona que venga a hacerle compañía a don Julio. Yo me voy a lavar un poco. *(Sale la negrita).*

JULIO: Me hace gracia notar... —perdóname esta última observación— cómo empleas términos camperos, cuando te diriges a tus peones.

TEODORO: ¡Ah, eso sí que me sale de puro criollo! A cada uno, le hablo en su lenguaje. Y te diré que no me cuesta absolutamente nada. Me les acerco y ya me siento en el mismo clima. Imaginarás que por eso no voy a perder mis buenos modales!

JULIO: Acabo de decirte que sos digno de admiración. ¿Te molesta que te reconozcan cualidades?

TEODORO: Mira, no me hagas pensar mucho en mi persona. La única preocupación actual, es mi hijo. Piso más fuerte esta tierra. *(Actitud de alejarse).* Y, discúlpame, porque me voy a refrescar. *(Julio lo contempla y mueve la cabeza de un lado a otro).*

ESCENA II

Silvia vestida de blanco, parsimoniosa, erguida y matronil, avanza por la galería. Viene peinándose voluptuosamente. Al cruzarse con su marido se le aproxima.

Teodoro: (Apartándose de su camino) ¡Usted no me toca! Estoy transpirado y sucio... *(Lleva la mano a los cabellos sueltos de Silvia, se los besa y sale rápidamente).*

Silvia: *(Luego de una pausa, una leve sonrisa y un suspiro)* Mi hijo duerme. Tanto que he esperado ser madre, tanto lo he pensado... y ahora no atino a saber si las madres velan cuando los pequeños duermen o duermen a la par de ellos para vivir con el mismo ritmo. *(Silencio de Julio).* Te confieso que estoy un poco trastornada... *(Sentándose)* ¿A todas las mujeres les pasará lo mismo? Me cuesta meterme en la cabeza esa idea. ¿Será porque ya había perdido toda esperanza?

Julio: Me imagino que a todas las madres les sucederá lo mismo.

Silvia: Es que para mí ha sido tan emocionante conformar a Teodoro! Ha sido, querido Julio, algo... no sé... algo mágico... Todavía me resisto a creerlo.

Julio: Teodoro está dichoso. He querido distraerlo —él luego te contará— transmitiéndole mis impresiones sobre su persona. Resueltamente, Teodoro no es un ser como los demás!

Silvia: ¿Recién te das cuenta? Hay momentos que mi admiración por su persona me hace estremecer... Me gusta que me quiera como a la tierra que pisa. Está enamorado de sus campos, de sus animales, y de mí. No sé explicarme. Es muy particular. *(Continúa arreglándose el pelo).*

Julio: Ahora, todo ese amor parece volcarlo en el hijo.

Silvia: No se sabrá nunca lo que significaba para él, sentirse frustrado como padre. Maldigo esos médicos que no saben mentir.

Julio: El exigía... insistió... Pero ya ves que la ciencia puede equivocarse.

Silvia: Teodoro, cree en el milagro. A ustedes se les educó en ese error. Quizás no esté mal ilusionar a los niños. Pero ¡qué tonta resulta la vida basada en el milagro! Mi religión es menos engañadora.

JULIO: Tu entereza es lo que fascina a Teodoro.

SILVIA: *(Eludiendo el tema)* ¿Te vas esta noche?

JULIO: A las ocho pasa el tren. Avisé que regresaría hoy. No puedo faltar.

SILVIA: No sé si él te lo ha dicho... pero Teodoro está muy contento de que hayas sido tú el primer testigo de su felicidad. Cuando te vi entrar en mi cuarto, te aseguro que no sabía lo que pasaba a mi alrededor. Había estado privada de conocimiento por muchas horas. Me costó convencerme de que eras tú. Soñé, un instante nada más, hallarme en el pueblo. Después, escuché el balar de los terneros separados de sus madres y por ellos me enteré que estaba en la estancia... Luego, oí que mi hijo lloraba a mi lado. ¡Tan extraño todo!

(Se oyen lejanos ladridos).

JULIO: ¡La cara que va a poner el doctor Miranda! ¡Lo estoy viendo!

SILVIA: Por favor... No vayas expresamente a decírselo. Si te lo pregunta, por supuesto que no vas a ocultar mi dicha. Pero... no le provoques, que se entere más adelante.

(Ladridos).

TEODORO: *(Voz lejana)* Julio... ¡Ven a verlo que ha despertado! ¡Aprovecha para despedirte!

JULIO: *(Mira hacia el piso alto)* Ya voy, ya voy, padre novelero! *(Sale).*

ESCENA III

Silvia y el Viejo

VIEJO: ¿Oyó usted ladrar los perros, patrona?

SILVIA: No, los perros no han ladrado.

VIEJO: Creo que sí. Y para el lado de la tranquera. Gente que anda de a pie, patrona.

SILVIA: Y, ¿qué importa...? ¡Pasan tantos! Algún linyera...

VIEJO: Sí... puede ser... pero a estas horas hay que salirles al paso, darles algo y... que sigan andando.

SILVIA: ¿De cuándo aquí se les niega posada?

VIEJO: Así es, señora... El patrón ha dicho que no dejemos acercar a naide. Sea quien sea... *(Pausa)* Fué cuando la patrona tuvo el niño. Ahora, no sé... si han cambiau las cosas.

SILVIA: Bueno... ya pasó eso. Fué la semana pasada. No me gusta que se niegue la hospitalidad.

VIEJO: Son órdenes. No tenemos que dejar pasar a forasteros. Ya mandé al muchacho a vigilar.

SILVIA: El señor Teodoro les dará una nueva orden. No quiero que se cambien las costumbres y menos por mí.

(Ladran los perros).

VIEJO: Gente de a pie... Vamos a ver qué dice el muchacho.

(Sale por el sendero del jardín)

ESCENA IV

SILVIA: *(Se pasea inquieta, adelantándose luego, aparta unas ramas, otea la lejanía. Voz alta)* ¡No lo levantes, Teodoro, que lo vas a acostumbrar mal!

TEODORO: *(Voz apagada, un tanto lejana)* ¡Va a llorar!

SILVIA: No aflojes... Déjalo tranquilo en la cuna!

(Aparece Julio con un maletín).

JULIO: Es el vivo retrato de Teodoro. ¡Y qué criatura robusta! ¡Mira como una persona mayor! ¡Como dueño de casa!

SILVIA: La verdad que con tan ligero equipaje has venido anunciando cortas vacaciones.

JULIO: Lo que se llama un fin de semana. Pero ¡qué fin de semana! ¡En este fin del mundo! Porque, verdaderamen-

te El Palenque queda donde el diablo perdió el poncho! ¡Catorce horas de viaje para un week end!

SILVIA: Regresas con tu primer sobrino. No todo el mundo sale de paseo y vuelve con un sobrino tan hermoso!

JULIO: Le has puesto nombre de los Azara. Te doy las gracias por dármelo de ahijado.

SILVIA: ¿Cómo? ¿Ya es cosa resuelta? ¿Se llamará Teodoro Julio?

JULIO: Así voy a declararlo e inscribirlo. ¡El muy tonto ha escrito los dos nombres en un papelito para que no me los olvide!

SILVIA: *(Alejándose)* Te dejo, Julio. ¡Hasta pronto! Verás que el hijo me reclama dentro de unos segundos. ¡Instinto de madre! ¡Presiento su grito! ¡Y no quiero que Teodoro lo levante!

(Al abrazar a Julio estalla el lejano llanto del niño)

¿Has visto? ¡Puro instinto!

(Los perros ladran. Silvia da vuelta la cara rápidamente, titubea y entra en la casa).

ESCENA V

TEODORO: *(Apareciendo nervioso)* Tienes tiempo, ¿eh? En veinte minutos llegas a la parada. Ya está el auto en el portón.

JULIO: Hermano... *(Abrazándolo)* Buena suerte... ¡Que sigan bien! ¡Hasta la vista!

TEODORO: No te acompaño porque ya no dejaré sola a Silvia, ni un solo segundo!

JULIO: Lo comprendo. *(Lo abraza).*

TEODORO: Aquí están la vida y la muerte, Julio. Y no saldré más de estas fronteras.

(Ladran los perros)

JULIO: Hasta la vuelta. *(Hace mutis por el foro).*

ESCENA VI

Teodoro y luego el Viejo

TEODORO: *(Golpeando la pipa en la bota)* ¡Viejo! ¡Viejo!

VIEJO: *(Aparece entre las plantas)* ¡Aquí estoy! ¡Mande, patrón!

TEODORO: ¿Quién puede ser?

VIEJO: Mujer no es.

(Se oye arrancar el auto)

TEODORO: Decís eso porque sospechás, canejo. ¡Debe ser ella!

VIEJO: Así es, patrón.

TEODORO: Cuanto se aleje el coche, salile al paso. Que el muchacho no se entere. Mandalo a los galpones.

VIEJO: *(Sale misteriosamente)* Como lo manda.

ESCENA VII

Teodoro se acerca a la ventana de la galería. Dice en voz baja:

TEODORO: ¡Silvia! ¡Silvia!...

(Como nadie responde, cierra con dificultad la ventana. Luego, la puerta de la casa y mira hacia el piso alto. Se detiene como a la expectativa, de pie en el borde de la vereda. Observa atentamente el follaje del jardín que se ha movido una y otra vez. Camina hacia la puerta y hace funcionar la llave de la luz. Una de las lámparas de la galería se apaga. La escena queda sumida en la penumbra).

TEODORO: ¡Rosaura! ¡Volvé a la chacra si no querés que esto termine mal!

(Gira la cabeza, amedrentado y dirige las miradas hacia la puerta de la casa).

ROSAURA: ¡Me vas a soltar! *(Trata de desprenderse).* Me soltás *(alza la voz)* ¡o grito!

TEODORO: *(Aplicando su mano en la boca)* ¡Te quieres callar! ¡Silencio he dicho!

(Rosaura enmudece ante la actitud resuelta de Teodoro).

ROSAURA: *(Voz baja, colérica)* ¡Me engañaste! Ese no fué el trato. Sí, me callaré, pero vas a cumplir lo convenido.

TEODORO: ¡No seas terca! ¡Vas a echarlo todo a perder! *(Persuasivo).* ¡Por favor, volvé, Rosaura!

ROSAURA: *(Envalentonada ante el tono de Teodoro)* ¡Me has engañado, has mentido! ¡Hace una semana te espero y nada!.. ¡Ni una palabra! O regresás con el chico o te denuncio a la policía.

TEODORO: ¡Pero qué estás diciendo! ¡Hago todo esto para evitarte disgustos y venís a embarullar las cosas!

ROSAURA: ¡Vos no tenés palabra, Teodoro! *(Suplicante).* Ya no te creeré nunca más... ¿Cómo podés cambiar en pocos días? Vengo a entenderme con vos. No vengo a peliarte, Teodoro!

TEODORO: Pero este no es el lugar para hablar de esas cosas. ¡Andate, andate!

ROSAURA: ¡No pienso dirme, Teodoro! ¡No puedo dirme, ahora! No vuelvo sola a la chacra... ¡Convencete!.. ¡No vuelvo! *(Pausa larga).* ¡Como no has cumplido, como has hecho algo que yo no sabía que ibas a hacer, de aquí no me muevo!

TEODORO: *(Conteniendo la ira)* ¡Rosaura, volvé a la chacra!

ROSAURA: ¡He hecho cinco leguas a pie para buscar a mi hijo y me lo voy a llevar!.. *(Amenazante).* Me lo voy a llevar, ¡entendés! ¡Es mío!

TEODORO: Si continuás hablando así *(da vuelta la cara)* ¡me vas a conocer!

ROSAURA: *(Lo enfrenta)* ¡No! Es a mí que me vas a tener que conocer. *(Silencio amenazante).*

TEODORO: Has cambiado de idea... ¿quién te aconsejó venir a verme? ¿Eh? *(Colérico).* ¡Contestá! ¿Quién te dijo que vinieras al Palenque?

ROSAURA: ¡Nadie! ¡Mi padre no sabe nada! ¡¡Nadie sabe nada! ¡Solo la partera que me ayudó!

TEODORO: ¡Ella no te habrá aconsejado tan mal!

ROSAURA: ¡Porque vos la compraste! ¡Todo lo comprás!

TEODORO: Si seguís así, te haré callar a la fuerza. ¿Querés plata?

ROSAURA: ¡Siempre lo arreglás con tu maldito dinero!

TEODORO: Pero querés más, ¿eh? A eso has venido.

ROSAURA: No quiero dinero, ¿entendés? ¡No quiero más tu maldita plata!

TEODORO: ¿Te vas a callar, Rosaura? *(Levantando el puño).* ¡O te mato! *(La aprisiona ciñendo el cuerpo con los brazos).*

ROSAURA: *(Temblando)* ¡No tengo más fuerza, Teodoro! ¡Soltáme! ¡No me apretés los pechos que me arden... como brasas! ¡No puedo aguantar más! ¡Me devolvés el hijo robado!

TEODORO: Yo no lo he robado. Es tan mío como tuyo. ¡Comprendés! ¡Quiero salvarte y salvarlo!

ROSAURA: ¡Le tenés miedo! *(Mira hacia la casa).* Pero no te asustés. ¡Ella lo sabe!

TEODORO: ¡No lo sabe! Estaba como muerta. ¡No lo sabe, no lo sabe!

ROSAURA: Yo quiero que ella lo sepa. Les doy el chico, pero quiero que lo sepa. *(Cambiando de tono).* ¡Vos no me dijiste que era para dárselo a ella! Me dijiste que lo esconderías en el pueblo, que yo podía verlo de vez en cuando, que lo hacías para que mi padre no me matase...

TEODORO: ¡Te callás o termino con vos! *(Levanta bestialmente las manos en garra y se las acerca a la garganta).*

ROSAURA: *(Paralizada, la cabeza en alto, la garganta desnuda, los cabellos sueltos sobre la espalda. Va poco a poco perdiendo las fuerzas hasta que cae de rodillas. Con voz casi inaudible)* No me voy sin mi hijo, sin mi hijo... ¡Es

mío, es mío!... ¡Devolvémelo! ¡Llamála, llamála a ella y decile que se lo presto, pero que es mío. Hace una semana que no duermo, Teodoro. Tengo los pechos ardiendo! *(Sube el tono de voz).* Ahora mismo, me lo tenés que dar, me lo tenés que dar! *(Grita).* ¡Porque es mío!

TEODORO: *(Pone su mano abierta sobre la boca y ahoga el grito)* ¡Te callás o termino con tu vida!

ROSAURA: *(Vuelve a hablar en voz baja)* Bueno, no gritaré, no gritaré más. *(Solloza).* Pero me traes el chiquito, Teodoro.

TEODORO: No insistas. ¡Andate!

ROSAURA: ...Yo se lo presto para que jueguen con él. *(Cambio).* ¡Pero esta noche le voy a dar el pecho! *(Levanta la voz).* Va a dormir encima mío, ¡entendés! ¡Para eso lo parí, para poder dormir con él... ya que nosotros no podemos dormir juntos!

TEODORO: ¡Rosaura!

ROSAURA: Desde que se anunció, lo esperamos escondidos. Yo tenía miedo... ¡Pero ahora ya no tengo miedo, así mi padre me parta la cabeza con el hacha!

TEODORO: ¡Si no cierras el pico, te va a costar caro! ¡Silencio te he dicho! *(Mira hacia la casa).*

ROSAURA: *(Cambió)* Sí, hablaré más bajo... Nosotros siempre hablábamos bajito... Teodoro, te perdono que me hayas engañado si me lo devolvés ahora mismo. *(Grita).* ¡Señora! *(Avanza hacia la casa).*

TEODORO: *(Terriblemente amenazante).* Te callás o...

(Silencio largo. Se oyen grillos en el jardín... Balidos de corderos).

ROSAURA: *(Signos de enajenación mental)* Yo sé que quisiste salvarme, Teodoro. Pero nada me importa ahora... *(Risa loca).* ¡Juá, juá, juá! ¡A mí no me salva nadie! *(Grita).* ¡Mi hijo! ¡Ja, ja, ja! *(Ríe como loca).*

TEODORO: ¡Calláte, mujer, calláte! *(Mira hacia la casa. Se ha encendido la luz de una ventana. Teodoro vuelve la cabeza, sin separar sus manos de los hombros de Rosaura).*

ROSAURA: Sí, pero ahora, robáselo a ella... Andá, andá Teodoro. *(Alza las manos y palmotea como una niña)* Lo robarás otra vez. Debe estar en su camita. ¡Dormidito como un conejo! ¡Qué lindo debe estar! Andá, no seas bobo. ¡Ella debe estar descansando! Me lo prestás por esta noche. ¡Mañana, te lo devuelvo con el Viejo! *(Risa de loca).*

TEODORO: ¡Basta, Rosaura, basta!

ROSAURA: Tráelo calentito, ¿eh? ¿Como un pancito recién sacado del horno! Con cuidado, sabés... *(Se mueve de rodillas y palmotea las manos).* Traélo bien abrigadito, y el gorrito que yo le tejí. Andá, ¡sacáselo despacito!

TEODORO: *(Cambio, asustado)* Bueno, lo haré. Pero es necesario que vuelvas a la chacra. Yo mismo voy a llevártelo.

ROSAURA: ¡Ah, no! ¡Los hombres no saben llevar a los niños. *(Con voz rara).* Tus brazos son muy duros. *(Se los palpa).* Mirá, Teodoro, que brazos más duros tenés. ¡Le vas a hacer daño! ¡No! Vos no sabés llevar chicos. *(Avanza de rodillas).* ¡Dejáme hacer a mí!

TEODORO: *(La sacude)* ¡Rosaura, quedáte quieta! *(Rosaura tiembla poseída de un ataque).* Mañana hablaremos *(Asustado).*

ROSAURA: *(Golpea con las palmas de las manos en el suelo, como los niños caprichosos)* ¡No, no, y no! ¡No, de aquí no me voy sin la muñeca! ¡El muñequito es mío, pero tengo que robarlo, Teodoro! *(Un grito).* ¡Teodoro, dame mi muñeca!

(Teodoro apaga la voz con la mano en la boca).

(Casi inaudible) Dámelo, dámelo, dámelo. *(Se escapan los gritos).* ¡Es mío! ¡Es mío!

ESCENA VIII

Aparece el viejo. Interroga con la mirada

TEODORO: *(Asustado)* El Viejo te va a llevar, Rosaura. Mañana estarás tranquila.

ROSAURA: *(Plañidera)* ¡Yo no puedo dormir sin el corderito! ¡Yo no puedo dormir sin el ternerito! ¡Yo no puedo dormir! ¡Yo no puedo dormir solita! ¡Robálo, Teodoro! *(Grita)*. ¡Robálo, Teodoro! *(Teodoro le aplica la mano en la boca)*.

La luz de la galería se enciende. Las figuras se ven nítidas. Teodoro se esfuerza para arrastrar a Rosaura. El Viejo lo ayuda. La arrastran por el sendero.

ROSAURA: *(Fuera de escena. Risa loca)*. ¡Já, já, já! ¡Y me duelen, me duelen los pechos! ¡Ay mi ternerito! ¡Mi corderito!

(Un largo silencio. Pausa. Se empiezan a estremecer el follaje de las plantas por ráfagas de viento).

ESCENA IX

Silvia sale de la casa. Avanza por la galería. Se detiene con fría naturalidad. Ha cambiado su ropa por una más abrigada. Entre las ramas se oye zumbar el viento. Se ajusta el abrigo y mirando hacia el jardín sin dar muestras de inquietud, cumpliendo un deber cotidiano).

SILVIA: Teodoro... La mesa está servida.

(Gira los talones y lentamente entra en la casa).

TELON

ACTO SEGUNDO

Epoca actual. Verano. La acción transcurre en el gran comedor de la Estancia. En el fondo, puerta y tres ventanas que dan al jardín. A la derecha, como si la construcción avanzara sobre la galería, un rincón de estilo inglés, sillones y una mesa para juego de cartas, al pie de la escalera que conduce al piso alto. Mesa de comedor a la izquierda. Una gran chimenea con sillones confortables a uno y otro lado.

ESCENA I

Silvia y Teo. Silvia ayuda a la criada a retirar el servicio de loza y cristalería, cubiertos, etc. Fin del almuerzo. La criada entra y sale con los utensilios. Teo, sentado fuma su pipa.

SILVIA: ¡Hasta en la forma de llevar la pipa a la boca parece que te propusieses imitar a tu padre! *(Teo lanza una humareda. Mira al través el humo).* ¡No me mires así, por entre el humo! ¡Tu padre solía hacer lo mismo! Eres el vivo retrato de Teodoro.

TEO: ¿Qué? ¿Acaso está mal que lo imite, madre? Cuando a los diez años encendí el primer cigarrillo, recuerdo que me planté frente al espejo grande de tu cuarto y me lo fumé íntegro, imitando a papá. Tú y Eduardo estaban en el pueblo. Así aprendí a fumar.

SILVIA: Pues no aprovechaste nuestra ausencia para una cosa buena.

TEO: ¡Bah, fumar!.. Lo hubiese aprendido más adelante... en otro momento de soledad.

SILVIA: Como si te hubiésemos dejado mucho tiempo solo! *(Teo se levanta sonriente y se le acerca a Silvia).*

TEO: Te estás poniendo muy susceptible, madre. *(Se acerca, la abraza y la besa).* ¡Cuánto te quiero, mi linda!

SILVIA: ¡Déjame! No seas niño. Estás hecho un pegote desde que te entregamos la estancia. Parece que quisieras conquistarme más de lo que me tienes... El regalo que trajiste es bastante sospechoso.

TEO: ¿Sospechoso, regalarle a una madre como tú, un camafeo? *(Imita al martillero).* Pieza única, siglo XVI, talla perfecta, cuánto, cuánto: ¡Tres mil pesos por aquí! *(Ríe).* ¡Qué poco me conoces, madre! ¡Cuantas veces hagamos un buen negocio vendré con una joya excepcional!

SILVIA: *(Luego de una pausa marcada)* ¡Ah, Teo, Teo! Tu voz a veces paraliza mi sangre. La oigo como si viniese de muy lejos cargada de reproches. Tu voz entra en mi cuerpo. Te oigo y no quiero mirarte. *(Nerviosa).* Si no te veo, si estás en el jardín o allá arriba, me sube por el cuerpo un estremecimiento.

TEO: ¡No es culpa mía!

SILVIA: No sé como explicarte... Cómo decirte... Quiero que seas más serio, más formal...

TEO: ¿Más serio? ¿Para que me suene a vejez ese "don Teo" con que me castiga el Viejo? ¡Ah, no! ¡Más serio, nunca!

SILVIA: ¡No, no quiero decir tanto! Menos... expansivo... Escúchame: En este instante me atraviesa la cabeza un pensamiento curioso. *(Pausa).* Si hubiese sospechado que ibas a ser tan alegre, tan cariñoso, no me habría casado de nuevo... como lo oyes... Aquí era muy grande la soledad, y tú melancólico y tierno. Temí quedarme sola contigo. Conocí a Eduardo, y... me casé... Pero pienso ahora —casualmente el día de mi santo—, que nunca imaginé que terminarías por dominarlo todo! Es el regalo que más te agradezco. *(Pausa).* Bueno, dejemos de sen-

timentalismos. Lo cierto es que eras poco duro, poco serio... y yo quiero que tu padrastro vea en ti... a...

TEO: ¿Qué? ¡A un funebrero! ¡Ah, no! ¡Si él está obligado a ser ceremonioso y cumplido, que se embrome! Para eso es diputado.

SILVIA: No digas eso.

TEO: Si te molesta, madre, no hablo. Pero fué usted la que provocó la cosa. Ahora, aguántese.

SILVIA: Yo no comparo nada. Quiero que Eduardo tenga la sensación de estar frente a un hombre capaz de ser una garantía para nuestros intereses.

TEO: ¡Ah, no, no! ¡Perdón, señora! ¡Que yo sea una alhaja para mi madre, nada tiene que ver con mi faz... diremos... comercial. *(Cambio de expresión)* En eso, soy y seré, un lobo de colmillos al aire. ¡Cuidado!

SILVIA: *(Que lo ha visto transfigurarse en la manera de hablar)* Teo, mi buen Teo... ¡No exageres! No te queda bien.

TEO: ¿Qué puedo exagerar? Contéstame.

SILVIA: Los dos extremos: el lobo y el niño.

TEO: *(Muy tierno)* ¿A cuál prefieres? *(Silvia se desprende de sus brazos. Lo mira largamente).*

SILVIA: Al lobo, tonto! Del otro, ya sé demasiado! Y ahora, déjame terminar con esto... Pero, ya lo sabes, más duro, para aguantar cualquier temporal y menos niñerías, ¿eh?

TEO: *(Burlón)* Que se haga tu voluntad... amén!
(Se oyen risas lejanas que llegan del jardín).

SILVIA: Mira como Eduardo le hace reír a Elena. Y su padre es un hombre serio... Ya ves.

TEO: Elena se ríe de cualquier tontería. Es su mejor cualidad.

SILVIA: *(Interrogante, inquisitiva)* ¿La encuentras cambiada? ¿No crees que los estudios la están centrando demasiado para su edad? No me gusta que haya elegido medicina. Temo que una chica como ella, no tome la ciencia como se debe, sin apresuramientos, sin novelerías.

TEO: Ahora la veo tan de tarde en tarde que para mí, crece a saltos. Sus últimas vacaciones nos acercaron bastante. Hemos conversado mucho. Somos más amigos, hasta me hace confidencias... Tiene una buena cabeza la mocosa. *(Se asoma a ver qué hace Elena)* ¡Qué te decía yo! Ya me parecía raro que riese así con Eduardo. Es el Viejo que la hace reír. ¡Qué le estará cuchicheando al oído ese viejo mandinga!

SILVIA: *(Asomándose a la vera de Teo)* Si está borracho, no me hace ninguna gracia que bromee con Elena. *(Nerviosa)* Ninguna gracia.

TEO: No tengas miedo. Di órdenes de medirle la bebida.

SILVIA: Pero él se las habrá arreglado para conseguirla. Yo no sé como aguanta con sus ochenta años. *(Entra la mucama)*.

TEO: *(A la mucama.)* ¿Verdad, María, que no le tenemos que dar de beber al Viejo?

MUCAMA: Sí, eso fué lo que se dijo, pero el doctor le dió por su cuenta... y... me parece... que no anda muy católico que digamos.

TEO: ¡Cuando no! *(Da muestras de ira)*.

SILVIA: *(Apoya su mano en el antebrazo de Teo, como impidiéndole que continúe hablando)* Deje nomás, María. Yo recojo el mantel.
(Sale la mucama)

ESCENA II

TEO: Es una provocación de su parte. Prohibí que le diesen vino! *(Se impacienta)* ¡El que manda aquí, en El Palenque, soy yo! ¿Entiendes, madre? ¡De una vez por todas, mando yo!

SILVIA: ¡Calma, Teo, calma! No he querido hacerlo adrede. Bien sabes que le distrae la charla del Viejo. Ya ves que a Elena le hace gracia. Dejémosles por hoy.

TEO: *(Interrumpe)* No tolero que una orden mía sea desobedecida. Ahora, no hay cuatro peones como antes. ¡Tengo un centenar de hombres en la cosecha!

SILVIA: Sí, Teo. Pero no me niegues este último obsequio en mi día: terminarlo en paz. No deseo verte discutir con Eduardo. Ya sabes que piensa distinto que tú, en cosas fundamentales. No quiero que caigan en discusiones menudas. Calma. Llama a tu hermana... y asunto terminado.

TEO: *(Dispuesto a salir)* ¿Cuándo debe regresar Eduardo? *(Afuera, risas de Elena).*

SILVIA: No te impacientes, hijo. Las sesiones de las cámaras empiezan la semana que viene. Pero *(impaciente al oír las carcajadas de Elena)* apúrate y tráetela a Elena. No puedo dejarla con ese borracho! *(Sale Teo hacia el jardín). (Silvia para sí)* ¡Todavía arrastrándose ese trapo del pasado!

ESCENA III

Teo regresa con Elena

ELENA: *(Riendo)* Pero... ¡Qué imaginación morbosa la de ese hombre! Cuando uno quiere entender algo, pataplúm... se desvía, cambia de tema y ya no se le entiende nada! ¡Es un bicho raro!

SILVIA: *(Pasándole la mano por la frente)* ¡Qué encendida, mi niña! ¿Acaso estabas al sol, a estas horas? ¡Es una locura!

ELENA: No, mamita. Es que he reído tanto que la sangre se me subió a la cabeza! *(Cambiando de tono)* ¡Ay, qué agradable se está aquí! Bien podían haberme llamado antes!

TEO: Debiste quedarte para verme fumar mi pipa. *(Ríe).* ¡Es un rito familiar!

ELENA: ¡Vaya el espectáculo! ¡Su pipa! *(Cambio)* Pero no deja de ser un caso divertido ese Viejo. Tiene una memoria extrañamente desordenada. Un verdadero rompecabezas. De pronto coordina con una lucidez impresionante y hace cómicas imitaciones de la gente de por aquí... Te imita a ti, a madre...

TEO: *(Interrumpe)* Han hecho mal en darle aguardiente!

ELENA: A papá lo distrae. Me hace gracia oírlos dialogar sobre la política de hace treinta años. *(Cambio)* Tu padre, Teo, ¿no se metió para nada en política, verdad?

SILVIA: *(Interrumpe)* Eran otros tiempos.

TEO: *(Como aparte)* Menudo lío la política explicada por un borracho.

ELENA: Cuando se le aclara la memoria corre como un loco por sus recuerdos. Pero da un traspié y zápete... empieza a decir nombres desconocidos y a mezclarlo todo.

TEO: Y a decir improperios, obscenidades, palabrotas...

ELENA: Eso me tiene sin cuidado.

TEO: Pero no podrás negar que delante de los padres o de extraños tienen otro sonido ciertas palabras.

ELENA: Pero, Teo... ¡Qué inteligentes que estamos todos en el día del santo de madre! Esa observación es *bastante* aguda.

SILVIA: Les confieso que me gusta verlos piropearse.

TEO: Esta pícara ha dicho *bastante* y lo subraya. Toma nota, madre.

ELENA: También eres sensible a los matices, ¿eh? No está mal.

TEO: ¿La oyes, la oyes? Hay en sus palabras una especie de concesión... No está mal... *(La imita)* ¡No está mal! Gracias, doctora. *(Silvia da señales de sentirse placentera)* ¡Tratarás muy bien a tu clientela!

ELENA: Ustedes, los Azara, son muy detallistas. *(Pedante)* Es signo congénito de agudeza.

TEO: Página 20, apartado 8, del capítulo 5 del tratado...?

ELENA: ¡Ah, no, así no juego! Ya eso es ironía hiriente para contener a una marisabidilla... y no lo merezco.

(Silvia se aleja hacia el ángulo de la derecha con un libro en la mano).

TEO: Perdona, Elenita... No he querido ir tan lejos. Confieso que no estuve a tu altura. ¿Me perdonas?

ELENA: Debo pensarlo. *(Falsa altanería)* Debo pensarlo *(Burlona)* Dame tiempo... *(Silvia lee y por arriba del libro, observa a sus hijos).*

TEO: *(Sigue la farsa)* Comprenderás, Elenita, que me he precipitado, contrariando mis más caros intereses... la hora, la circunstancia, no sé como explicarte...

(No verán a Eduardo que se asoma a una de las ventanas).

TEO: *(Sigue en solfa, pedante)* Hay momentos en que uno no es dueño de sí mismo, atraído por otras ideas, ajenas a aquello que debiera ser el centro de su pensamiento...

ELENA: Poco científico el razonamiento, Teo. *(Caricaturescamente)* Pero a veces hay que abandonar ese rigor, casi matemático, para dejar que el azar como una flor misteriosa! *(Ríe).*

TEO: ¡Qué disparate! *(Eduardo asoma a la ventana).* Ya no puedo acompañarte en esta farsa. Puedes mas que yo, mi linda! *(Se acerca y la acaricia tiernamente).*

ELENA: *(Baja la mirada como extrañada de aquel epílogo)* La verdad es que parecíamos dos malos cómicos ensayando!

SILVIA: Les confieso que me hacían muy feliz en esa parodia cursi. Es el mejor regalo que pueden hacerme! Mi abuela nos contaba que allá en su tierra festejan los cumpleaños con comedias y representaciones divertidas. *(Conmovida).* Sin querer han avivado el recuerdo lejano de los cuentos que oí en mi niñez. *(Suspira, ambos se precipitan a besarla).*

SILVIA: ¡Tú no! *(Rechaza a Teo)* Tú debes mantenerte serio,

apenas hacer una reverencia para parecerte más a tu padre, que no era zalamero.

TEO: *(Junto a una de las ventanas que dan al huerto, mira hacia afuera. Gesto de sorpresa)* ¡Otra vez las lecheras en el sembrado!... ¡Viejo! ¡Espante esos bichos, caramba!... Serví para algo! *(Sale resueltamente a correr a los animales).*

ESCEÑA IV

SILVIA: Esta escena *(Pausa)* se ha repetido cientos de veces en mi vida. La sé de memoria. Intempestivamente, su padre cortaba cualquier conversación por interesante que fuese. *(Pausa, mientras mira hacia afuera)* Ahora la perdemos por un rato. Andará a la par de los peones, arreando las vacas... El campo le llama, y él responde...

ELENA: Es sorprendente cómo conservas vivo el recuerdo del padre de Teo.

(Silvia queda inmóvil junto a la ventana, mirando largamente)

SILVIA: Su hijo lo representa tan bien, que no puedo separar una idea de la otra.

ELENA: Ahora pienso que nunca tuve celos de tu cariño por Teo.

SILVIA: *(Acercándosele)* ¡Bueno sería!... El día que eso sucediese, *(la besa maternalmente)* yo sabría evitarlos!

ELENA: Es la eterna historia de los primogénitos... Se llevan la mayor ternura.

SILVIA: Sin embargo... tú, representas mucho más... Viniste a esta casa cuando me creía perdida para toda iniciativa. Te quiero tanto como a él. No hago diferencias.

ELENA: *(Sentimental)* Hay sentimientos que se agrandan por las cosas que nos rodean. Teo, pertenece a estas tierras. Hijo tuyo, pero de este suelo, también.

SILVIA: No se me ha ocurrido nunca pensar así. Pero tienes razón. Representa dos cosas a la vez.

ELENA: *(Como aprovechando la oportunidad)* Además, para nosotras, las mujeres, debe ser importante eso que llaman el primer amor. El padre de Teo, lo fué para ti, mamá.

SILVIA: ¡Ah, en eso te equivocas! A veces bien poco significa el primer amor.

ELENA: Fuiste feliz, mamá.

SILVIA: Las primeras ilusiones se olvidan ante la realidad. Su padre me enseñó a querer estas tierras. Yo tal vez estaba preparada para ese sentimiento. No puedo olvidar su enseñanza mayor. Lo más hermoso de su padre: aquellas ansias de proyectarse, como él solía decir, hacia el porvenir. Esa herencia quiero cultivarla en Teo.

ELENA: Y en mi padre, ¿has encontrado esas condiciones? *(Silvia no responde).*

Comprendo, mamá. Desde que regresé te veo luchar. Has hecho muy mal en no contarme tus preocupaciones. Yo quiero ayudarte.

SILVIA: Tu padre gruñe un poco, pero en el fondo, pensará como yo. Es cuestión de tiempo.

ELENA: No tiene confianza en Teo. Ha de ser difícil querer a los hijos de los otros.

SILVIA: Pero no es difícil reconocer méritos ajenos. Teo es trabajador, es empecinado, es responsable. No tenemos nada que observarle.

ELENA: Un día, papá me dió a entender que Teo procedía como un intruso.

SILVIA: El no hace nada sin consultarme. ¿Me entiendes? *(Enérgica)* Hace mal tu padre en darte una idea falsa de Teo. Es a mí que debes creerme. No te mentiría.

ELENA: Lo sé, mamá. Tal vez él tenga esos celos que yo no conozco. Papá desea participar en tus proyectos. Se siente un poco forastero aquí. Tenemos que interesarle en cuanto pasa en la estancia.

SILVIA: No quiero que seas tú, la que cargue con tales preocupaciones. Deja por mi cuenta convencer a tu padre.

ELENA: *(Decididamente)* ¡Ah, no, no!... No me relegues a segundo término que me enojo! Soy tan responsable como tú, mamá, y ya se van los tiempos de los conflictos a espaldas de los hijos. No seré eso que llaman imparcial. Seré parte. Y mi intervención, te lo aseguro, contará.

SILVIA: *(Dando muestras de extrañeza, de inquietud)* ¡Elena!...

ELENA: ¿Qué? ¿Te sorprende? Ya empiezo a tomar parte. ¡Pesarán mis opiniones! ¡Ya lo verás!

SILVIA: *(Confundida)* Elena, mi pequeña Elena... *(Angustiada)* Hablas como...

ELENA: *(Interesante, cortante)* Hablo y digo lo que pienso! Me podrán señalar errores pero no dejaré nada en el tintero. *(Pausa)*. No voy a permitir que por mi debilidad se cometan injusticias.

SILVIA: *(Más confundida aún)* ¡Elena, escucha, Elena!...

ELENA: *(Interrumpiéndola)* No, mamá, no! Me sentiría cómplice si no interviniese.

SILVIA: ¡Elena, escúchame! No entiendes mi intención... Me sorprende oírte hablar así, pero me gusta, criatura, me gusta. Así era yo a tu edad. Eres verdaderamente hija mía... Pero por favor, cállate ahora, ahora que descubro la parte tuya que no conocía. He querido evitarte todo disgusto... Cállate, ahora!

ELENA: ¡Ah, bueno, bueno! Creí que me ibas a retar!

SILVIA: No sabía como decírtelo en seguida.

(Se acercan a besarse)

ELENA: ¡Qué alivio, mamá! Temí...

SILVIA: *(Emocionada)* Estoy muy contenta, mi pequeña, muy contenta!

ELENA: Si algo tengo que reprocharle a mi padre, son sus reservas. Cuando le lee a su secretario los proyectos que presentará en la Cámara... te aseguro que salgo de casa

para evitarle mi reproche! Pero ya encontraré la ocasión de hacerle frente.

SILVIA: Terminemos el día en calma, querida. Prométeme.

ELENA: Pues éste es mi regalo: que sepas cómo piensa tu hija.

(Se asoma y ve a Teo que regresa).

Ahí viene el paisano secándose el sudor.

ESCENA V

Teo entra resueltamente

TEO: He mandado traer los caballos. *(A Elena)* ¿Prefieres el oscuro o el alazán?

ELENA: ¡No seas testarudo!... ¡El alazán! Tu bendito oscuro se cubre de sudor y no me gusta. Es demasiado brioso.

TEO: ¡Claro! ¡Es más caballo! Hay días en que uno necesita aprovechar el brío del animal... Hoy, por ejemplo, es una tarde para el oscuro...

ELENA: No vengo al campo a luchar con las bestias. Tu oscuro me deja los brazos a la miseria.

TEO: Es que quiero que jinetees un caballo que corra a la par del mío!

SILVIA: Muy lindo, muy galante, el mozo! ¡Trata de sofrenar el tuyo, si el alazán es lerdo!

TEO: Es que me resulta tan hermoso galopar a un mismo tiempo, como si montásemos el mismo caballo.

ELENA: *(Sorpresa velada)* Esas hermosuras ya las ha probado. *(Confundida)*. Ensilla el que no me da trabajo...

TEO: Te haremos el gusto. ¡Indomable!...

(Se aproxima y se recuesta en el respaldo del sofá en que se halla sentada Elena)

TEO: No me cuesta nada hacerte el gusto. *(La mira cordial)*.

SILVIA: Debiera costarte, tiranuelo. *(A Elena)* A mí también me somete a sus exigencias. A cada rato descubro sus malos instintos...

ESCENA VI

(Teo y Elena están tomados de la mano cuando entra Eduardo. Este los mira fríamente).

EDUARDO: *(Cansado y doctoral) (Luego de una pausa)* ¡Qué día bochornoso! Este solazo brutal debe trastornar la cabeza de la gente. *(Se da aire con el pañuelo)* ¡Me dan mucha pena esos chacareros, cosechando a pleno sol!

ELENA: La resistencia humana es incalculable, papá. Ahí tienes al Viejo. El asegura que tiene 85 años y cómo mantiene su memoria. El clima no es agotador.

SILVIA: Eduardo tiene razón. Hay días en que la atmósfera se hace irrespirable. Es un verdadero sacrificio sacarle partido a la tierra cuando es rebelde.

EDUARDO: El destino de estos campos, es el pastoreo. La colonia nunca rendirá sin un gran sacrificio humano. *(Se acerca a Silvia)* Te lo vengo diciendo hace tiempo.

TEO: Y allí donde existen emporios industriales. Antes ¿no era campo raso?

EDUARDO: *(Levanta la cabeza para prestar atención a Teo)* Allí donde los hombres se reunieron para convivir *(Pedante)* en cualquier parte del globo, fueron las condiciones climatéricas las que determinaron esos núcleos.

TEO: *(Dirigiéndose a la puerta principal. Desdeñoso)*. Esas condiciones se las crean por el trabajo.

(Teo sale por la puerta que da al jardín no queriendo dar mayor importancia a lo que ha dicho).

ELENA: *(Desperezándose)* Voy a dormir una siestita, así como lo oyen! *(A Teo)* No te olvides, ¿eh? Para mí, el alazán! *(Mutis de Elena por lateral izquierdo)*

ESCENA VII

Eduardo y Silvia

SILVIA: Creo que voy a hacer lo mismo. No puedo fijar la atención en lo que leo. *(Se pone de pie y echando el libro sobre la mesa)* Es verdaderamente un día bochornoso. *(Camina hacia la escalera)*

EDUARDO: Silvia... me puedes escuchar un momento.

SILVIA: ¿Por qué no? ¿Qué pasa?

EDUARDO: Mira... el ensayo de colonización en manos de Teo... no es cosa seria, ¿eh? He estudiado bien el negocio y creo que la distancia es la peor enemiga.

SILVIA: El camino va a resolver ese problema.

EDUARDO: ¡Ajá! El camino... ¿Y mientras no venga el hormigonado?

SILVIA: Se van roturando las tierras... ensayando...

EDUARDO: ¡Ah, ensayando! No sólo es improvisado cuanto hace tu hijo... hay una testarudez muy grande en él... Ya lo has oído... por lo tanto, estoy en mi derecho al señalar la precipitación... Salvo que quieran ser precursores... Para ser *pioners*... hay que tener otra pasta, otro temple, Silvia.

SILVIA: *(Enérgica)* Conozco los riesgos. Y te diré que me gusta correrlos. Eduardo, *(Se le acerca)* a esta altura de mi vida no entiendo de otras cosas que de asuntos de la tierra. *(Pausa)*. ¿Qué actividad daríamos a Teo, entonces? Nuestra hija sí, tiene marcado un destino diferente... *(Pausa larga)*.

EDUARDO: He comenzado con los medianeros, con los peones con la gente en general. El Viejo, te aseguro, a veces dice cosas sensatas. Hoy precisamente habló mucho de estos campos... de los que los poblaban antes... de cómo se vivía entonces... *(Da señas de nerviosidad)*.

SILVIA: Es un pobre diablo, dice tan sólo disparates. Has con-

seguido el testimonio menos importante. Por favor, Eduardo.

EDUARDO: No creas, no creas... Como se crió aquí, conoce vida y milagros de la estancia. Hay en él, algo así como una videncia y pronostica que las cosas cambian... para empeorar.

SILVIA: Si te gusta recoger sus consejos... *(Cambio brusco)* Pero... Eduardo... es poco serio guiarse por un desequilibrado!

EDUARDO: *(Reacciona levantando la voz)* ¿Cómo pretendes hacerme creer que me guío por lo que dice ese hombre? ¡Me estás ofendiendo!

SILVIA: No te ofusques, ¿eh? Convéncete de que de la vida de campo nunca sabrás nada. Sé sincero.

EDUARDO: ¡Como si se tratase de algo intrincado! ¡Vaya, vaya con la altanería de la señora!

SILVIA: ¿Acaso nosotros opinamos sobre tu actuación en la cámara?

EDUARDO: *(Acalorado)* Pero yo opino sobre lo que se hace aquí. También he invertido capital en la seudo empresa. ¡Qué fastidiar!

SILVIA: Pues aguarda la cosecha. Y mira, Eduardo, te suplico que hasta el año que viene *(Enérgica)* en esta misma fecha, no hablemos de este asunto! Tanto tus opiniones como las mías son conjeturas! ¡Y doblemos la hoja!

EDUARDO: *(Colérico)* ¡No apruebo ese desplante!

SILVIA: No es desplante. *(Serena)* No estoy acostumbrada a tomar actitudes falsas. Además, reclamo una tregua. Es bien sensato lo que pido y debes concederlo.

(Se encamina a la escalera que está a la derecha. Se detiene en el primer peldaño).

EDUARDO: He dicho que es una advertencia. Te ruego que la tomes como tal.

SILVIA: *(Triunfante)* Y, otra vez, emplea argumentos más só-

lidos. Es ridículo hablar de los presagios de un alcoholista!

EDUARDO: Los he oído en otras bocas.

SILVIA: Tal vez a los que invitaste a beber.

EDUARDO: Quise que festejaran tu día.

SILVIA: ¡Es una imprudencia! Un beodo puede darnos un disgusto. Y, ¡vaya la manera de festejar mi fecha!

EDUARDO: *(Sumiso)* No lo hice adrede. El Viejo cuenta cosas interesantes. A Elena y a mí, nos distrae. Eso es todo... discúlpanos.

SILVIA: ¡Pues a mí, me molesta! *(Sube otro peldaño. Eduardo se le acerca. Luego de una pausa extraña).*

EDUARDO: *(Bruscamente)* ¿Quién es Rosaura?

SILVIA: *(Rápidamente)* ¿Rosaura? *(Extrañada)* ¿Qué Rosaura?

EDUARDO: Una mujer que enloqueció aquí en la estancia.

SILVIA: ¡Ah, ya caigo!... ¡La vieja ramera de las chacras! Y, ¿qué papel desempeña en todo esto? *(Pausa)* ¡Ah, sí, fué la amante del Viejo! Ahora la recuerdo. ¿Te interesa tener esa clase de datos relacionados con el pasado de la estancia?

EDUARDO: *(Aturdido)* No sé... quería saberlo.

SILVIA: Sería mejor que no contrariases las costumbres de El Palenque. Aquí nadie nos ha faltado el respeto. Algunos vienen borrachos de la pulpería. Pero aquí, es la primera vez que se les da de beber a los peones! ¡La primera vez que pasa tal cosa en El Palenque!

EDUARDO: No te ofendas. Te repito que queríamos darle un gusto al Viejo. No volveremos a hacerlo. Te pido disculpas. Terminemos.

ESCENA VIII

Viejo asomado a la reja

VIEJO: ¿Usté me llamaba, patroncita?

SILVIA: *(Sorprendida corre hacia la ventana)* Andá al galpón, Viejo. Sabés que no me gusta que te acerqués a las casas. *(Enérgica)* Váyase en seguida. *(Baja la escalera).* ¡Retírese de aquí!

VIEJO: Ando buscando a la Rosaura... ¿sabe? A la mismísima Rosaura. ¡Porque se ha perdido, señora, se nos perdió a toditos! Ella, la perra y el chico... Se nos perdió, canejo. Y, ¿quién le dice que no están ahí dentro? ¿Quién le dice, no?

SILVIA: *(Impotente, frente a la reja) (Grito desgarrador. Aprieta los puños como paralizada de espanto)* ¡Teo! ¡Teodoro!

VIEJO: No... si ya me voy!... No se enoje, patrona. *(Fuera de escena)* Si ya me voy... ya me voy yendo... ¡Ya me fuí también!

ESCENA IX

(Eduardo detenido al pie de la escalera, da paso a Silvia, que sube velozmente, y la sigue. Hacen mutis. En la puerta opuesta aparece Elena).

ELENA: ¿Quién llamó a Teo...? *(Silencio)* Estaba por dormirme... ¡Qué fastidio! *(Aparece con los cabellos en desorden)* ¿Quién gritó?

(Entra Teo).

TEO: ¿Quién me llamó?

ELENA: Es lo que me pregunto. Oí un grito que me hizo saltar de la cama.

TEO: Y yo, que ensillaba tu alazán!... ¡Me dí un susto!

ELENA: Sería el Viejo, en su borrachera.

TEO: *(Mirando a uno y otro lado)* Por momentos, me pareció la voz de madre! ¡Pero, qué grito más extraño! *(Mira a Elena con detenimiento. Se alegra y cambia de fisonomía)* Menos mal que me sirve como toque de atención. *(Observándola)*. Quedas mucho mejor despeinada, Elenita! Recién me doy cuenta.

ELENA: Observación de un perfecto rural.

TEO: Sí, pero sincera, te juro! Te veo totalmente cambiada. ¿Será la sorpresa de hallarte con los cabellos sueltos?

ELENA: Salté de la cama. Fué un grito como de espanto. ¡Qué raro! Todavía no entiendo qué pasó.

TEO: ¡El Viejo... el Viejo! Cuando se emborracha le da por remedar nuestras voces. Eso es lo que ganamos con la ocurrencia de tu padre... *(Cambio)* Por cierto que gano yo descubriéndote tan bonita! *(La mira)* Ahora me explico por qué enloqueces a media Facultad de Medicina.

ELENA: No te aproveches de mis confidencias. *(Seria)* Juraste guardar mis secretos.

TEO: *(Desconcertado)* ¿Secretos tuyos? *(Cambio)* Elenita, tú no puedes tener secretos. Es una carga para ti. Esta tarde, en el río, vas a descargarlos uno a uno. ¡Los secretos pesan, doctora!

ELENA: Convenido, pero a cambio de los tuyos, en esta proporción: uno mío, dos tuyos. *(Se le acerca juguetona)*.

TEO: *(Luego de una pausa, mirándola)* ¿No te parece que hoy estamos un poco raros? ¿No crees que ese grito nos ha sacado de las casillas? Oí primero mi nombre, en diminutivo, luego el de mi padre. Quedé sorprendido, paralizado. Cuando reaccioné, ya estaba aquí. Al verte con los cabellos en desorden, desapareciste y vino otra mujer en tu lugar. Otra mujer que me sacude, me intimida hablándome de secretos... ¡qué sé yo! ¡Mira, Elenita, te-

nemos que empezar de nuevo! ¡Todo de nuevo, porque yo ya no me entiendo!

ELENA: *(Burlona)* Hermano... Mi mayoría de edad me aconseja evitar las informalidades. Si te confío algo íntimo, sé por qué lo hago.

TEO: Mira... estoy atontado. No sé a qué te refieres. No entiendo nada. Me contaste una que otra historia insípida a la luz de la luna, con no sé quién. ¡Eso es todo!

ELENA: ¿Y si lo hiciera para sonsacarte?

TEO: Has progresado mucho en esta ausencia, y me estás sacando ventaja... O insistes en representar una comedia y yo estoy fuera de escena. Tranquilízame de una vez por todas!

ELENA: ¡Anda, rural!... Prepárate para enseñarme un paraje hermoso y nuevo en la selva! *(Se aleja)* Voy a ponerme los pantalones de montar y vengo en seguida.

TEO: *(La mira alejarse, suspira y mueve la cabeza de un lado a otro) (En lo alto de la escalera aparece la figura de Silvia que ha escuchado el final del diálogo)*

ESCENA X

SILVIA: ¿Tan temprano piensan ir al río? Cuidado con pescar una insolación.

TEO: ¿Insolarme?

SILVIA: Tu no, pero Elena...

TEO: Es ella la más decidida. Yo debía dar una vuelta por la colonia. Pero la voy a acompañar.

SILVIA: Haces muy bien. Le quedan pocos días de vacaciones. ¡Que las disfrute! No la he visto tocar un libro. El año pasado era distinto.

TEO: Sí, ha cambiado. Parece hallarse más a gusto...

SILVIA: Está feliz en la estancia. Me gusta que no olvide su cuna. *(Cambio)*. ¿Vas a llevarla al baño de los Sauces?

TEO: Parece que quiere explorar otros lugares. Tiene sus caprichos, la niña. Voy a llevar un machete para abrirle una picada en la selva. Le daré una sorpresa.

SILVIA: Pero, me imagino que no se bañarán en un sitio desconocido... Mira que el río es traicionero.

TEO: El río no tiene secretos para mí.

SILVIA: Traten de bañarse en la playa de los Sauces... Además allí tienen la casilla, para mudarse.

TEO: Eso es lo de menos. Elenita se cambia la ropa en cualquier parte. Yo no sé como hace para hacerlo tan rápidamente.

SILVIA: Pero, tranquilízame... ¿se van a bañar en los Sauces, ¿eh? Allí hay sombra, la playa no es honda y pueden ver mejor la puesta del sol desde las barrancas coloradas.

TEO: Madre... ¡No soy tan niño, caray!

SILVIA: Mira... no es eso... Cuando Elena se aleja, me gusta saber dónde la llevas. Me hago la ilusión de que los guío entre los árboles. E imagino en qué lugar se encuentran cuando se pone el sol. Qué están haciendo en el instante que pienso en ustedes, qué miran, qué se dicen, qué proyectan. Para la madre de una hija... ¡eso es tan importante! No bien parten a caballo, desde allí arriba los espío. Cuando se pierden en la lejanía, sigo mucho rato viéndolos. Los ojos me traicionan. Hasta me parece ver tu látigo caer sobre la grupa de su caballo... *(Melancólica)*. No vayas más allá de donde yo pueda imaginarlos.

TEO: Madre, nunca me has hablado así. Si tienes miedo, si presagias algo malo... pues... no salimos... No me inquietes.

SILVIA: Todo lo contrario, Teo. Quiero que vayan a gustar de lo que yo no pude gozar; quiero que Elena disfrute de lo mejor que tenemos aquí. Llévala por entre los grandes árboles. Yo quiero para ella todo lo que no pude gozar. Tu padre habría hecho otro tanto. A mí siempre me ofreció lo mejor. Tu padre, me dió lo que más deseaba...

TEO: Dime, madre... *(Intrigado)* hace un momento ¿oíste gritar al Viejo, imitando tu voz? Me llamaba por mi nombre entero.

SILVIA: *(Aplomada)* Sí, escuché un grito. Y comprendí que era cosa de ese loco...

TEO: También a Elena le sobrecogió. ¡Qué bestia absurda es ese Viejo cuando se emborracha! ¡Discúlpalo, madre! *(Pausa)*.

SILVIA: Teo, ¿no se te ocurrió nunca pensar que puedes envejecerme, llamándome madre?

TEO: *(Desconcertado)* ¿Envejecerte? Y, ¿qué más da? No comprendo...

SILVIA: ¿Y si me llamases Silvia...?

TEO: *(Sorprendido)* ¡Una de tus fantasías! ¡Ah, ya sé! Eso lo has pescado en el libro que estás leyendo. Apuesto a que estás leyendo una novela y es por eso que...

SILVIA: *(Luego de una pausa)* Sí, mi querido, acertaste. Esa idea sale de una novela!...

ESCENA FINAL

(Entra Elena con breeches y un zurrón de bañista).

ELENA: ¡Al río! ¡Al río! ¡El agua debe estar maravillosa, apurémonos! ¡Vamos!

TEO: ¡A la orden, patroncita!

(Salen. Silvia se queda inmóvil y va poco a poco llevándose las manos a la cara. Cuando ya va a sollozar vuelve Teo, impetuosamente).

TEO: *(Abrazándola alegremente)* ¡Que los cumplas muy felices, Silvia!

(Teo sale atolondradamente. Silvia queda detenida en la puerta, tendiendo las manos hacia sus hijos, mientras cae lentamente el

TELON

ACTO TERCERO

La decoración del gran comedor de la Estancia ha sufrido algunas modificaciones. Se ha cambiado la mesa de juego por una de nogal que aparece cargada de biblioratos y muestras de semillas. Biblioteca, archivos y estanterías, cubren los muros. La acción trancurre en invierno. Silvia vestirá sobrias ropas de abrigo. Habrá cambiado su peinado por uno más serio. Entre el segundo y tercer acto, han transcurrido casi un año. Al levantarse el telón la criada atraviesa la escena portando valijas y mantas. La sigue, al instante, Eduardo. En ese momento Silvia baja las escaleras. Se oirán voces lejanas que entonan canciones. Coros de campesinos extranjeros.

ESCENA I

(Eduardo, al ver a Silvia detiene el paso y la aguarda).

EDUARDO: Podías haber esperado que estuviésemos en viaje para citar a los chacareros. *(Fastidiado).* ¡Parece que lo haces adrede!

SILVIA: *(Con serenidad)* No ha sido más que una coincidencia. *(Pausa).* Por otra parte, aquí todo se hace a la luz del día.

EDUARDO: Sí, comprendo... Pero aquí, nadie ignora mi oposición. ¡Es una bofetada!..

SILVIA: Exageras, como siempre. Esta pobre gente no sabe de tus grandes discursos en la cámara.

EDUARDO: ¿Ironías, además?

SILVIA: ¿Por qué has de encontrar malas intenciones en todo lo que digo? Mira, me alegro que regreses. ¡Algún día verás cuánta razón tengo en proceder así!

EDUARDO: Habíamos quedado...

SILVIA: *(Lo interrumpe)* Precisamente, habíamos quedado en que no se hablaría de estos negocios, hasta que yo cumpliese años... Te anticipaste, eso es todo.

EDUARDO: Con tal de contrariarme.

SILVIA: ¡No seas chocante, Eduardo! Todos estos días has permanecido callado, observando, al margen. ¡Continúa como hasta este momento y será mucho mejor!

EDUARDO: ¡Pero te das el gusto de dar la última puntada! Podías haberlos citado para mañana. Y me evitabas este bochorno.

SILVIA: El escribano no podía demorar más. Se vence la fecha. ¡Habría multas, impuestos, bien lo puedes comprender! *(Se dejan oir los coros).*

EDUARDO: ¡Bah!.. ¡Ultimamente... me dá lo mismo! Allá tu, con los gringos que proteges!

SILVIA: No es mía la culpa. Hicimos un pacto y debes cumplirlo. Yo tengo muchas cosas que hacer aquí, y no admiten dilación.

EDUARDO: ¡Hay formas!.. ¡Hay que cuidar las formas, Silvia!.. ¡Quedo en ridículo!..

SILVIA: Susceptibilidades tuyas... La ciudad es una cosa y el campo otra. ¡Nadie dirá a tus correligionarios que no apruebas la parcelación de las tierras!

EDUARDO: Te vuelvo a pedir que no mezcles los asuntos. ¡Solo te insinúo, después de soportar tus conversaciones con Teo, que me podías haber evitado esta especie de bofetada!

SILVIA: ¿Bofetada? ¿Pero estás en tus cabales?.. *(Se le acerca con violencia contenida).* ¿Por qué te pones en contra nuestra, cuando sabes que caiga quien caiga voy a continuar adelante?

EDUARDO: Pues, será esta la última vez que vengo. Tuya es la estancia y tuya será la responsabilidad. He sido pasivo hasta este instante en que me desafías.

SILVIA: ¿Desafiarte yo?

EDUARDO: Sí, podías haberme ahorrado este momento...
(Se oyen cantos lejanos. Coros de voces).

ESCENA II

Entra un peón

PEÓN: Señora Silvia... el escribano ha llegado. Don Teo la espera.

SILVIA: Dígale que pueden empezar.
(Sale el peón).

EDUARDO: ¡Me quieres presentar como un retrógrado y eso no te lo perdonaré!.. *(Se agacha a levantar una maleta).* ¡Elena! *(Llama).* ¡Supongo que Elena no se quedará!

SILVIA: Elena ha ido a despedirse de la gente.

ESCENA III

(Elena entra vestida de viaje, alegremente).

ELENA: Mamá, quiero que mandes una frezada al Viejo, pero en mi nombre. ¡Ah!.. ¡Cómo cuesta despedirse de esta gente! Voy a terminar por considerarlos como de la familia.

SILVIA: A mí me pasa lo mismo. Cada vez que me alejo, pienso que no volveré a verlos.

EDUARDO: Sensiblerías... *(Gesto de desdén).*
(Elena mira a su madre).

ELENA: ¿Han discutido?

SILVIA: No. Eduardo quiere que regrese en seguida... pero recién la semana próxima podré volver.

ELENA: Irás para mi santo. Ya me lo prometiste... ¿eh? Y Teo también vendrá.

(Se pone el sombrero, se arregla, se abriga).

ELENA: Te diré que también me ha costado despedirme del alazán. ¡El animal parecía mirarme, adivinando que me voy!.. Ayer, descubrí algo muy curioso... Al volver a la estancia, corre como enloquecido. Yo no creo que sea simplemente porque vuelve a la querencia... Hay algo más que no me lo explico...

SILVIA: El instinto de la bestia. El caballo vuelve contento porque siente como una promesa que se le hace... Hasta los animales saben lo que les conviene.

ELENA: Cuando volvemos del río, parece que cantara dando bufidos. ¡Canta, te aseguro que canta como esos chacareros que acaban de llegar!

SILVIA: Ellos saben que vienen al encuentro de algo. Está en juego sus vidas... ¡Como el alazán, como tu caballo!

EDUARDO: *(Enérgico)* ¡Ya es bastante, Silvia!.. Por hoy... es bastante... ¿entiendes?

(Elena mira a uno y otro, desconcertada).

ELENA: ¿El viejo pleito?

SILVIA: ¡No hay tal cosa! Ideas de Eduardo que ya se le pasarán.

EDUARDO: Cuando regreses, hablaremos claro los tres...

ELENA: Entonces... no me había equivocado... ¿eh? No les perdono a los dos que no cuenten conmigo cuando discuten.

ESCENA IV

Entra el peón

PEÓN: Don Teo dice que si no se apuran van a perder el tren...

EDUARDO: *(A Silvia)* Hasta la vuelta.

(El peón toma las maletas. Madre e hija se abrazan. Eduardo sale seguido del peón).

ESCENA V

ELENA. ¿Volverás con Teo?

SILVIA: Si él puede... seguramente.

ELENA: Tiene que poder, mamá.

SILVIA: Pasaré tu cumpleaños en la ciudad. Te lo prometo.

ELENA: Tiene que poder, mamá.

SILVIA: ¿Tanto lo necesitas?

(Elena recoge un saco de mano. No responde).

SILVIA: Te pregunto si es imprescindible que vaya Teo... Aquí tiene que quedar alguien.

ELENA: El prometió viajar la semana que viene. ¿Vendrá?

SILVIA: Si es su voluntad... irá. ¿Lo necesitas para alguna fiesta?

ELENA: ¿Fiesta? Sí. Mi cumpleaños.

SILVIA: ¿Nada más?

ELENA: *(Luego de una pausa)* Nada más...

(Silvia la mira, interesada)

SILVIA: Irá conmigo. Hoy tomaremos la parte más importante de mis proyectos.

ELENA: Me voy contenta... ¡Hasta te pediría que me llevases el alazán! Pero me alcanza con Teo. Hasta la vuelta.

SILVIA: Querida mía. *(La toma en sus brazos).*

(Eduardo llama a Elena. Elena sale y Silvia queda en medio de la escena inmóvil, con los brazos caídos y la frente en alto. Se oye arrancar un automóvil. Pasan unos instantes y entra Teo, vestido a la usanza campesina, alegre, frotándose las manos).

ESCENA VI

TEO: El escribano ha simplificado el acto. Ya faltan pocos títulos a entregar. *(Mira a su madre y se detiene).* ¿Qué? ¿Ha pasado algo? Eduardo se despidió en forma muy fría. Apenas saludó al escribano. ¿Es que todavía insiste? ¡Qué terquedad la suya!.. ¡Qué hombre de amor propio! Dicen que en la cámara ha pronunciado discursos reaccionarios. Su partido no quiere el progreso del país. Sin meterme en su política, ¿eh? me parece que ha elegido la peor causa!..

SILVIA: No vamos a hacer lo que quiere su partido.

TEO: ¡Bien dicho!.. *(Se acerca y abraza a Silvia).* Y ahora a ordenar este papelerío!..

(Se encamina a la mesa donde están los biblioratos. Mientras trabaja).

TEO: ¡Qué gran muchacha es Elena! Da gusto conversar con ella. Razona, que dá envidia! Tiene una cabecita científica, Por algo eligió carrera... A mí también me hubiese gustado ser médico. ¡Lo que se puede hacer con un título así!.. ¡Qué poder en las manos!

SILVIA: Nadie te exigió venir a trabajar al campo. Hubiese sido lindo, dos médicos en la familia. Estarían más de acuerdo.

TEO: ¿Más de acuerdo?.. ¡Imposible! Mira, creo que salvo tú yo no estaré jamás más de acuerdo con nadie. Es lo que se llama dos verdaderos hermanos. Tu sangre nos une. ¡Y de qué manera!..

ESCENA VII

Se asoma cauteloso el escribano

ESCRIBANO: Buenas tardes, doña Silvia. ¿Se puede?

SILVIA: ¡Pase usted... pase usted!

ESCRIBANO: Algunos de los colonos quieren verla, señora. Y además, como uno de ellos que es analfabeto y escritura para su hijo. *(Le tiende la escritura). (Van entrando los chacareros. Seis o siete colonos de variadas cataduras).* Debemos tomar algunas providencias. Tendrá que volver dentro de unos días.

SILVIA: *(Lee con dificultad un apellido)* Fidello Mazu... no... chi...

CAMPESINO I: *(Se adelanta)* Mujinochivit... Yo... señora...

SILVIA: Tendría inconvenientes en esperar unos días...

CAMPESINO I: *(Da muestras de no entender).*

CAMPESINO II: *(Traduce en tcheco lo que Silvia ha dicho).*

CAMPESINO I: ¡Oh, sí, sí... lunes... sí, seguro! *(Ríe avergonzado).*

SILVIA: Explíquele que falta una firma. Puede confiar en que se le dará la escritura como a los demás... pero el lunes, ¿eh?

CAMPESINO II: *(Traduce en tcheco lo que acaba de oir).*

CAMPESINO I: *(Cuchich con la mujer haciendo reverencias; saluda y sale).*

ESCRIBANO: Ust Kopolitis. *(Hace entrega de la escritura).*

KOPOLITIS: Gracias, señor... Muchas gracias, señora Silvia. *(Hace señas a su mujer. La mujer recoge un bolso que tiene a los pies. Contendrá espigas de maíz de gran tamaño).*

KOPOLITIS: Son para usted, señora... Lo que me pidió el otro día.

SILVIA: *(Enseñándole las espigas al Escribano)* ¡Vea usted, qué espigas más granadas! ¡Se las pedí para enviárselas a mi marido. Quiero que presente en la cámara un proyecto para prolongar el camino hasta la Colonia.

ESCRIBANO: *(Examina las espigas)* ¡Qué magnífico rendimiento! Esto convence a cualquiera.

SILVIA: ¡La colonia más próspera del Norte, se llamará Colonia Azara! *(Sonríe).* ¿Verdad, Teo?

CAMPESINO II: Todas las espigas van a ser como ésa. ¡Se lo aseguro!

ESCRIBANO: Queda solo por entregar una escritura.

TEO: ¿Cuál?

ESCRIBANO: La de... *(Tiene dificultades en pronunciar el nombre)* Duji... ni... Danilov...

TEO: ¡Ah, sí! Danilovinsky. No importa. Lleva más de un año en esa fracción. Yo le hablaré.

ESCRIBANO: *(A Teo)* ¿Vió las espigas?

TEO: Más granadas todavía, las vamos a cosechar... ¿verdad Kopolitis?

KOPOLITIS: Siguro, siguro. Así lo queremos, todo se puede, ¡todo!

TEO: Así me gusta... *(A Escribano)*. ¿Queda alguna más?

ESCRIBANO: He terminado *(Arregla los papeles)*. Me vuelvo, que se hace tarde. *(A Teo)*. ¿Puedo cargar nafta? Me hacen falta 20 litros.

TEO: Madre... ¿cuántos litros tenemos en el tanque grande?

SILVIA: Quedarán unos 200.

TEO: Sí, cargue, no más. Pero de la bomba chica, ¿eh?

(Escribano sale, saludando).

UNO: ¿Nos puede llevar hasta el Paso?

ESCRIBANO: ¡Pues claro! Vamos andando. *(Se despide de Silvia y Teo)*.

(Los campesinos dan la mano a Silvia).

SILVIA: *(Al escribano)* El lunes entregaremos las escrituras que lleguen. Lo espero, ¿eh?

ESCRIBANO: Estaré aquí a mediodía... Adiós, doña Silvia.

(Teo se deja caer fatigado, en un sillón. Silvia lo mira como observándolo. Salen el escribano y los campesinos. Se hace un silencio prolongado).

TEO: Está refrescando. ¿Quieres que haga fuego? Ya no tengo que volver a salir.

SILVIA: Sí, hijo, sí... Estos son los primeros fríos. Nos toman desprevenidos... Ahí tienes un poco de leña. Unas llamas no nos sentaran mal.

(Teo prepara la leña. Cuando va a encender fuego, se inicia un coro. Son los campesinos que, una vez en el auto, han empezado a cantar cosas de su país).

SILVIA: ¡Escucha! ¡Qué voces encantadoras! ¡Qué alegres parecen!

(Teo se queda inmóvil con la lumbre en la mano. Coro de campesinos. Primero el canto se oye nítido, cercano. Luego las explosiones del automóvil, hasta perderse en la lejanía).

SILVIA: ¡Cuántos sueños que no veré realizados! Imagino, por ejemplo, este disparate: *Coro de la Colonia Azara* en letras de molde. ¿Se necesitarán muchos años para que sea realidad este sueño?

TEO: Al paso que vamos, pronto te parecerá muy natural esa ocurrencia.

(Se enciende la llama. Se hace un largo silencio).

SILVIA: ¿Estás cansado?

TEO: No, pero siento un poco de frío. ¿Y tú, madre?

SILVIA: El desaliento enfría. *(Intencional).* Pero cuando uno tiene razones para estar optimista no se siente el frío... ¿No te parece, Teo?

TEO: Hace un par de días que quiero resolver un problema íntimo. Cosa pasajera. *(Pausa).* Es muy difícil que pueda explicártelo. Creo que nadie lo sabrá nunca... Y es mejor que así sea...

SILVIA: Esos pensamientos son los que te dan frío.

(Teo levanta los ojos del fuego y mira absorto a Silvia).

TEO: *(Habla lentamente)* A medida que pasan los años o yo te entiendo más... o tú... te has puesto más digna de atención. Hace un momento... me sorprendí yo mismo al hacerte una pregunta... ¿Te pregunté cuántos litros de nafta había en el tanque grande...? ¿No es así? El

canto de esa gente, no sabría explicarme por qué, me señaló la importancia de semejante pregunta.

SILVIA: La más natural del mundo.

TEO: *(Encarándosele)* ¿Por qué te pasas más tiempo en la estancia que en la capital, eh? ¡Explícame! ¡Hasta controlas el consumo de la nafta!

SILVIA: *(Ligeramente confundida)* Elena no me necesita tanto como *El Palenque*. Además... ¡soy porfiada! Quiero ganarle una apuesta a Eduardo.

TEO: ¿Por vencer a Eduardo, te tomas tanto trabajo, al punto de que casi me has desplazado?

SILVIA: ¿Desplazarte? ¿Pero te has vuelto loco, muchacho?

TEO: Te levantas a la misma hora que yo! ¡Es una exageración, madre!

SILVIA: Eso sienta a mi salud. Poco me cuesta.

TEO: Comprenderás el alivio que es para mí, tenerte en casa. Sin ti esto es un bochinche... Me refiero a la casa... ¡Mira que has inventado cosas en estos últimos tiempos! *(Teo enciende la pipa)*.

SILVIA: Si te complico la vida, me voy...

TEO: ¡Ya te pones regalona! ¡Ah, madre, en ti hay tantas mujeres que puedes cambiar maravillosamente! De la contabilidad de la nafta a las palabras cariñosas. ¡Qué habilidad la tuya!

SILVIA: *(Observando a Teo)* Has cambiado de tabaco. Este huele mejor.

TEO: *(Ríe dichoso)* ¡Delicado olfato! El de estos últimos días, era un regalo de Kopolitis. Creo que nunca te podría engañar!

SILVIA: *(Avanza hacia Teo)* Claro, no se me engaña fácilmente... Por ejemplo, Teo, no te atrevas a negarme que un resortecito sentimental... no anda bien dentro de tu cabeza. Debe ser daño en el corazón. ¡Cuidado!

TEO: Madre, madre... Te he dicho que... ¡Bueno! En po-

cas palabras: no te lo diré nunca, así me retuerzas el pescuezo. ¿De acuerdo?

SILVIA: ¡Ajá, ajá! ¡Un desplante dramático! ¡Buena tenemos!

TEO: Silencio... escucha... se oyen otra vez las voces.

(Lejanos cantares).

SILVIA: Las trae el viento sur. Cantan todas las tardes, pero sólo se les oye cuando sopla el pampero.

TEO: Olvidé ese detalle. Tienes razón, y, ¿te gustan esos cantos, madre?

SILVIA: No sé si me gustan. Me estremecen, te confieso. Basta recordarlos para sentirme estremecida. Siempre pienso que la vida debiera construirse cantando algremente!

TEO: *(Animando el fuego)* Mira qué llama más hermosa! Acércate, aquí, a mi lado. *(Le hace lugar).*

SILVIA: *(Lo mira)* Hoy no tienes muy buena cara, Teo.

TEO: Me siento espléndidamente, madre. Ya sabes que no fumo sino cuando me siento bien.

SILVIA: Como tu padre.

TEO: Todos los días descubres en mí, parecidos con mi padre. Eso me halaga, te aseguro que me gusta.

SILVIA: Y, las que me habré callado! Como tú, el también tenía sus momentos de depresión. Pero a mí no me los podía ocultar.

TEO: *(Se levanta evasivo y busca un libro)* A ver, recomiéndame una novela que... *(Corta la frase)* que tú hayas leído.

SILVIA: No... continúa, continúa: que me distraiga. Conozco la evasiva.

(Teo buscando un libro y haciendo nerviosamente humo con la pipa).

TEO: ¡No sea curiosa!

SILVIA: A este lugar le hace falta una mujer. Lo entiendo muy bien. Pero una mujer tuya.

TEO: *(Da vuelta bruscamente)* Sí, es posible. Cuando termi-

nemos el contrato con Eduardo, me separaré para resolver ese punto.

SILVIA: ¿Tienes pensado con quién resolverlo?

TEO: No, resueltamente, no.

SILVIA: *(Afirmativa)* Sí, resueltamente, sí. *(Pausa)*.

TEO: *(Eludiendo el tema)* ¡Cuánto libro de medicina hay por aquí.

SILVIA: Tu padre era muy curioso. El otro día, arreglando la biblioteca, encontré todos esos libros metidos de atrás, en una doble fila. Son muy viejos.

TEO: Pueden servirle a Elenita. ¿Por qué no se los ha llevado?

SILVIA: Todavía no los necesita. No son de texto, tengo entendido.

TEO: Es curioso. Casi todos se refieren a problemas de la reproducción.

SILVIA: Muchos de ellos, hoy día, no tendrán valor. *(Pausa)*.

TEO: *(Cambio)* Mira, aquí encontré uno de esos novelones salvadores.

SILVIA: *(En tono de lamento)* Algo te preocupa. Y yo no lo sabré nunca. Sólo me consta que no lo sabré jamás. Para mí, es bien triste!

TEO: Hay cosas irreparables. Pero todo puede olvidarse.

SILVIA: No existe nada irreparable, Teo. Es altanería de mi parte, pero nada es irreparable. Métete eso en la cabeza.

ESCENA VIII

María, la sirvienta, entra de pronto

MARÍA: Señor... ahí afuera está un chico que yo no conozco... Viene de la chacra. Dice que quiere hablar con usted.

TEO: ¿No dice a qué viene?

MARÍA: Sí, me dijo que viene a buscarlo porque se está muriendo el Viejo y él quiere que usted vaya en seguida.

SILVIA: *(Poniéndose bruscamente de pie)* Deja eso por mi cuenta, Teo.

TEO: *(Sorprendido)* Pero, madre... ¡es a mí que me llaman!

SILVIA: Es asunto mío.

TEO: ¿Tuyo? ¡No! ¿Cómo vas a ir a la chacra a estas horas? Es un disparate. Ni te permito que me acompañes.

SILVIA: *(Resueltamente a María)* Bájeme el tapado negro, María. *(María sube las escaleras).*

TEO: Madre, no seas terca. ¿Qué tienes que hacer allí y a estas horas? Si quieres, te llevo en el coche. Ya le mandé el médico. Sabía que estaba muy grave.

SILVIA: *(Enérgicamente)* ¿Qué médico?

TEO: Ramírez, el del pueblo.

SILVIA: *(Persuasiva)* Teo, escúchame. Este es asunto mío. Tu padre protegió al Viejo toda la vida. Ahora, me toca a mí resolver este final.

TEO: Te acompañaré. No entiendo, francamente. *(María regresa con el tapado).*

SILVIA: *(Echándoselo sobre los hombros)* Sería largo contarte la historia, Teo. Déjame terminarla por mi cuenta. ¡Te lo ruego!

TEO: *(Anonadado)* Cada vez entiendo menos. Bueno, date el gusto.

SILVIA: Espérame que pronto volveré. *(Se dispone a salir)* No te inquietes. Luego te explicaré, por qué quiero ir.

ESCENA IX

Golpean a la puerta. Teo se acerca y la abre

DOCTOR: *(Con un aire desenvuelto)* Buenas noches, señora. Buenas noches, Teo.

TEO: ¿Qué pasa, doctor?

DOCTOR: Ha muerto el Viejo de la chacra.

(Silvia lanza un suspiro de alivio)

TEO: *(La mira, desconcertado)* Ibamos para allá.

DOCTOR: Ya lo sé.. Al salir ese chico, murió. ¡Duro el paisano! Un verdadero caso de longevidad. Creo que tenía noventa largos años, ¿no?

SILVIA: Más o menos.

DOCTOR: Sienta el airecito de estas tierras. *(Bromea)*. A ver si nos pasa lo mismo a nosotros, Teo, ¡90 años!

TEO: Tendríamos que mantenernos en alcohol.

DOCTOR: ¡Justo lo que me hizo pensar el Viejo! ¡Creo que el alcohol le hacía circular la sangre! ¡Un corazón fenomenal!

SILVIA: ¿Quiere sentarse, doctor, tomar algo?

DOCTOR: ¡Ojalá pudiera, doña Silvia, de mil amores! Pero en la colonia, los gringos han empezado a reproducirse en tal forma que, créame, no hace falta más que un médico partero! De aquí salgo para atender un caso difícil. *(Pausa)*. Pero, volviendo al gaucho ése... ¡qué pico, Santo Cielo! Creo que paró de hablar en el mismo instante en que se le detuvo el corazón. Inventaba, inventaba! Me hizo mucha gracia cuando me aseguró que él está por estos pagos desde los tiempos en que el río era camino de tropas!... ¡Qué él había ayudado a cortarle los yuyos! *(Ríen los tres)*. Y así, mil disparates más! ..

TEO: Era un sujeto muy curioso.

DOCTOR: *(A Teo)* Por su padre tenía una veneración extraordinaria. Mencionaba al Gran Azara y... lagrimeaba sin poder contenerse!

SILVIA: Fué un hombre de nuestra confianza. Empezó a beber, ya muy maduro.

DOCTOR: ¿Siempre le llamaron el Viejo?

SILVIA: Desde los veinte años tuvo los cabellos completamente canos.

DOCTOR: Creo que es el último criollo que desaparece.

TEO: Y nosotros, ¿qué somos?

DOCTOR: La verdad... metí la pata! Me refiero a cierta época heroica... romántica... ¡Ah, ya casi me iba olvidando! *(Saca un paquete del bolsillo interior del sobretodo).* Me entregó muy aparatosamente, como si se tratara de una herencia, este montón de cartas. Creo que el paquete está dirigido... *(Mira y lee).* Sí, es para usted, Teo... precisamente... *(Se lo entrega).* ¡No le dejará sus bienes, me imagino! *(Gesto de Silvia).*

TEO: ¡Oh... no haga bromas sobre ese punto! Le diré que marcó mucha hacienda para él, y que esa fracción de la chacra está escriturada a su nombre.

DOCTOR: Unos minutos antes de morir había pedido con insistencia que se le llamara. Cuando se le aflojó el corazón, alcanzó a decirme que las cartas eran suyas... y expiró. *(Silvia mira extrañamente el paquete).*

TEO: Vamos a ver qué disposiciones testamentarias tiene... *(Pausa).*

DOCTOR: Doña Silvia. *(Saluda, le tiende la mano).*

SILVIA: Esta es su casa. Cuando guste, doctor.

DOCTOR: Lo sé, lo sé, señora. Así lo he pensado siempre. Son ustedes mis verdaderos amigos. Gracias.

TEO: Lo acompaño. *(Antes de salir, arroja el paquete sobre el sillón vecino a la estufa).*

ESCENA X

Silvia avanza hacia el sillón que está junto a la chimenea. Se detiene. Mira fijamente el paquete. Va dejando caer el abrigo que rueda lentamente de sus hombros hasta el suelo. Permanece de pie, inmóvil. Se oye el lejano coro de voces campesinas perdido en la lejanía. Silvia se acerca al sillón. Se recuesta en uno de los brazos del mismo con la mirada fija

11

en el paquete. Luego, clava los ojos en la llama. Toma el fajo de cartas, lee el rótulo. Vencida, agobiada, estira la mano con el paquete hasta la proximidad del fuego; pero, repentinamente, como movida por una idea que la recompone, se yergue resuelta, ensancha el busto y deja caer las cartas sobre el sillón. Se agacha para recoger el tapado mitad sobre una silla y se dirige a la mesa de nogal sobre la que estará la pipa de Teo. La toma, la acaricia con las manos, mira hacia la puerta y espera con enérgica apostura, el regreso de su hijo.

ESCENA XI

Se oirán voces lejanas

TEO: *(Regresa. Cierra la puerta. Se apagan las voces campesinas).* ¡Qué final más extraño! ¡Me impresionó el relato de lo que sentía por mi padre!

SILVIA: ¿Qué te dijo el doctor?

TEO: Poca cosa. Murió lentamente, articulando mi nombre, el de mi padre y al fin le pidió que me entregase ese paquete que asegura que me pertenece... ¡Si el Viejo apenas sabía firmar! *(Teo toma el paquete entre las manos. Lo contempla. Rasga el envoltorio y se sienta naturalmente dispuesto a leer las cartas. Silvia se le acerca, con cierto apresuramiento).*

SILVIA: Espera... yo te ayudaré... *(Pausa larga). (Silvia mira largamente a Teo. Levanta la mano y le acaricia los cabellos).*

SILVIA: Escúchame, Teo... yo nunca te hice esta pregunta tonta... *(Pone las manos sobre las cartas y aprisiona en las suyas, las de Teo)* ¿A quién has querido más en tu vida, Teo? ¿A tu padre o a mí?

TEO: *(Anonadado)* Es una pregunta para un niño... debo responder como los chicos... A los dos por igual. A él, venerando su memoria, a ti en la realidad.

SILVIA: Eres tan hijo de tu padre, Teo, que debías haberle querido más a él. ¡Mucho más!

TEO: Pero tú has sido tan buena y comprensiva, que no sé si está bien decirte, que más te quiero a ti.

SILVIA: Tenías nueve años cuando murió tu padre. Yo sola sé cuánto he hecho para que fuese siempre una conquista suya, más que mía!

TEO: Me enseñaste a verle grande y emprendedor. Lo he querido enormemente porque tú... casi me lo exigías, madre!

SILVIA: *(Suspiro de alivio)* Gracias, Teo. Jamás me dijiste cosa alguna que valga tanto!

TEO: No sé si tú le quisiste demasiado. *(Pausa de Silvia).*

SILVIA: Has oído muchas veces que mi amor por Teodoro terminó por hacerme amar aquello que era su pasión: la tierra, sus animales, la estancia, su hijo...

TEO: Lo sé. Siempre he pensado que nadie supo respetar la memoria de su marido, como tú.

SILVIA: Oyeme, Teo. *(Pausa).* En este instante, podía decirte: en honor a la memoria de tu padre, destruye esas cartas, arrójalas al fuego.

TEO: Te juro que no tengo la más mínima curiosidad de conocer su contenido. *(Hace el gesto).* ¿Quieres que las queme?

SILVIA: Si tuviese testigos, espectadores, Teo, sé que me aconsejarían que aceptase tu ofrecimiento. Tu tío Julio, por ejemplo, me incitaría a ello. Pero yo voy más lejos, Teo. Voy más lejos... con estas tierras a cuestas... Voy más lejos, con mi amor a tu padre... Más lejos todavía en el destino del pueblo... *(Silvia inclina la cabeza transida)*

TEO: Madre, arrojemos estas cartas al fuego, si comprometen la memoria de mi padre! *(Hace el ademán).*

SILVIA: ¡No, no! Si te dejase destruirlas, pensarías mal de Teodoro. Y yo no podría vivir tranquila. ¡Ni una man-

cha sobre su existencia! ¡No, Teo, no! *(Atribulada)*. Y, ¡qué difícil explicarte, hijo querido!

TEO: He vivido feliz hasta hoy, que me estremezco a tu lado. ¡Tenemos que seguir adelante sin un solo remordimiento!

SILVIA: ¡Me animas, Teo! *(Retuerce entre sus manos, la pipa que no ha abandonado desde que la encontró sobre la mesa de nogal)* Esperaba este momento como final de esas pesadillas que se terminan con la luz del alba!

TEO: ¡Cuéntame, querida! ¡Cuéntame qué pasó! ¡Dímelo todo, sin miedo y sin llanto! *(Pausa larga)*.

SILVIA: Déjame acercarme al fuego. *(Se acerca)*. Esta noche, Teo, es la última noche de mi vida. Tu padre está presente aquí. Su boca, sus dientes gastaron esta pipa en la impaciencia de terribles noches!

TEO: Madre... no quiero que te sacrifiques para justificar a mi padre y hacerme feliz.

SILVIA: Teo, para hablarte, necesito sólo una palabra tuya, una sola que al confiármela pondrá un escalofrío en tu cuerpo.

TEO: ¿Cuál, querida?

SILVIA: Tienes que ser duro y valiente, Teo. ¡Ya es tarde para que no lo seas!

TEO: Te contestaré sinceramente. *(Varonil)*. ¡Pregunta!

SILVIA: *(Luego de una dolorosa pausa)* Teo, ¿qué sientes tú por Elena? *(Pausa extraña de Teo)*.

TEO: *(Confundido)* No sé... a qué te refieres.

SILVIA: Teo, alguna vez, ¿la viste como mujer, la contemplaste, la miraste como a una mujer que puede poseerse?

TEO: *(Asustado)* ¿Qué pretendes ver en nosotros? ¿Qué sospechas?

SILVIA: ¿Cuando ibas al río, cuando me dijiste que ella se desnudaba entre los árboles, recuerdas...? ¿Recuerdas, fué el pasado verano?

TEO: *(Confundido)* No sé... no sé qué es lo que deseas saber...

SILVIA: *(Enérgica)* ¡Azara! ¿Te gusta mi hija? ¡Dímelo!

TEO: *(Le quita la mirada)* Es mi hermana... La veo de tarde en tarde... He salido con ella al campo... ¡Eso fué todo! ¿Quién te ha dicho algo? Ella, acaso... ¿fué ella?

SILVIA: Si se lo preguntase a mi hija, Teo, la entraña se me abriría en dos! ¿Entiendes? Es a ti, Azara, a quien, se lo pregunto! Sé valiente. Teodoro, tu padre, era todo un hombre en estas pampas desiertas!

TEO: *(Atribulado)* Hoy hablas en una forma, madre. Sí, te lo confieso, no sé qué me pasa. Yo no sé lo que sienten o piensan aquellos que son medio-hermanos... ante sus hermanas cuando se quieren... ¡No sé, no sé!...

SILVIA: *(Brutal)* ¿La quieres? ¿La deseas? ¡Dímelo, dímelo!

(Teo baja la cabeza).

TEO: No entiendo...

SILVIA: *(Ruge)* Sí, la deseas, se aman, se quieren, se buscan. ¡Lo sé, lo sentí, lo creo!

TEO: ¡No sigas hablando, por favor! ¡No sigas, madre, no sigas!

SILVIA: ¡Es que soy yo, la que quiero que sea tuya, Teo, tuya! ¡No le tengas miedo a las palabras! Otros terrores recorren mi cuerpo cuando oigo tu voz en el ámbito de esta casa. Desde hace algunos años, Teo, ha nacido en ti un hombre maraviloso, con esa voz de mando que posees. Has crecido como esos árboles que plantó la mano de tu padre y que a veces nos vemos en la necesidad de cortar para defender los muros de la casa amenazados por las raíces. ¡Has crecido en sus tierras fértiles hasta conmover sus cimientos. *(Pausa)*. Quizás no alcances nunca a comprenderme! *(Grave. Solemne)*. ¡Tomarás una parte de mi ser, si quieres a Elena!

TEO: ¡Es una locura, estás desvariando! ¡Sospechas que estas cartas contienen un secreto! Si es así, leámoslas antes. No temo lo que aquí se diga.

SILVIA: Conozco el contenido de esas cartas. Aquí he estado, vigilando este final de mi vida, cumpliendo paso a paso, lo que tu padre quería. Tu padre, qué fué dueño y señor de estas tierras, tu padre, Azara, en cuyas manos estaba todo! ¡El, que podía alterar leyes y costumbres!

TEO: *(Suplicante)* ¡No le hagas caer como a un castillo de naipes! ¡Lo he querido tanto!

SILVIA: ¡Y yo, Teo! ¡Yo también! Por eso, estamos unidos nosotros dos. Por eso te quiero para Elena, para mi hija, para mezclar de una vez por todas nuestra sangre! ¡Y para siempre! ¡Mi hija tendrá un hijo tuyo! ¡Y por fin se cumplirá lo que exigía tu padre!

TEO: ¿Pero qué dices? ¿Quieres verme casado con Elena?

SILVIA: ¡La amas, la deseas, Azara! Yo no soy tu madre. Yo te pierdo como madre, Teo, para ganarte, y entregarte a las tierras de Teodoro, a quien no pude dar un hijo! ¿Comprendes ahora? ¿Me perdonas ahora, Teo?

TEO: *(Sollozando)* ¡Madre! ¡Madre!

SILVIA: Déjame decírtelo todo. Me moriría si viese quebrada su pasión por estas tierras. Quieres a Elena, ella te quiere. ¡Conquístala! Es mi hija y te la doy, como yo me dí a tu padre! *(Llora con la cara oculta entre las manos. Largo silencio).*

¡No preguntes más! ¡Ahora estos campos están llenos de testigos! ¡Levántalos con tu verdad! ¡Venceremos a este desierto que permitía alterar todas las leyes!

TEO: ¡Por favor! ¡No sigas, no sigas, madre!

SILVIA: ¡Sí, tu madre, Teo, tu madre! Porque te quise por ser el hijo de un hombre que pudo vencer a la soledad. No te quedes a mi lado. Búscala, busca a mi hija, Teo. Te doy lo que dí al Azara colonizador de tierras, herido por la adversidad.

TEO: ¿Es posible, madre, eso es posible?

SILVIA: Sí, todo lo grande y hermoso, es posible. Ahora, aprende a decirme Silvia, muchacho! Y arroja esas car-

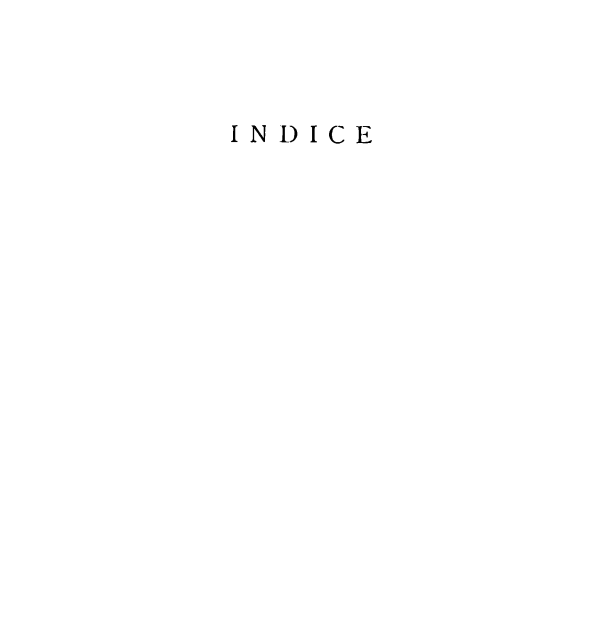
tas al fuego. Eres un hombre, te hicimos hombre, él y yo, para vencer este desierto, ¿entiendes?

TEO: ¡Madre! ¡Te he querido tanto!

SILVIA: *(Solemne)* ¡Azara, Azara, te quiero tanto! ¡Te quiero tanto, Azara! *(Pausa prolongada. Teo arroja el mazo de cartas al fuego. Chisporrotean las llamas. Teo y Silvia se abrazan, mientras baja lentamente el*

TELON

INDICE



ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL 30 DE DI-
CIEMBRE DE 1950, EN LOS
TALLERES GRÁFICOS DE
"IMPRESORA URUGUAYA", S. A.
DE MONTEVIDEO, URUGUAY,
CALLES CERRITO Y JUNCAL.